

SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, CONTRA JOVINIANO, DOS LIBROS.

ADVERTENCIA EN LOS SIGUIENTES LIBROS CONTRA JOVINIANO.

Joviniano fue un monje de profesión, un hombre que, si se observa su modo de vida, estaba entregado al lujo y la disolución, abusando de riquezas mal adquiridas, y que mereció ser llamado el Epicuro de los cristianos por su infamia. Si se examina su cultivo del espíritu y su doctrina, era claramente vulgar, ni elocuente ni erudito; pero, como es propio de los individuos de su calaña, no debía ser subestimado por su procacidad y soberbia. De qué ciudad era, o más bien de qué monasterio provenía, es un asunto incierto; ya desde Baronius, muchos afirman que era de Milán: algunos, junto con Purricello, lo hacen romano. Y yo preferiría adherirme a la opinión de estos últimos, pues San Agustín en su libro sobre las herejías relata que las semillas de su nefaria doctrina fueron sembradas primero en Roma, y allí engañó a algunas vírgenes consagradas de avanzada edad para que se casaran. También se deduce de la carta de Siricio que sus seguidores, condenados en el sínodo romano, se dirigieron posteriormente a Milán para ganarse el favor del emperador: y la carta sinodal de Ambrosio a Siricio al final declara que llegaron allí como nuevos y forasteros: "Como", dice, "ya han recibido en Roma, ante el maestro y doctor (es decir, el Papa), el merecido premio de su perfidia, por eso han venido hasta aquí, para que no quedara lugar donde no fueran condenados". Y poco después, "Todos los que los vieron, los evitaron como si fueran una especie de contagio".

2. Cuando quiso estallar en abierta herejía, para poder pervertir más libremente las mentes de los hombres, renunció a la vida monástica; y hay quienes piensan, y Jerónimo parece indicar, cuando le reprocha en el libro I, número 40, que "después de la túnica sucia, los pies descalzos, el pan de cebada y el agua, se pasó a las vestiduras blancas, la piel brillante, el vino dulce y las carnes elaboradas, las salsas de Apicio y Paxamo, los baños, las frituras y las tabernas". Luego, en el segundo libro, hacia la mitad: "Antes", dice, "andabas descalzo; ahora no solo calzado, sino también adornado: entonces vestías una túnica peinada y una camisa negra; ahora te paseas adornado con vestiduras de lino y seda, y con ropas de Atrebates y Laodicea". Incluso San Ambrosio en el Rescripto a Siricio dice: "Estos", dice, "se lamentan de haber sido mortificados en algún momento, y se vengan de su propia injuria deseando rechazar el esfuerzo de la abstinencia con banquetes diarios y el uso de la lujuria". Yo digo que estas cosas pueden ser interpretadas y discutidas en ambos sentidos. Si alguien se corrompe en la vida monástica, se le debe considerar como si hubiera renunciado a ella, Joviniano dejó de ser monje: por el contrario, si los vicios no destruyen la profesión, fue monje continuamente. Y él mismo se jactaba impudicamente de ser monje, lo que Jerónimo critica en el lugar anterior, como si el nombre fuera desmentido por las obras. Algunos entienden que el cambio de vestimenta se dice así, para que antes de la predicación perversa, las afectadas suciedades se reprochen más agudamente con la asumida suavidad. Quizás, sin embargo, cualquiera podía profesar ser monje bajo el atuendo que quisiera.

3. Los puntos principales de su herejía eran estos: Primero, que las vírgenes, las viudas y las casadas, que una vez han sido lavadas en Cristo, tienen el mismo mérito, si no difieren en las demás obras de la vida. Segundo, que aquellos que han sido verdaderamente bautizados no pueden ser subvertidos por el diablo. Tercero, que no hay diferencia entre el que come alimentos y el que ayuna, si come con acción de gracias. Finalmente, que en el reino de los cielos habrá la misma recompensa para todos los que hayan guardado su bautismo. San Agustín le atribuye además dos blasfemias, casi más perniciosas, una de las cuales es: que todos los pecados son iguales; la otra, que la Virgen Madre de Dios no fue violada en la

concepción, pero sí en el parto. Jerónimo casi disimula estas dos, o ciertamente no las combate con una respuesta particular en estos libros: lo que lleva a Erasmo y otros después de él a concluir que Agustín atribuyó a Joviniano algunas cosas injustamente, que solo había aprendido de rumores populares. Sin embargo, lo que escribió el obispo de Hipona sobre esta herejía, confiesa haberlo recibido de otros; no obstante, no creo que se le haya impuesto algo falso, ni que haya acumulado errores de Joviniano más allá de lo que era cierto. En verdad, la ridícula idea de la igualdad de los pecados proviene de las mismas fuentes estoicas de las que el hereje había bebido, y fluye casi necesariamente de la igualdad de méritos que afirmaba con impudencia: esta última, Jerónimo la refuta en todos sus libros. La otra, sobre la corrupción de la virginidad de María en el parto, una blasfemia digna de la execración y odio de todos, se demuestra que fue impiamente proclamada por él y sus seguidores en el mismo Rescripto de San Ambrosio a Siricio: "Pero", dice, "se revela que dicen perversamente, la Virgen concibió, pero no la Virgen dio a luz": lo cual también se refuta en todo ese y el siguiente capítulo. A esto, el mismo Jerónimo insiste y repite contra el hereje, que la integridad de la Madre de Dios permaneció intacta tanto en la concepción como en el parto, y que el cuerpo de Cristo salió del vientre sagrado con las puertas cerradas de la misma manera que penetró a los discípulos con las puertas cerradas. Lo mismo contra Helvidio, y el testimonio más leve de Tertuliano en el libro sobre la Carne de Cristo, capítulo 32: "Cuando el Apóstol proclamó que el Hijo de Dios no fue engendrado de una virgen, sino de una mujer, reconoció la pasión nupcial del útero abierto", lo había demostrado con muchos oráculos de las Escrituras: y tal vez por eso se contentó con remitir al lector a ese libro, para no volver a tejer la misma tela aquí.

4. Así pues, este nuevo maestro de las Iglesias ofrecía venenos a los oídos romanos, que para que se extendieran más ampliamente, se atrevió incluso a recomendar a la posteridad con unos pequeños comentarios publicados. Sin embargo, de esos fragmentos ciertamente escasos que Jerónimo conserva al inicio del primer libro, es fácil deducir cuán anormal era esa obra, sin erudición, insulsa, en la que las sentencias del hombre insano se envolvían en palabras oscurísimas, y la misma barbarie del estilo movía el estómago. No obstante, como suele suceder cuando se sueltan las riendas a los vicios, para usar las palabras de Agustín, "tuvo tanto poder en la ciudad de Roma, que se decía que había llevado a algunas santas mujeres, de cuya castidad no había sospecha previa, al matrimonio. Y también quebrantaba el santo celibato de hombres santos con la mención de los Padres y la comparación". Admira, sin embargo, la malicia del hombre. Él mismo, que "igualando el mérito de las vírgenes con la castidad conyugal", había sido autor para todos de tomar esposa, no pudo ser persuadido para que se uniera a una esposa. Alegaba una causa muy injusta, para no ser impedido por las molestias del matrimonio: no para obtener algún mérito de ello, es decir, no para ser mejor, sino para ser más libre. Además, tuvo algunos seguidores romanos, como se escribe en la carta de Siricio: de nombre Auxencio, Genial, Germinador, Félix, Plotino, Marciano, Januario e Ingenioso. A estos, San Ambrosio en su carta a los de Vercelli añade a un tal Barbación y Sarmación, ciertamente de aquellos que, cuando llegó a Milán, había unido a su séquito. Sin embargo, Jerónimo consideró que muchos más se habían adherido a él, cuando al final del segundo libro dice: "No te gloríes", dice, "de tener muchos discípulos. El Hijo de Dios enseñó en Judea, y solo doce apóstoles lo seguían": y que muchos existieron, lo atestigua Agustín, que nadie "de los sacerdotes, o de los clérigos de algún nombre" pudo ser arrastrado por él al error.

5. A la insana herejía se opuso inmediatamente Pammachio, aquel conocido amigo de Jerónimo, "el más noble de los cristianos, y el más cristiano de los nobles", y junto con otros, como dice Siricio, "hombres cristianos fidelísimos, de la mejor estirpe, ilustres por su

religión", actuó diligentemente ante el Papa para que "de inmediato, la escritura horrfica (los Comentarios de Joviniano) fuera detectada por el juicio sacerdotal como contraria a la ley divina, y borrada por sentencia espiritual". Esto se entiende que ocurrió en el año 390, cuando la plaga, que había ocupado las mentes de los hombres en secreto, apenas había serpenteado durante dos años. Los herejes, golpeados con anatema y expulsados de Roma, se dirigieron inmediatamente a Milán, como se ha señalado antes, al emperador Teodosio; ya que los monumentos históricos de esos tiempos atestiguan que el emperador había regresado allí el primero de septiembre del año anterior, después de haber celebrado un triunfo en Roma sobre Máximo. Inmediatamente llegaron con las cartas de Siricio enviadas a Ambrosio desde la ciudad, los presbíteros "Crescente, Leopardo y Alejandro, fervientes en espíritu santo", por cuya obra se reunió un sínodo que suscribió la condena de los herejes, y los "condenados por la execración de todos, los expulsó de la ciudad de Milán como fugitivos". Desde entonces, se dice que vagaron por otras tierras fuera de Italia, lo que algunos deducen del mismo Jerónimo al inicio del tercer libro contra los Pelagianos, donde enseña que "la sentencia de Joviniano fue condenada en Roma y hace tiempo en África". Sin embargo, es mucho más creíble que se refiera a la impecabilidad de Celestio, que también defendió Joviniano, no al mismo Joviniano de nombre, a quien, según Agustín, África ignoró por completo. Finalmente, se cree comúnmente que fue castigado por un rescripto imperial contra el hereje, y existe la ley 53 adjunta en el Código Teodosiano, título 5 de los Herejes, que también fue revisada por el ilustre Gothofredus, y Martianaus la encontró en el manuscrito de Chartres al final de la obra de Jerónimo.

HONORIO Y TEODOSIO AUGUSTOS A FELIX PREFECTO.

Joviniano [Al. Joviano] está celebrando reuniones sacrílegas fuera de los muros de la ciudad sagrada, se lamenta la queja de los obispos: por lo cual ordenamos que el mencionado sea arrestado, y golpeado con plomo junto con sus demás participantes y ministros, sea confinado en el exilio: y que el mismo instigador sea llevado rápidamente a la isla de Boa; los demás, como deseen, siempre que la conjuración supersticiosa se disuelva por la discreción de su exilio, deportados para siempre a islas solitarias y distantes entre sí. Si alguien, sin embargo, con obstinada maldad repite lo prohibido y condenado, sepa que enfrentará una sentencia más severa.

Dado el día antes de las Nonas de marzo en Mediolano, en el noveno consulado de Honorio y el quinto de Teodosio.

Pero, para decir lo que siento libremente, o esta ley no es genuina en absoluto, o está corrompida en el nombre de aquel contra quien se dicta, y no se refiere a Joviniano. Jerónimo, a quien nadie puede persuadir de haber sido engañado en la historia de este hecho, escribiendo contra Vigilancio en el año 406, que "en los fastos del sexto consulado de Arcadio Augusto y Anicio Probo", testifica con certeza que Joviniano había muerto hacía tiempo. "Así como", dice al inicio de ese libro, "se dice que Euphorbus renació en Pitágoras, así en este (Vigilancio) se levantó la mente perversa de Joviniano... Aquel, condenado por la autoridad de la Iglesia Romana, entre aves faisanes y carnes de cerdo no tanto exhaló el espíritu, como lo eructó". Por lo tanto, la ley peca con un anacronismo de al menos siete años, que fue dada en el año 412, en el noveno consulado de Honorio y el quinto de Teodosio: y así castigó con el exilio a quien ya había muerto hacía tiempo. Si se quiere que el error esté en la nota del tiempo, o en la inscripción del consulado, que pudo ser por descuido de los copistas, a cualquier año que la retrotraigas, no lograrás que su dictado concuerde con el testimonio de Jerónimo. Supón, lo que también es aprobado por Gothofredus, que el hereje ya desde el año 390, entonces prófugo de Roma y Milán, se dirigió a la diócesis romana, y allí acostumbraba

a celebrar reuniones fuera de los muros: ¿acaso quien por esta causa fue arrestado, golpeado con plomo, y deportado a una isla de Dalmacia famosa por sus exilios, se diría que entre aves faisanes y carnes de cerdo exhaló el espíritu por excesiva glotonería? Esto ciertamente es más cercano a la fe del testimonio del Santo Doctor, que el infame monje entregado al lujo, aunque condenado una y otra vez, no tuvo nada más en mente que entregarse al placer, y habiendo engullido comida, vino y bebida, expiró prematuramente.

7. Ahora, pues, habiendo prelibado estas cosas sobre la nefaria herejía, que eran poco conocidas o estaban envueltas en errores, accede con provecho a la lectura de la confutación jeronimiana, que recomienda la memoria del dogma católico. En el año 393, o al final del anterior, el Santo Doctor opuso estos dos libros a los Comentarios de Joviniano, a instancias del mismo Pammachio, que había acusado al hereje anteriormente. El argumento principal de esta época es que no los menciona en el catálogo de sus obras, que extendió hasta el año 392, el decimocuarto del príncipe Teodosio; pero los menciona en otros libros que preparó poco después. En la Prefación de los Comentarios sobre Jonás, "Han pasado aproximadamente tres años", dice, "desde que interpreté a cinco profetas, Miqueas, Nahúm, Habacuc, Sofonías, Hageo, y ocupado en otra obra no pude completar lo que había comenzado. Escribí un libro sobre los Hombres Ilustres, y dos volúmenes contra Joviniano. También el Apologético, y sobre el Mejor género de interpretación a Pammachio", etc. A Baronius, y a otros doctos varones, que asignan otro año a estos libros, el 390, les ha engañado un añadido que alguien estudioso ha cosido al último lugar de esta misma Prefación; pues es cierto que el libro sobre los Hombres Ilustres, mencionado en el libro I contra Joviniano, precedió en el tiempo. Ahora sería largo exponer el resumen de su disputa. En el primer libro impugna la primera proposición de Joviniano, en el segundo las otras tres. Explica innumerables pasajes de la Escritura divina, testimonios de historias, conocimientos de filósofos con admirable estudio: ya que el hereje versátil había fascinado las mentes de muchos con tan blandas seducciones, que se decía comúnmente que Jerónimo no podía responderle "con alabanza, sino con vituperio del matrimonio". Aún quedaban los maniqueos, que condenaban el matrimonio, y por lo tanto debía proceder con cautela, para que mientras se ocupaba totalmente en la recomendación de la virginidad contra el hombre que la igualaba al matrimonio, no se le atribuyera favoritismo en la otra parte. Sin embargo, no escapó a las calumnias de los adversarios, pues tanto a los monjes murmuradores como a algunos piadosos defensores de la fe católica les pareció que despreciaba el matrimonio. Pammachio mismo intentó retirar los libros publicados; pero como no logró nada con su diligencia, fue autor para Jerónimo de que respondiera con un nuevo escrito a la ofensa de muchos. Él respondió con una carta apologética, en nuestra revisión la 48, a Pammachio, que vale la pena recordar después de leer estos libros. Mientras tanto, estos, que fue nuestra parte, los hemos examinado diligentemente con manuscritos, especialmente uno veronés escrito en letras mayúsculas y más antiguo y corregido de lo que se puede decir: luego otro cisterciense, o de Santa Cruz en Jerusalén de la ciudad, finalmente el casanatense de una edad más reciente, pero de buena nota.

LIBRO PRIMERO.

237 I. Epicuro de los cristianos. Vicios del discurso de Joviniano.---Hace muy pocos días, los santos hermanos de la ciudad de Roma me enviaron unos pequeños comentarios de un tal Joviniano, rogándome que respondiera a sus necesidades, y que aterrorizara al Epicuro de los cristianos con el vigor evangélico y apostólico. Cuando los leí, y no entendí nada en absoluto, comencé a revisarlos con frecuencia, y no solo las palabras y las sentencias, sino casi cada sílaba, queriendo primero saber qué decía, y así aprobar o refutar lo que había dicho. Pero la barbarie de los escritos es tal, y el discurso está tan confusamente lleno de vicios, que no

puede entender ni lo que decía, ni con qué argumentos quería probar lo que decía. Todo él se hincha, todo él yace: se eleva en cada cosa, y como una serpiente debilitada, se rompe en el mismo intento. No está contento con hablar a nuestro, es decir, humano modo, intenta algo más elevado. 238 Los montes paren, nacerá un ridículo ratón. (Horacio, de Arte Poética). Lo que él mismo, No es de hombre sano, no sano jura Orestes. (Persio, sátira 4). Además, envuelve todo de tal manera y perturba todo con ciertos nudos inextricables, que se le puede aplicar aquello de las letras de Plauto: Esto, en verdad, nadie lo leerá excepto la Sibila. (En Pseudolo). Pues hay que adivinar. Leemos las furiosas vates de Apolo; y aquello de Virgilio: Da un sonido sin mente (Eneida, libro X). Incluso Heráclito, apodado el oscuro, apenas lo entienden los filósofos sudorosos. Pero ¿qué con nuestro enigmático, cuyos libros son mucho más difíciles de conocer que de vencer? Aunque también en la victoria hay no poca dificultad. ¿Quién puede superar a quien ignora completamente su afirmación? Y para no alargar más al lector, qué tipo de elocuencia tiene, y con qué flores de palabras adornado avanza, lo mostrará el comienzo de su segundo libro, que eructando la borrachera de ayer, así lo vomita:

239 2. "Satisfago a los invitados, no para correr con un nombre claro, sino para vivir purgado del vano rumor. Suplico al campo, nueva plantación de arbustos de ternura, arrancados de los abismos de los vicios, audiencia fortificada con tropas. Sabemos que la Iglesia, con esperanza, fe, caridad, es inaccesible, inexpugnable. No hay en ella inmaduro, todos son enseñables: nadie puede irrumpir con ímpetu, ni eludir con arte".

3. El príncipe de los Encratitas, Taciano, La virginidad como fruto del matrimonio. ¿Qué significan los números 30, 60 y 100 en el Evangelio? Herejías de Joviniano.---Pregunto, ¿qué son estos portentos de palabras? ¿Qué deshonor de descripción? ¿No pensarías que está soñando con fiebre, o que, arrebatado por una enfermedad frenética, debería ser atado con las ligaduras de Hipócrates? Cada vez que lo leo, donde me falta el aliento, ahí está la pausa. Todo comienza, todo depende de lo otro: no sabes qué se conecta con qué; y exceptuando los testimonios de las Escrituras, que no se atrevió a cambiar con esa flor de elocuencia suya tan encantadora, el resto del discurso se adapta a toda materia, porque no se adapta a ninguna. Esto me dio alguna sospecha de inteligencia, que él quiere alabar el matrimonio de tal manera que despoje a la virginidad. Porque cuando lo menor se iguala a lo mayor, la comparación del inferior es una injuria al superior. Ni nosotros, siguiendo el dogma de Marción y Maniqueo, denigramos el matrimonio; ni, engañados por el error del príncipe de los Encratitas, Taciano, consideramos impuro todo coito; quien no solo condena el matrimonio, sino también los alimentos que Dios creó para ser usados. Sabemos que en una gran casa no solo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro. Y sobre el fundamento de Cristo, que Pablo, el arquitecto, puso, algunos edifican oro, plata, piedras preciosas: otros, por el contrario, heno, madera, paja. No ignoramos, "Honrosas son las bodas, y el lecho sin mancilla" (Hebr. XIII, 4). Leemos la primera sentencia de Dios, "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gen. I, 28): pero aceptamos el matrimonio de tal manera que preferimos la virginidad, que nace del matrimonio. ¿Acaso la plata no será plata si el oro es más precioso que la plata? ¿O es una afrenta al árbol y al campo si se prefieren los frutos y las cosechas a las raíces y hojas, tallo y espigas? Así como la fruta del árbol, el grano de la paja, así la virginidad del matrimonio. Aunque el fruto centésimo, sexagésimo y trigésimo nazca de una misma tierra y de una misma semilla, sin embargo, difiere mucho en número. Treinta se refiere al matrimonio. Pues incluso la unión de los dedos, como si se abrazaran con un suave beso, y se unieran, representa al esposo y la esposa. Sesenta, en cambio, se refiere a las viudas, porque están en angustia y tribulación. Por eso se deprimen con el dedo superior; y cuanto mayor es la dificultad de abstenerse de los placeres experimentados, tanto mayor es la recompensa. Por

otro lado, el número cien (por favor, lector, presta atención) se transfiere de la izquierda a la derecha, y con los mismos dedos, pero no con la misma mano, con los que en la izquierda se significan las casadas y las viudas, formando un círculo, expresa la corona de la virginidad. Esto lo he dicho más por impaciencia que siguiendo el orden de la discusión. Pues cuando apenas salgo del puerto, y levanto las velas con las cuerdas, una repentina oleada de palabras me arrastra al medio del mar de cuestiones. Por lo tanto, detendré el curso, y por un momento recogeré las velas; no cederé a la espada, que ya ahora desea golpear por la virginidad. Cuanto más se retrae la ballesta, más fuerte lanza. No es una pérdida la demora, donde la victoria se hace más segura por la dilación. Propondré brevemente las sentencias del adversario, y de sus oscuros libros, como de fosas, sacaré serpientes, y no permitiré que la cabeza venenosa, con las espirales de su cuerpo manchado, quede oculta. Que se descubra lo que es nocivo, para que pueda ser destruido cuando se haya revelado.

«Dice que las vírgenes, las viudas y las casadas, que una vez han sido lavadas en Cristo, si no difieren en otras obras, son del mismo mérito.

Se esfuerza por aprobar que aquellos que han renacido con plena fe en el bautismo, no pueden ser subvertidos por el diablo.

Propone en tercer lugar que entre la abstinencia de alimentos y su percepción con acción de gracias, no hay diferencia alguna.

Cuarto, y último, que todos los que han guardado su bautismo, tendrán una sola recompensa en el reino de los cielos.»

4. Las artimañas del diablo. La virtud entre los paganos se prefiere al placer.---Estos son los silbidos de la antigua serpiente, con estos consejos el dragón expulsó al hombre del paraíso. Pues al preferir la saciedad a los ayunos, les prometió que serían inmortales, como si nunca pudieran caer; y mientras prometía una divinidad igual a la de Dios, los expulsó del paraíso, para que, desnudos y despojados, y sin mancha alguna, vírgenes, disfrutaran de la compañía del Señor, y fueran arrojados al valle de lágrimas, vestidos con túnicas cosidas y de piel. Pero para no demorar más al lector, seguiré las huellas de la partición expuesta, y contra cada una de sus proposiciones, me esforzaré principalmente con testimonios de las Escrituras: para que no se queje de que ha sido superado más por la elocuencia que por la verdad. Si lo logro, y lo oprimo con la nube de ambos instrumentos, tomaré ejemplos también de la literatura secular, a la que él mismo apela. Y demostraré que incluso entre los filósofos y hombres ilustres en la república, las virtudes se prefieren a los placeres, es decir, que Pitágoras, Platón y Aristides, siempre se prefieren a Aristipo, Epicuro y Alcibiades. Les ruego, vírgenes y continentes de ambos sexos, también esposos y digamos, que ayuden mis esfuerzos con sus oraciones. Joviniano es enemigo de todos en común. Pues quien afirma que los méritos de todos son iguales, tanto injuria a la virginidad, al compararla con el matrimonio, como también al matrimonio, afirmando que es lícito, así como el segundo y tercer matrimonio. Pero también es adversario de los digamos y trigamos, colocando allí a los antiguos fornicadores y lujuriosos después del arrepentimiento, donde los matrimonios duplicados y triplicados: salvo que en esto los digamos y trigamos no deben dolerse, porque el mismo fornicador y penitente se iguala en el reino de los cielos incluso a las vírgenes. Propondré, por tanto, con palabras más claras y con alguna coherencia, sus argumentos y ejemplos sobre el matrimonio, y los organizaré en el mismo orden en que fueron dichos por él. No sea molesto para el lector si se ve obligado a leer su náusea y vómito. Beberá con más gusto el antídoto de Cristo, cuando los venenos del diablo lo hayan precedido. Escuchen pacientemente, vírgenes; escuchen, les ruego, al más voluptuoso predicador, o más bien, pasen con el oído cerrado como si fueran

cantos de sirenas y fábulas. Soporten por un momento sus injurias; piensen que están crucificadas con Cristo, escuchando las blasfemias de los fariseos.

5. Joviniano. El libro del Deuteronomio encontrado en el Templo bajo Josías.---La primera, dice, es la sentencia de Dios. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y serán dos en una sola carne. (Gen. II, 24, y Matt. XIX, 5). Y para que no digamos que esto está escrito en el Antiguo Testamento, afirma que también el Señor lo confirma en el Evangelio, "Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre": e inmediatamente añade, "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gen. I, 28); y repite en orden, Set, Enós, Cainán, Malaleel, Jared, Enoc, Matusalén, Lamec, Noé, todos tuvieron esposas, y según la sentencia de Dios, procrearon hijos (como si el orden de la generación y la historia de la condición humana pudiera ser narrado sin esposas e hijos): «Este, dice, es Enoc, que caminó con Dios, y fue arrebatado al cielo. Este es Noé, que, aunque había ciertamente muchos vírgenes por la edad, solo él con sus hijos y esposas fue salvado del mundo naufragado. Nuevamente, después del diluvio, como otro principio del género humano, se unen parejas de hombres y mujeres, y se renueva la bendición de la generación: "Creced y multiplicaos y llenad la tierra" (Gen. VIII, 17, y IX, 1).» Además, se relaja la licencia de comer carne: "Y todo lo que se mueve, será para vosotros como alimento: como las hierbas verdes os he dado todo" (Ibid., 9). Corre a Abraham, Isaac y Jacob, de los cuales el primero es trigamo, el segundo monógamo, el tercero tiene cuatro esposas: Lea, Raquel, Bilha y Zilpa; y afirma que Abraham, por el mérito de la fe, recibió la bendición en la generación de un hijo. Sara, como tipo de la Iglesia, a quien le habían fallado las funciones femeninas, cambió la maldición de la esterilidad por la bendición del parto. Que Rebeca fue como profetisa a interrogar al Señor, y oyó de él, "Dos naciones y dos pueblos hay en tu vientre" (Gen. XXV, 23). Que Jacob sirvió por su esposa: y cuando Raquel pensaba que era del hombre dar hijos, y decía: "Dame hijos, o si no, moriré" (Gen. XXX, 1); él respondió: "¿Acaso soy yo en lugar de Dios, que te ha cerrado el vientre?" (Ibid., 2). Tanto sabía que los frutos del matrimonio son del Señor, no del marido. Que José, hombre santo y castísimo, y todos los patriarcas tuvieron esposas, a quienes Dios bendice igualmente por medio de Moisés. También propone a Judá y Tamar: y menciona a Onán, muerto por el Señor, porque envidiando a su hermano, desperdiciaba la obra del matrimonio. Propone a Moisés, y la lepra de María, que al denigrar a su hermano por su esposa, fue inmediatamente golpeada por la venganza de Dios. Alaba a Sansón, y exalta al nazareo casado con maravillosos elogios. También repite a Débora y Barac; que sin los bienes de la virginidad, derrotaron a Sísara y Jabín y los carros de hierro. Trae a Jael, esposa de Héber el ceneo, y alaba su mano armada con una estaca. Entre Jefté y su hija virgen, que fue sacrificada al Señor, dice que no hubo diferencia; más bien prefiere la fe del padre a la que fue sacrificada llorando. Llega a Samuel, otro nazareo del Señor, que desde la infancia fue criado en el tabernáculo, y vestido con EPHOD BAD, que se interpreta como "vestiduras de lino"; y dice que tuvo hijos, y que la castidad sacerdotal no fue disminuida por el abrazo de la esposa. Coloca a Booz con su Rut en la era, y de allí produce a Isaí y David. También a David mismo, que con doscientos prepucios, incluso con peligro de vida, buscó el concubinato de la hija del rey. ¿Qué diré de Salomón, a quien colocando en el catálogo de los casados, afirma que es imagen del Salvador? y de él quiere que esté escrito: "Oh Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey. Y se le dará del oro de Arabia, y orarán por él siempre." Y de repente pasa a Elías y Eliseo, y narra como un gran misterio, que el espíritu de Elías reposó en Eliseo; y calla por qué dijo esto: a menos que tal vez piense que Elías y Eliseo también tuvieron esposas. Pasa a Ezequías: y mientras se detiene en sus alabanzas, me sorprende que haya olvidado decir: "Desde ahora haré hijos" (Is. XXXVIII, según los LXX). Refleja que Josías, hombre justísimo, bajo quien se encontró el libro del Deuteronomio en el Templo, fue instruido por Hulda, esposa de Salum. También coloca a Daniel y a los tres

jóvenes entre los casados. Y de repente pasa al Evangelio, colocando a Zacarías, y a Isabel, a Pedro, y a su suegra, y a los demás apóstoles. Y consecuentemente añade diciendo: «Si quisieran asumir una vana defensa, y alegar que el mundo rudo necesitaba incremento, escuchen a Pablo diciendo: "Quiero que las viudas jóvenes se casen, procreen hijos" (I Tim. V, 14). Y, "Honrosas son las bodas, y el lecho sin mancilla" (Hebr. XIII, 4). Y, "La mujer está ligada al marido mientras él vive. Pero si él muere, puede casarse con quien quiera, solo en el Señor" (I Cor. VII, 39). Y, "Adán no fue engañado: la mujer, sin embargo, fue engañada y cayó en transgresión. Pero se salvará por la generación de hijos, si permanece en fe, amor, y santificación con sobriedad" (I Tim. II, 14). Ciertamente aquí cesa aquello del Apóstol, "Y los que tienen esposas, sean como si no las tuvieran": a menos que tal vez digan que por eso quiere que se casen, porque ya algunas se han vuelto atrás tras Satanás: como si de las vírgenes ninguna cayera, y no fuera mayor su ruina. De lo cual es manifiesto que ustedes siguen el dogma de los maniqueos, que prohíben casarse, y comer alimentos que Dios creó para ser usados, teniendo la conciencia cauterizada.» Y después de muchas cosas, que ahora es ocioso revolver, se sacude como en un lugar retórico, y hace una apóstrofe a la virgen, diciendo: «No te hago, virgen, injuria: elegiste la castidad por la necesidad presente: te agradó ser santa en cuerpo y espíritu: no te enorgullezcas: eres miembro de la misma Iglesia, de la cual también lo son las casadas.»

6. Jerónimo.---Quizás he sido excesivo en la exposición de sus proposiciones, y he causado fastidio al lector; pero consideré útil poner todos sus esfuerzos, como un ejército dispuesto contra mí, y reunir todo el ejército hostil con sus tropas y líderes, para que después de la primera victoria, no me nazcan otras batallas. Por tanto, no lucharé contra individuos, ni estaré contento con el enfrentamiento disperso de unos pocos: hay que luchar con todo el ejército, y los desordenados cuños de los enemigos, que luchan al modo de bandidos, deben ser repelidos con un ejército instruido y ordenado. Opondré en la primera línea al apóstol Pablo, y como un líder fortísimo, lo armaré con sus propias armas, es decir, con sus propias sentencias. Pues a los corintios que preguntaban sobre esta cuestión, el doctor de los gentiles y maestro de la Iglesia respondió plenamente. Y lo que él haya establecido, consideremos que es la ley de Cristo hablando en él. Y al mismo tiempo, para que el pensamiento tácito del lector, cuando comencemos a refutar cada una de las cosas propuestas, no se reserve siempre al Apóstol, y por el afán de las cuestiones más fuertes, descuidando las anteriores, se apresure a las últimas.

7. Nada es contrario al bien, sino el mal. El hombre exterior corrompido.---Entre otras cosas, los corintios habían preguntado por carta si, después de la fe en Cristo, debían permanecer célibes y, por causa de la continencia, debían dejar a las esposas que tenían, o si, siendo vírgenes al creer, debían contraer matrimonio. Y si de dos paganos, uno había creído en Cristo, ¿debía el creyente abandonar al no creyente? Y si debían tomar esposas, ¿debían ser solo cristianas o también paganas? Veamos, pues, qué respondió Pablo a estas cuestiones: "En cuanto a lo que me escribisteis, bueno es para el hombre no tocar mujer. Pero, a causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la esposa el deber conyugal, y de igual manera la esposa con el marido. La esposa no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido. De igual manera, el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la esposa. No os defraudéis el uno al otro, a no ser de común acuerdo por algún tiempo, para dedicaros a la oración. Y volved a juntaros, para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia. Esto lo digo como concesión, no como mandato. Quisiera que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una manera, otro de otra. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les es quedarse como yo. Pero si no tienen don de continencia, cásen se;

porque mejor es casarse que quemarse" (1 Cor. VII, 1 ss.). Volvamos al principio del testimonio: "Bueno es", dice, "para el hombre no tocar mujer". Si es bueno no tocar mujer, entonces es malo tocarla: pues nada es contrario al bien, sino el mal. Pero si es malo y se perdona, se concede para que no ocurra algo peor que el mal. ¿Qué clase de bien es aquel que se concede por la condición de algo peor? Nunca habría dicho "cada uno tenga su propia esposa", si no hubiera dicho antes "pero a causa de la fornicación". Quita la fornicación, y no dirá "cada uno tenga su propia esposa". Es como si alguien definiera: "Es bueno comer pan de trigo y consumir la harina más pura. Sin embargo, para que nadie, obligado por el hambre, coma estiércol de buey, le concedo que coma también cebada". ¿Acaso por eso el trigo perderá su pureza si se prefiere la cebada al estiércol? Es bueno por naturaleza aquello que no tiene comparación con el mal, que no se oscurece por la preferencia de otro. Al mismo tiempo, debe observarse la prudencia del Apóstol. No dijo "es bueno no tener esposa", sino "es bueno no tocar mujer", como si incluso en el tacto hubiera peligro, como si quien la tocara no escapara de aquella que arrebatara las preciosas almas de los hombres, que hace volar los corazones de los jóvenes: "¿Acaso alguien pondrá fuego en su seno y no se quemará? ¿O caminará sobre carbones encendidos y no se quemará?" (Prov. VI, 27, 28). Así como quien toca el fuego se quema de inmediato, así el tacto del hombre y la mujer siente su naturaleza y comprende la diversidad de sexos. Las fábulas de los gentiles también narran que Mitra y Ericción fueron engendrados, ya sea en piedra o en tierra, solo por el ardor de la libido. Por eso nuestro José, cuando la egipcia quiso tocarlo, huyó de sus manos y, como si fuera a ser mordido por un perro rabioso, para que el veneno no se extendiera poco a poco, dejó el manto que ella había tocado. "Pero a causa de la fornicación, cada uno tenga su propia esposa, y cada una tenga su propio marido". No dijo "a causa de la fornicación, cada uno tome esposa", de lo contrario, con esta excusa, habría dado rienda suelta a la lujuria, de modo que cada vez que una esposa muriera, se debería tomar otra para no fornicar; sino "cada uno tenga su propia esposa". Dijo "tenga", use la suya, la que tenía antes de creer, a la que era bueno no tocar, y después de la fe en Cristo, conocer solo como hermana, no como esposa, a menos que la fornicación hiciera excusable su contacto. "La esposa no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido. De igual manera, el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la esposa". Toda esta cuestión es sobre aquellos que están en matrimonio, si les es lícito dejar a sus esposas, lo cual el Señor también prohibió en el Evangelio. Por eso el Apóstol dice: "Bueno es para el hombre no tocar mujer". Pero porque quien una vez ha tomado esposa, a menos que sea de común acuerdo, no puede abstenerse, ni dar repudio a quien no peca, que cumpla con el deber conyugal: pues voluntariamente se ha atado para que se le obligue a cumplir. "No os defraudéis el uno al otro; a no ser de común acuerdo por algún tiempo, para dedicaros a la oración". Te pregunto, ¿qué clase de bien es aquel que prohíbe orar? ¿Que no permite recibir el cuerpo de Cristo? Mientras cumplo con el deber de esposo, no cumplo con el de continencia. El mismo Apóstol ordena en otro lugar (1 Tes. V) que oremos siempre. Si siempre se debe orar, nunca, por tanto, se debe servir al matrimonio, pues cada vez que cumplo con el deber conyugal, no puedo orar. El Apóstol Pedro, teniendo experiencia de los vínculos conyugales, mira cómo instruye a la Iglesia, qué enseña a los cristianos: "Igualmente, vosotros, maridos, cohabitad con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo" (1 Ped. III, 7). He aquí, con el mismo sentido, porque es el mismo espíritu, dice que las oraciones se ven obstaculizadas por el deber conyugal. Y lo que dice "igualmente", por eso provoca a los hombres a la imitación, porque ya antes había ordenado a las esposas, diciendo: "Para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, al observar vuestra conducta casta en el temor, cuyo adorno no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y

apacible, que es de grande estima delante de Dios" (1 Ped. III, 1-4). ¿Ves qué tipo de matrimonio prescribe entre hombres y mujeres? Cohabitando sabiamente, para que sepan qué quiere, qué desea Dios, para que den honor al vaso femenino. Si nos abstenemos del coito, damos honor a las esposas; si no nos abstenemos, es evidente que la deshonra es contraria al honor. También a las esposas, "Para que vean", dice, "vuestra conducta casta, y el adorno del hombre interior del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible". Oh, verdaderamente digna voz del Apóstol y de la Roca de Cristo. Da ley a los maridos y esposas, y condenando el adorno de la carne, predica la castidad y el adorno del hombre interior, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, diciendo de alguna manera: "Puesto que vuestro hombre exterior está corrompido, y habéis dejado de tener la bienaventuranza de la incorruptibilidad, que es propia de las vírgenes, imitad al menos la incorruptibilidad del espíritu mediante la abstinencia tardía, y lo que no podéis hacer con el cuerpo, hacedlo con la mente. Porque estas son las riquezas que Cristo busca, y este es el adorno de vuestra unión".

8. Pero para que nadie piense que por lo que sigue, "Para que os dediquéis a la oración, y volváis a juntaros", el Apóstol quiere esto y no lo concede por una mayor caída, inmediatamente añade: "Para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia". Hermosa indulgencia, "y volváis a juntaros". Lo que se avergüenza de llamar por su nombre, lo que prefiere a la tentación de Satanás, lo que tiene como causa la incontinencia, nos esforzamos por explicar como si fuera oscuro, cuando él mismo ha expuesto lo que escribió: "Esto lo digo como concesión, no como mandato". Y aún murmuramos que las bodas no se llaman indulgencia, sino mandato, como si de la misma manera se concedieran las segundas y terceras nupcias, como si no se abrieran las puertas de la Iglesia a los fornicadores mediante la penitencia, y lo que es más, a los incestuosos. Pues aquel violador de su madrastra, que en la primera carta a los corintios había entregado a Satanás (1 Cor. V), para destrucción de la carne, para que el espíritu se salvara, en la segunda lo retira (2 Cor. II), y se esfuerza para que el hermano no sea absorbido por una tristeza excesiva. Una cosa es lo que el Apóstol quiere, otra es lo que perdona. En la voluntad nos ganamos el mérito, en el perdón abusamos. ¿Quieres saber qué quiere el Apóstol? Une lo que sigue: "Quisiera que todos los hombres fuesen como yo" (1 Cor. VII, 7). Bienaventurado quien será semejante a Pablo. Feliz quien escucha al Apóstol mandando, no perdonando. "Esto", dice, "quiero, esto deseo, que seáis imitadores míos, como yo lo soy de Cristo". Él, virgen de Virgen, de incorrupta incorrupto. Nosotros, porque somos humanos y no podemos imitar el nacimiento del Salvador, imitemos al menos su conducta. Aquello es de la divinidad y bienaventuranza, esto es de la condición humana y del esfuerzo. Quiero que todos los hombres sean como yo, para que mientras sean como yo, también sean como Cristo, de quien yo soy semejante. Porque quien cree en Cristo, debe andar como él anduvo (1 Juan I, 6). Pero cada uno tiene su propio don de Dios: uno de una manera, otro de otra (1 Cor. VII, 7). Lo que quiero, es claro. Pero dado que en la Iglesia hay diversos dones, concedo también las bodas, para que no parezca condenar la naturaleza. Al mismo tiempo, considera que el don de la virginidad es diferente del de las bodas. Pues si la recompensa de las casadas y las vírgenes fuera la misma, nunca habría dicho después del mandato de la continencia: "Pero cada uno tiene su propio don de Dios: uno de una manera, otro de otra". Donde hay propiedad de cada uno, allí hay diversidad en el otro lado. Concedo que las bodas también son un don de Dios, pero entre don y don hay una gran diferencia. Finalmente, el Apóstol, sobre el mismo penitente después del incesto, dice: "Al contrario, perdonadle y consoladle, y si algo habéis perdonado, también yo" (2 Cor. II, 7). Y para que no pensemos que el don del hombre es despreciable, añade: "Porque también yo, lo que he perdonado, si algo he perdonado por vosotros, lo he hecho en presencia de Cristo" (2 Cor. II, 10). Los dones de Cristo son diversos. Por eso también José, en su figura, tenía una túnica de diversos colores. Y en el Salmo cuarenta y cuatro leemos: "Está la reina a tu derecha, con oro

de Ofir, rodeada de variedad" (Sal. XLIV, 10). Y el Apóstol Pedro dice: "Como coherederos de la gracia de la vida" (1 Ped. III, 7). Lo que se dice más significativamente en griego como ποικίλης, es decir, variada.

9. Sigue: "Digo, pues, a los solteros y a las viudas: Bueno les es quedarse como yo. Pero si no tienen don de continencia, cásen; porque mejor es casarse que quemarse" (1 Cor. VII, 8). Después de haber concedido a los casados el uso del matrimonio, y haber mostrado lo que él mismo quería y lo que concedía, pasa a las solteras y viudas, y propone su propio ejemplo, y las llama felices si permanecen así. Pero si no tienen don de continencia, cásen; lo mismo que antes, "Pero a causa de las fornicaciones", y "Para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinenia". Y da la razón por la que dijo: "Si no tienen don de continencia, cásen". Porque mejor es casarse que quemarse. Por eso es mejor casarse, porque es peor quemarse. Quita el ardor de la libido, y no dirá "mejor es casarse". Pues mejor siempre mira a la comparación con lo peor, no a la simplicidad del bien incomparable por sí mismo. Como si dijera: "Mejor es tener un ojo que ninguno; mejor es apoyarse en un pie y sostener el cuerpo con un bastón que arrastrarse con las piernas rotas". ¿Qué dices, Apóstol? No te creo cuando dices: "Aunque soy tosco en el hablar, no lo soy en el conocimiento". Así como aquello descendió de la humildad, "Porque no soy digno de ser llamado apóstol". Y "A mí, que soy el menor de todos los apóstoles". Y "Como a un abortivo", así también creo que esto se dijo por humildad. Conoces las propiedades de las palabras, por eso tomas algunos testimonios de Epiménides, de Menandro y de Arato. Donde hablas de continencia y virginidad: "Bueno es", dices, "para el hombre no tocar mujer". Y "Bueno les es quedarse como yo". Y "Creo que esto es bueno para ellos a causa de la necesidad presente". Y "Porque bueno es para el hombre estar así". Donde llegas a las bodas, no dices "bueno es casarse", porque no puedes unirlo a "que quemarse"; sino que dices: "Mejor es casarse que quemarse". Si las bodas son buenas por sí mismas, no las compares con el incendio; sino di simplemente "bueno es casarse". Me resulta sospechosa la bondad de aquello que la magnitud de otro mal obliga a considerar como un mal menor. Pero yo no quiero un mal menor, sino un bien simple por sí mismo.

10. Mujeres fieles unidas a infieles. Matronas que se enfurecerán contra Jerónimo. Abraham hace jurar a su siervo en Cristo.---Hasta aquí se ha explicado el primer capítulo, pasemos a lo siguiente. "A los que están casados, mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido. Y si se separa, que se quede sin casar, o que se reconcilie con su marido. Y que el marido no abandone a su mujer. A los demás digo yo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer incrédula, y ella consiente en vivir con él, no la abandone"; y lo demás hasta el lugar donde dice: "Cada uno, como le llamó Dios, así ande, y como enseñe en todas las iglesias" (1 Cor. VII, 10 ss.). Este lugar no pertenece a la controversia presente. Enseña, según el mandato del Señor, que la esposa no debe ser repudiada, excepto por causa de fornicación, y que la repudiada, mientras viva su marido, no debe casarse con otro, o al menos debe reconciliarse con su marido. A aquellos que la fe encontró en matrimonio, es decir, si uno de los dos creyó, les ordena que el creyente no repudie al no creyente. Y expuestas las razones, que el incrédulo es candidato a la fe si no quiere separarse del creyente: al contrario, ordena que si el incrédulo repudia al creyente por la fe en Cristo, el creyente debe separarse, para no anteponer al cónyuge a Cristo, a quien incluso el alma debe ser pospuesta. Pero ahora muchas, despreciando el mandato del Apóstol, se unen a los gentiles, y prostituyen los templos de Cristo a los ídolos; y no entienden que son parte de su cuerpo, del cual también son costillas. El Apóstol perdona la unión con infieles a aquellas que, teniendo maridos, creyeron después en Cristo; no a aquellas que, siendo cristianas, se casaron con gentiles, a quienes en otro lugar dice: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos. Porque ¿qué

compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo tiene

11. Considera que su inteligencia debe ser criticada. La fe es propiamente de los cristianos.--- En la discusión anterior, en la que enseñó que el creyente no debe separarse del no creyente, sino permanecer en el matrimonio tal como la fe los encontró, y que cada uno, ya sea célibe o casado, debe continuar como fue encontrado por el bautismo de Cristo, introduce de repente parábolas sobre el circunciso y el gentil, el siervo y el libre: y bajo la metáfora de estas, discute sobre los casados y los no casados. Si alguien fue llamado estando circunciso, no se haga incircunciso. Si fue llamado estando incircunciso, no se circuncide. La circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada; sino la observancia de los mandamientos de Dios. Cada uno permanezca en la vocación en la que fue llamado. Si fuiste llamado siendo siervo, no te preocupes. Pero si puedes hacerte libre, aprovecha más. Porque el que fue llamado en el Señor siendo siervo, es liberto del Señor. De igual manera, el que fue llamado siendo libre, es siervo de Cristo. Fuisteis comprados por precio: no os hagáis siervos de los hombres. Así que cada uno, hermanos, permanezca en la vocación en la que fue llamado, ante Dios (I Cor. VII, 18 y ss.). Y primero, porque creo que algunos criticarán esta interpretación, me gustaría preguntar cuál es la consecuencia de que, discutiendo sobre maridos y esposas, de repente pase a la comparación entre judío y gentil, siervo y libre: y luego, terminada esta discusión, regrese a las vírgenes diciendo: Pero en cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor (I Cor. VII, 5). ¿Qué significa la comparación entre matrimonio y virginidad, judío y gentil, siervo y libre? En segundo lugar, ¿cómo puede entenderse que si alguien fue llamado estando circunciso, no se haga incircunciso (Ibid., 18)? ¿Acaso quien tiene el prepucio cortado puede, si quiere, volver a tenerlo? Luego, ¿en qué sentido debe explicarse que el que fue llamado en el Señor siendo siervo, es liberto del Señor? De igual manera, el que fue llamado siendo libre, es siervo de Cristo (Ibid., 22)? En cuarto lugar, ¿cómo puede quien ordenó a los siervos obedecer a sus amos carnales, ahora decir: No os hagáis siervos de los hombres (Ibid., 23)? Finalmente, ¿qué tiene que ver con la servidumbre o la circuncisión que cada uno permanezca en la vocación en la que fue llamado, ante Dios? Pues es contrario a la sentencia anterior. Si escuchamos: No os hagáis siervos de los hombres, ¿cómo podemos permanecer en la vocación en la que fuimos llamados, cuando muchos creyeron teniendo amos carnales, a quienes ahora se les prohíbe servir? Además, ¿qué tiene que ver con la circuncisión permanecer en la vocación en la que fuimos llamados, cuando en otro lugar el mismo Apóstol clama: He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada (Gál. V, 2)? Por lo tanto, queda que la circuncisión y la incircuncisión, el siervo y el libre, se adapten al sentido anterior y dependan de lo precedente. Si alguien fue llamado estando circunciso, no se haga incircunciso. En el momento, dice, en que fuiste llamado y creíste en Cristo, si fuiste llamado estando circunciso por tu esposa, y eras célibe: no tomes esposa, es decir, no te hagas incircunciso, para no cargar la libertad de la circuncisión y la castidad con el peso del matrimonio. Nuevamente, si alguien fue llamado estando incircunciso, no se circuncide. Tenías, dice, esposa cuando creíste: no pienses que la fe de Cristo es causa de discordia, porque Dios nos ha llamado a la paz. La circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada; sino la observancia de los mandamientos de Dios (Ibid., 19). Porque sin obras, el celibato y el matrimonio no son de provecho, ya que incluso la fe, que es propiamente de los cristianos, si no tiene obras, se dice que está muerta; y bajo esta ley, también las vírgenes de Vesta y las univirae de Juno podrían contarse en el orden de las Santas. Cada uno permanezca en la vocación en la que fue llamado (Ibid., 24). Cuando creyó, ya sea que tuviera o no esposa, permanezca en lo que fue llamado. Y por lo tanto, no tanto

obliga a las vírgenes a casarse, como prohíbe los divorcios. Y así como a los que tienen esposas les quita la licencia de despedirlas, así a las vírgenes les corta la facultad de casarse. Si fuiste llamado siendo siervo, no te preocupes; pero si puedes hacerte libre, aprovecha más. Incluso si tienes, dice, esposa, y estás atado a ella, y pagas la deuda, y no tienes potestad sobre tu cuerpo; y (para hablar más claramente) eres siervo de tu esposa, no te entristezcas por esto, ni suspires por la virginidad perdida. Pero incluso si puedes encontrar algunas causas de discordia para disfrutar de la libertad de la castidad, no busques tu salvación con la ruina de otro. Ten a tu esposa por un tiempo, no te adelantes a quien se demora: espera hasta que te siga. Si actúas con paciencia, tu esposa se convertirá en hermana. Porque el que fue llamado en el Señor siendo siervo, es liberto del Señor: de igual manera, el que fue llamado siendo libre, es siervo de Cristo. Da razones por las que no quiere que las esposas sean abandonadas. Por eso dice: Ordeno que los que creen en Cristo desde el paganismo no abandonen los matrimonios contraídos antes de la fe: porque quien creyó teniendo esposa, no está tan atado al servicio de Dios como las vírgenes y las no casadas; sino que de alguna manera es más libre, y las riendas de la servidumbre se le aflojan: y mientras es siervo de su esposa, por así decirlo, es liberto del Señor. Pero quien creyó sin tener esposa, y fue llamado libre de la servidumbre del matrimonio por el Señor, ese es verdaderamente siervo de Cristo. ¡Qué felicidad, no ser siervo de una esposa, sino de Cristo; no servir a la carne, sino al espíritu! Porque el que se une al Señor, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17). Y para que quizás en lo que dijo antes, Si fuiste llamado siendo siervo, no te preocupes; pero si puedes hacerte libre, aprovecha más, no parezca que menosprecia la continencia, y nos entrega al servicio de los cónyuges, introduce una sentencia que corta toda objeción: Fuisteis comprados por precio, no os hagáis siervos de los hombres. Fuimos redimidos con la preciosísima sangre de Cristo: el cordero fue inmolado por nosotros, y rociados con el rocío más cálido del hisopo, hemos purgado toda la mucosidad del placer nocivo. A quienes en el bautismo murió el Faraón, y todo su ejército fue ahogado, ¿por qué buscamos nuevamente Egipto, y después del maná, el alimento de los ángeles, suspiramos por los ajos, las cebollas, los melones y las carnes de Faraón?

12. Por qué Dios no ordenó la virginidad. ¿Cuáles son las fiestas del matrimonio? Por qué Cristo ama más a las vírgenes. Consideración de los significados de las palabras.---Después de la discusión sobre los casados y los continentes, finalmente llega a las vírgenes, y dice: Pero en cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor; pero doy mi consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor, para ser fiel. Pienso, pues, que esto es bueno a causa de la necesidad presente, porque es bueno para el hombre estar así (I Cor. VII, 25, 26). Aquí el adversario se regocija con toda exultación: con esto, como con un ariete muy fuerte, sacude el muro de la virginidad: «He aquí, dice, el Apóstol confiesa que no tiene mandamiento del Señor sobre las vírgenes: y quien con autoridad había ordenado sobre los maridos y las esposas, no se atreve a imponer lo que el Señor no ordenó. Y con razón. Porque lo que se ordena, se manda: lo que se manda, es necesario hacerlo: lo que es necesario hacer, si no se hace, tiene pena. Pues en vano se ordena lo que se pone en el arbitrio de quien se le ordena.» Si el Señor hubiera ordenado la virginidad, parecería condenar el matrimonio, y quitar el semillero de los hombres, de donde también nace la virginidad. Si hubiera cortado la raíz, ¿cómo buscaría los frutos? Si no hubiera echado antes los cimientos, ¿cómo levantaría el edificio, y pondría la cúspide que cubre todo desde arriba? Con mucho trabajo de los excavadores se derriban montañas: se penetran casi los infiernos de la tierra, para encontrar oro. Y cuando de los granos más pequeños primero por la fundición del horno, luego por la hábil mano del artesano se ha formado un collar; no se llama bienaventurado al que del lodo extrajo el oro, sino al que usa la belleza del oro. No te admires, pues, si entre las tentaciones de la carne, y los incentivos de los vicios, no se nos exige la vida de los ángeles, sino que se

nos enseña. Porque donde se da un consejo, es el arbitrio del que ofrece; donde hay un mandamiento, es la necesidad del que sirve. No tengo, dice, mandamiento del Señor; pero doy mi consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor (I Cor. VII, 25). Si no tienes mandamiento del Señor, ¿por qué te atreves a dar un consejo sobre lo que no tienes orden? Me responderá el Apóstol: ¿Y quieres que yo ordene lo que el Señor ofreció más bien que ordenó? Él, el creador y alfarero, sabiendo la fragilidad del vaso que hizo, dejó la virginidad en el poder del oyente, y yo, Doctor de los Gentiles, que me he hecho todo para todos (I Cor. IX, 22), para ganar a todos, ¿impondré de inmediato al principio el peso de la castidad perpetua sobre los cuellos de los creyentes débiles? Aprendan primero las fiestas del matrimonio, dedíquense por un tiempo a la oración, para que, habiendo probado la castidad, deseen siempre tener lo que por un breve tiempo les deleitó. El Señor, tentado por los fariseos sobre si era lícito según la ley de Moisés despedir a las esposas, lo prohibió absolutamente. Lo cual, considerando los discípulos, le dijeron: Si tal es la causa del hombre con su esposa, no conviene casarse. A lo que él respondió: No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes les es dado. Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres; y hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda (Mat. XIX, 10 ss.). Está claro por qué el Apóstol dijo: Pero en cuanto a las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor; ciertamente porque el Señor había dicho antes: No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes les es dado. Y, el que pueda entender, que entienda. El árbitro de la carrera propone el premio, invita a la carrera, sostiene en su mano el galardón de la virginidad: muestra la fuente purísima, y clama: El que tenga sed, venga y beba. El que pueda entender, que entienda (Juan VII, 37). No dice, quieran o no quieran, deben beber y correr: sino que el que quiera, el que pueda correr y beber, ese vencerá, ese será saciado. Y por eso Cristo ama más a las vírgenes, porque dan voluntariamente lo que no se les había ordenado. Y es de mayor gracia ofrecer lo que no debes, que devolver lo que se te exige. Los apóstoles, contemplando las cargas de la esposa: Si tal es, dicen, la causa del hombre con su esposa, no conviene casarse. A lo que el Señor, aprobando su sentencia, dice: Bien decís, que no conviene al hombre que tiende al reino de los cielos tomar esposa; pero es una cosa difícil, y no todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes les es dado. Algunos eunucos los hace la naturaleza, a otros los hace la fuerza de los hombres. A mí me agradan aquellos eunucos que no fueron castrados por necesidad, sino por voluntad. Con gusto recibo en mi seno a aquellos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos, y por mi culto no quisieron ser lo que nacieron. Y al mismo tiempo debe considerarse la sentencia: Quienes se castraron a sí mismos por el reino de los cielos. Si los castrados tienen la recompensa del reino de los cielos, entonces quienes no se castraron a sí mismos, no pueden ocupar el lugar de los castrados. El que pueda entender, que entienda. Es de gran fe y gran virtud ser el templo purísimo de Dios, ofrecerse todo como holocausto al Señor; y según el mismo Apóstol, ser santo en cuerpo y espíritu. Estos son los eunucos, que considerándose a sí mismos como madera seca por su esterilidad, escuchan por medio de Isaías (Cap. LVI), que tienen un lugar preparado en los cielos en lugar de hijos e hijas. El tipo de estos es Abdemelech [Mss. Abdamelech] el eunuco en Jeremías (Cap. XXVIII); y el eunuco de la reina Candace en los Hechos de los Apóstoles (Cap. VIII), quien por la fortaleza de su fe, obtuvo el nombre de hombre. A estos también Clemente, sucesor del apóstol Pedro, de quien el apóstol Pablo hace mención, escribe Epístolas, y casi todo su discurso lo teje sobre la pureza de la virginidad: y después muchos apostólicos, y mártires y hombres ilustres tanto en santidad como en elocuencia, que es fácil conocer por sus propios escritos. Porque pienso, dice, que esta obra es buena a causa de la necesidad presente (I Cor. VII, 26). ¿Cuál es esa necesidad que, despreciando el vínculo conyugal, busca la libertad de la virginidad? ¡Ay de las que están embarazadas y de las que amamantan en aquellos días (Mat. XXIV, 15; Marc.

XIII, 14; Luc. XXI, 23)! Aquí no se condenan las prostitutas ni los burdeles, sobre cuya condenación no hay duda: sino los vientres hinchados, los llantos de los niños, y los frutos y obras del matrimonio. Porque es bueno para el hombre estar así (I Cor. VII, 26). Si es bueno para el hombre estar así, entonces es malo para el hombre no estar así. Estás atado a una esposa, no busques la separación. Estás libre de una esposa, no busques esposa (Ibid., 27). Cada uno de nosotros tiene sus propios límites: devuélveme lo mío, y guarda lo tuyo. Si estás atado a una esposa, no le des repudio. Si estoy libre de una esposa, no busco esposa. Así como yo no disuelvo los matrimonios, si una vez están ligados; así tú no liganes lo que está libre. Y al mismo tiempo deben considerarse los significados de las palabras. Quien tiene esposa, se dice que es deudor, y estar en la incircuncisión, y siervo de la esposa, y lo que es de los malos siervos, atado. Pero quien está sin esposa, primero no es deudor de nadie, luego es circunciso, tercero es libre, y finalmente está suelto.

13. Las vírgenes impuras si se casan después de la consagración. El tiempo de vida es siempre breve. El maestro de Jerónimo, Gregorio Nacianceno. La virginidad como ofrenda de Cristo. Diferencia entre matrimonio y virginidad.---Avancemos por lo que resta, pues la magnitud del volumen no nos permite detenernos más en cada punto. Si tomas esposa, no has pecado. Una cosa es no pecar, otra es hacer el bien. Y si una virgen se casa, no ha pecado [Al. pecará]. No esa virgen que una vez se ha dedicado al culto de Dios: pues si alguna de estas se casa, tendrá condenación, porque ha invalidado su primera fe. Si esto se dice de las viudas, ¡cuánto más prevalecerá sobre las vírgenes, cuando incluso a aquellas no les está permitido, a quienes alguna vez les fue permitido! Las vírgenes que se casan después de la consagración no son tanto adúlteras como incestuosas. Y para que no pareciera que al decir: "Y si una virgen se casa, no ha pecado", volvía a incitar a los célibes al matrimonio, inmediatamente se refrena [Al. se refrenó], y al introducir otra cosa, debilitó lo que había concedido, diciendo: "Sin embargo, tendrán tribulación en la carne los tales". ¿Quiénes son estos que tendrán tribulación en la carne? Aquellos a quienes antes había permitido: "Si tomas esposa, no has pecado; y si una virgen se casa, no ha pecado [Al. pecará]: sin embargo, tendrán tribulación en la carne los tales". Nosotros, ignorantes de las cosas, pensábamos que al menos el matrimonio traía alegría a la carne. Pero si incluso para los que se casan hay tribulación en la carne, en la que parecía que tenían delicias, ¿qué quedará por lo que se casan, cuando hay tribulación en el espíritu, en el alma y en la misma carne? Yo, sin embargo, os perdono. Así, dice, presento la tribulación de la carne, como si no hubiera razones mayores por las que no debáis casaros. Por tanto, esto digo, hermanos: El tiempo es breve. Resta, pues, que los que tienen esposas sean como si no las tuvieran. Ya no discuto sobre las vírgenes, que no hay duda de que son felices. Me dirijo a los casados. El tiempo es breve, el Señor está cerca. Aunque viviéramos novecientos años, como los antiguos hombres, aún debería considerarse breve, porque tendría un fin y dejaría de ser. Ahora bien, cuando es breve no tanto la alegría como la tribulación del matrimonio, ¿por qué tomamos esposas que pronto nos veremos obligados a perder? Y los que lloran, dice, y los que se alegran, y los que compran, y los que usan de este mundo, sean como si no lloraran, se alegraran, compraran, usaran de este mundo. Porque pasa la figura de este mundo (I Cor. VII, 30). Si el mundo pasa, en el que todo está contenido: más bien la figura y la conversación de este mundo, como una nube, pasa, entre las demás obras del mundo también pasarán los matrimonios. Pues no habrá matrimonios después de la resurrección. Si la muerte es el fin del matrimonio, ¿por qué no convertimos la necesidad en voluntad? Y lo que se ha de extorsionar a los que no quieren, ¿por qué no lo ofrecemos a Dios con la esperanza de recompensas? El que está sin esposa se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar a Dios. Pero el que está con esposa se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposa, y está dividido. Consideremos las diferencias de

preocupaciones entre la virgen y el casado. La virgen desea agradar al Señor, el marido a su esposa, y para agradar a su esposa, se preocupa de las cosas del mundo, que ciertamente pasarán con el mundo: y está dividido, en muchas partes de preocupaciones, y distraído por miserias. No es el lugar aquí para describir las angustias del matrimonio, y como en lugares comunes exaltar el discurso retórico. Creo que he tratado este asunto más plenamente contra Helvidio, y en el libro que escribí a Eustoquio. Ciertamente también Tertuliano, cuando aún era joven, jugó con este tema. Y mi maestro Gregorio Nacianceno, al disertar sobre la virginidad y el matrimonio, lo explicó en versos griegos. Ahora brevemente advierto que en los códices latinos este lugar se lee así: "La virgen y la mujer están divididas". Aunque tiene su sentido, y yo también lo he explicado así según la calidad del lugar, sin embargo, no es la verdad apostólica. Pues el Apóstol escribió así, como hemos traducido antes: "Se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposa, y está dividido"; y con esta sentencia definida, pasa a las vírgenes y continentes, y dice: "La mujer no casada, y la virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y espíritu". No toda no casada es virgen. Pero la que es virgen, ciertamente también es no casada. Aunque por elegancia de la dicción pudo repetir lo mismo con otra palabra, "mujer no casada y virgen": o ciertamente quiso definir qué es no casada, es decir, virgen: para que no pensemos que las meretrices son no casadas, no unidas a ningún matrimonio cierto. ¿Qué, pues, piensa la no casada y virgen? Las cosas del Señor, para ser santa en cuerpo y espíritu. Aunque no hubiera otra cosa, aunque no siguiera a la virgen una recompensa mayor, le bastaría esta sola preferencia, pensar en las cosas del Señor. E inmediatamente enseña cuál es ese pensamiento, para ser santa en cuerpo y espíritu. Pues algunas son vírgenes en la carne, no en el espíritu, cuyo cuerpo es íntegro, pero el alma está corrompida. Pero esa virginidad es ofrenda de Cristo, cuya mente no ha sido manchada por el pensamiento, ni la carne por la lujuria. Por el contrario, la que está casada piensa en las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Así como el que tiene esposa se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposa: así la casada piensa en las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Pero nosotros no somos de este mundo, que está puesto en el maligno, cuya figura pasa, de la cual se dice a los Apóstoles: "Si fuerais de este mundo, ciertamente el mundo amaría [Al. habría amado] lo que era suyo" (Juan XV, 19). Y para que no se pensara que se impone la carga gravísima de la castidad a los que no quieren, inmediatamente une las causas de la persuasión, y dice: "Esto lo digo para vuestro beneficio: no para ponerlos un lazo, sino para que sirváis al Señor con lo que es honesto, y lo hagáis con atención, sin ninguna distracción". El lenguaje latino no explica la propiedad griega: ¿con qué palabras podría alguien expresar, "Πρὸς τὸ εὖσχημον καὶ εὐπρόσεδρον τῷ Κυρίῳ ἀπερισπάστως"? Por lo cual en los códices latinos, debido a la dificultad de la traducción, esto no se encuentra en absoluto. Usemos, pues, lo que hemos traducido. El Apóstol no nos impone un lazo, ni nos obliga a ser lo que no queremos; sino que aconseja lo que es honesto y decoroso, y hace que sirvamos al Señor con atención y siempre estemos preocupados, y esperemos la voluntad del Señor preparada, para que lo que Él mande, como un soldado valiente y armado, lo cumpla inmediatamente, y lo haga sin ninguna distracción [Al. distensión]: que se da según el Eclesiastés (Cap. III) a los hombres de este mundo, para que se distraigan en ella. Pero si alguien considera que su virgen, es decir, su carne, se lasciva y hierve en lujuria, y no puede refrenarse: y le incumbe una doble necesidad, o tomar esposa, o caer; que haga lo que quiera, no peca si se casa: haga, dice, lo que quiera, no lo que deba. No peca si toma esposa: sin embargo, no hace bien si la toma. Pues el que ha decidido en su corazón firme, no teniendo necesidad, pero teniendo potestad sobre su propia voluntad, y esto juzga en su corazón guardar a su virgen, hace bien. Por tanto, el que casa a su virgen, hace bien; y el que no la casa, hace mejor (I Cor. VII, 37, 38). Significativamente y propiamente había dicho antes, "El que toma esposa, no peca": aquí "El que guarda a su virgen, hace bien". Pero es diferente no pecar, y hacer bien. "Apártate", dice, "del mal, y haz el bien" (Sal.

XXXVI, 27). Nos apartamos de aquello, seguimos esto. En uno está el inicio, en el otro la perfección. Pero para que en lo que dijo, "y el que casa a su virgen, hace bien", no piense alguien que nuestra observación no se sostiene; inmediatamente atenúa este mismo bien, y lo oscurece con la comparación de lo mejor, y dice: "Y el que no la casa, hace mejor". Si no hubiera de añadir [Al. hubiera añadido], "hace mejor", nunca habría dicho antes, "hace bien". Pero donde hay bien y mejor, allí el premio del bien y del mejor no es uno: y donde no hay un solo premio, allí ciertamente hay dones diversos. Tanto hay, pues, entre el matrimonio y la virginidad, como entre no pecar y hacer bien; más bien, para decirlo más suavemente, como entre el bien y el mejor.

14. Viudas que se alimentan de las limosnas de la Iglesia.---Terminada la discusión sobre los matrimonios y la virginidad, con una moderación cautelosa de los preceptos entre ambos, para que no se desviara ni a la izquierda ni a la derecha, sino que caminara por el camino real, y cumpliera aquello: "No seas demasiado justo" (Eccl. VI, 17), nuevamente compara la monogamia con la digamia, y así como había subordinado el matrimonio a la virginidad, así subordina la digamia a los primeros matrimonios, y dice: "La mujer está ligada mientras su marido vive; pero si su marido muere, está libre; cásese con quien quiera, solo en el Señor. Pero será más feliz si permanece así, según mi consejo. Pero creo que también yo tengo el Espíritu de Dios" (I Cor. 39, 40). Concede segundas nupcias, pero a las que quieren, a las que no pueden contenerse; para que, habiendo vivido en el lujo en Cristo, quieran casarse, teniendo condenación, porque han invalidado su primera fe, y esto lo concede, porque muchas se han vuelto atrás tras Satanás (I Tim. V, 15). Sin embargo, "serán más felices", dice, "si permanecen así": e inmediatamente añade la autoridad apostólica, "según mi consejo". Pero para que la autoridad del Apóstol, como hombre, no pareciera más ligera, añadió: "Pero creo que también yo tengo el Espíritu de Dios". Donde provoca a la continencia, allí no es el consejo de un hombre, sino del Espíritu de Dios; pero donde concede el permiso de casarse, no nombra al Espíritu de Dios, sino que pesa el consejo de la prudencia, relajando así a cada uno como puede soportar. Según este sentido, todas aquellas cosas deben entenderse: "Porque la mujer que está bajo el marido, mientras el marido vive, está ligada a la ley: pero si el marido muere, está libre de la ley del marido. Por tanto, mientras el marido vive, será llamada adúltera si está con otro hombre. Pero si su marido muere, está libre de la ley, para que no sea adúltera si está con otro hombre" (Rom. VII, 2, 3). Y aquello a Timoteo: "Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, tengan hijos, sean amas de casa, no den ocasión al adversario para maldecir. Porque ya algunas se han vuelto atrás tras Satanás" (I Tim. V, 14), y otras cosas similares. Pues así como a las vírgenes, por el peligro de la fornicación, concede el matrimonio, y hace excusable lo que por sí mismo no se desea, así por la misma razón de evitar la fornicación, concede a las viudas segundas nupcias. Pues es mejor, aunque sea el segundo o tercer, conocer a un solo hombre, que a muchos: es decir, es más tolerable estar prostituida a un solo hombre, que a muchos. Pues también aquella samaritana en el Evangelio de Juan, diciendo que tenía un sexto marido, es reprendida por el Señor, porque no es su marido (Juan IV, 17). Pues donde hay número de maridos, allí el marido, que propiamente es uno, ha dejado de ser. Una costilla al principio se convirtió en una sola esposa. Y serán, dice, dos en una sola carne (Gén. II, 24): no tres, ni cuatro, de lo contrario ya no son dos, si son más. El primer Lamec, sanguinario y homicida, dividió una sola carne en dos esposas: el fratricidio y la digamia fueron borrados con la misma pena del diluvio. De uno se vengó siete veces, del otro setenta veces siete. Cuanto distan en número, tanto en crimen. Cuán santa es la digamia, se muestra aquí, que el digamo no puede ser elegido para el clero, y por eso el Apóstol a Timoteo: "La viuda", dice, "sea elegida no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido" (I Tim. V, 9). Aquí todo el precepto es sobre aquellas viudas que se alimentan de las limosnas de la Iglesia. Y por eso se prescribe

la edad, para que solo aquellas que ya no pueden trabajar reciban el alimento de los pobres. Y al mismo tiempo considera, que la que ha tenido dos maridos, aunque sea anciana, y decrepita, y necesitada, no merece recibir las limosnas de la Iglesia. Pero si se le quita el pan de la limosna, ¡cuánto más el pan que descendió del cielo, que quien lo coma indignamente, será culpable del cuerpo y sangre de Cristo violados!

15. Pablo se vio obligado a querer muchas cosas.---Aunque estos testimonios que he puesto arriba, en los que se concede a las viudas que si quieren, se casen de nuevo, algunos los interpretan sobre aquellas viudas que, habiendo perdido a sus maridos, así encontraron la fe de Cristo. Pues no sería consecuente que el Apóstol, después del bautismo, al morir el marido, ordenara casarse con otro, cuando también a los que tienen esposas les ha mandado que sean como si no las tuvieran, y por esta razón no está definido el número de esposas: porque después del bautismo de Cristo, incluso si es la tercera o cuarta esposa, se considera como la primera. De lo contrario, si después del bautismo, al morir el primero, se toma un segundo, ¿por qué no al morir el segundo, y el tercero, y el cuarto, y el quinto, se toma un sexto, y los demás? Pues puede suceder que, por alguna infelicidad, o por el juicio de Dios que corta las nupcias repetidas, una joven tome varios maridos, y una anciana quede viuda de su primer marido en la extrema vejez. El primer Adán monógamo: el segundo agámico. Los que aprueban la digamia, que muestren un tercer Adán digamo, a quien seguir. Pero supongamos que Pablo concedió segundas nupcias; por la misma ley concede también terceras, y cuartas, y cuantas veces muera el marido. El Apóstol se ve obligado a querer muchas cosas que no quiere. Circuncidó a Timoteo, él mismo se afeitó la cabeza, practicó el descalzamiento, dejó crecer el cabello, y se lo cortó en Cencreas. Y ciertamente había reprendido a los Gálatas, y había reprendido a Pedro, porque se separaba de los gentiles por observancias judías. Así como en las demás disciplinas de la Iglesia fue judío con los judíos, gentil con los gentiles, y todo para todos, para ganar a todos: así también concedió la digamia a los incontinentes, y no fijó el número de matrimonios, para que al ver las mujeres que así se les concede el segundo después de la muerte del marido, como se concede el tercero y cuarto, se avergüencen de tomar otro, para no ser comparadas con trigamas y cuadrigamas. Pues donde se excede uno, no importa si es el segundo o el tercero, porque deja de ser monógamo. Todo es lícito, pero no todo conviene (I Cor. VI, 12, y X, 23). No condeno a los digamos, ni siquiera a los trigamos, y, si se puede decir, a los octogamos: añadiré algo más, incluso al fornicador arrepentido lo recibo. Todo lo que es igualmente lícito, debe ser ponderado con igual balanza.

16. La castidad siempre ha sido preferida al matrimonio. El número doble no es bueno.--- Pero como nos lleva al Antiguo Testamento, y comenzando desde Adán, llega a Zacarías y Elisabet: y luego opone a Pedro y los demás apóstoles, también nosotros debemos seguir las mismas huellas de las cuestiones, y enseñar que la castidad siempre ha sido preferida a la obra del matrimonio. Y de Adán y Eva se debe decir que antes de la ofensa en el paraíso eran vírgenes: después del pecado, y fuera del paraíso, inmediatamente el matrimonio. Luego, que esto mismo lo interpreta el Apóstol: "Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa, y serán dos en una sola carne" (Efes. V, 31, a Gén. II, 24). E inmediatamente añade: "Este sacramento es grande. Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia" (Ibid., 32). Cristo en la carne virgen, en el espíritu monógamo. Pues tiene una sola Iglesia, de la cual el mismo Apóstol: "Maridos", dice, "amad a vuestras esposas, como también Cristo a la Iglesia" (Efes. V, 25; Col. III, 19). Si Cristo ama a la Iglesia santamente, castamente, sin ninguna mancha: también los maridos deben amar a sus esposas en castidad, y cada uno debe saber poseer su vaso en santificación y honor, no en pasión de deseo, como los gentiles que no conocen a Dios: "Porque no nos llamó Dios a la impureza, sino a la santificación" (I Tes.

IV, 7): despojándonos del hombre viejo con sus obras, y revistiéndonos del nuevo, que se renueva en conocimiento según la imagen de su Creador: donde no hay macho ni hembra, griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, esclavo ni libre, sino todo y en todos Cristo (Col. III, 10, 11). La imagen del Creador no tiene unión matrimonial. Donde se quita la diversidad de sexo, y nos despojamos del hombre viejo, y nos revestimos del nuevo, allí renacemos en Cristo virgen, que nació de una virgen, y renació por una virgen. Pero lo que dice: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gén. I, 28), era necesario primero plantar el bosque y crecer, para que hubiera lo que después pudiera ser cortado. Y al mismo tiempo se debe considerar la fuerza de la palabra, "llenad la tierra". El matrimonio llena la tierra, la virginidad el paraíso. Pero también se debe observar esto, al menos según la verdad hebrea, que cuando la Escritura en el primer, tercer, cuarto, quinto y sexto día, al completar las obras de cada uno, dice: "Y vio Dios que era bueno", en el segundo día lo omite por completo: dejándonos la inteligencia de que no es bueno el número doble, porque divide de la unión, y prefigura los lazos del matrimonio. Por eso en el arca de Noé todos los animales que entran de dos en dos son impuros (Gén. VII y VIII). El número impar es puro. Aunque en el número doble se muestra también otro sacramento, que ni siquiera en las bestias y aves impuras se aprueba la digamia. Pues entran de dos en dos los impuros: y de siete en siete los que son puros, para que Noé tuviera después del diluvio lo que de número impar pudiera ofrecer inmediatamente a Dios.

17. Si Enoch fue trasladado y Noé fue preservado en el diluvio, no creo que Enoch haya sido trasladado por tener esposa, sino porque fue el primero en invocar a Dios y creer en el Creador, sobre lo cual el apóstol Pablo enseña plenamente en la Epístola a los Hebreos (Heb. X, 5). Por otra parte, Noé, quien fue preservado como una segunda raíz para la humanidad, ciertamente debía ser preservado con su esposa e hijos. Aunque en esto hay un misterio de las Escrituras. Aquella arca, según el apóstol Pedro (I Pet. III), fue un tipo de la Iglesia, en la cual ocho almas fueron salvadas. Cuando Noé entra en ella, tanto él como sus hijos se separan de sus esposas: pero cuando salen a la tierra, se unen en parejas: y lo que en el arca, es decir, en la Iglesia, había sido separado, en la convivencia del mundo se asocia. Asimismo, si el arca tenía muchas mansiones y nidos, y estaba dividida en dos y tres cámaras, y contenía diversas bestias; y según la calidad de los animales, también las habitaciones eran mayores o menores, estimo que esa diversidad de mansiones prefiguraba la variedad de la Iglesia.

18. Licencia para comer carne.---Lo que nos objeta, que en la segunda bendición de Dios se dio la licencia para comer carne, que no fue concedida en la primera, debe saber cómo el repudio, según el dicho del Salvador, no se daba desde el principio; pero por la dureza de nuestro corazón, fue concedido al género humano por Moisés; así también el consumo de carne fue desconocido hasta el diluvio. Después del diluvio, como las codornices al pueblo murmurante en el desierto: así se introdujeron en nuestros dientes los nervios y virulencias de la carne. El Apóstol enseña escribiendo a los Efesios (Cap. I), que Dios propuso en la plenitud de los tiempos recapitular todo: y llevar al principio en Cristo Jesús, lo que está sobre los cielos y sobre la tierra. Por lo cual el mismo Salvador en el Apocalipsis de Juan dice: Yo soy, dice, α y ω , principio y fin (Apoc. I, 18 y XXII, 13). Desde el comienzo de la condición humana, ni comíamos carne, ni dábamos repudio, ni se nos quitaban los prepucios como señal. Con este curso llegamos hasta el diluvio. Pero después del diluvio, con la entrega de la Ley, que nadie pudo cumplir, se introdujeron las carnes para comer, y se concedieron los repudios por la dureza, y se añadió el cuchillo de la circuncisión; como si la mano de Dios hubiera creado en nosotros más de lo necesario. Pero después que Cristo vino al final de los tiempos, y ω se volvió a α , y la extremidad se retrajo al principio: no se nos permite dar repudio, ni somos circuncidados, ni comemos carne, diciendo el Apóstol: Es bueno no beber

vino, ni comer carne (Rom. XIV, 21). Y el vino también fue dedicado con las carnes después del diluvio.

19. Isaac figura de Cristo.---¿Qué diré de Abraham, como él mismo afirma, trigamo, que recibió la señal de la fe en la circuncisión? Si imitamos el número de sus esposas, imitemos también la circuncisión. Pues no debe ser seguido en parte y repudiado en parte. Por otra parte, Isaac, esposo de una sola Rebeca, prefigura a la Iglesia de Cristo, y reprueba la lascivia de la digamia. Pero si Jacob tuvo dos parejas de esposas y concubinas, y el adversario no quiere admitir que la lacia Lia, de ojos apagados y fecunda, prefiguraba el tipo de la sinagoga; y que Raquel, hermosa y estéril por mucho tiempo, significaba el misterio de la Iglesia, sepa que Jacob hizo esto en el tiempo en que estaba entre los asirios, y servía a Labán en Mesopotamia, un amo muy duro. Pero cuando quiso entrar en la Tierra Santa; y en el monte Galaad construyó un montón de testimonio, en el cual el poseedor de Mesopotamia no encontró nada entre sus pertenencias, jurando que nunca volvería al lugar donde había servido; y al luchar con el ángel en el torrente Jaboc, comenzó a cojear, y su nervio del muslo se marchitó, y enseguida obtuvo el nombre de Israel: y aquella esposa una vez amada, por la cual había servido, cerca de Belén, donde iba a nacer el Señor, el heraldo de la virginidad, es muerta por su hijo (Benoni); y las alianzas de Mesopotamia mueren en la ciudad evangélica.

20. El cuerpo de Cristo debe ser tomado por el mundo.---Me sorprende por qué nos ha propuesto a Judá y Tamar como ejemplo, a menos que tal vez se deleite con las meretrices; o con Onán, que fue muerto por envidiar la descendencia de su hermano: como si aprobáramos cualquier flujo de semen sin la obra de los hijos. Es evidente sobre Moisés, que habría estado en peligro en la posada, si Séfora, que se interpreta como ave, no hubiera circuncidado a su hijo, y cortado el prepucio de las bodas con el cuchillo evangélico. Este es el mismo Moisés que, cuando vio la gran visión, y al ángel, o al Señor hablando en la zarza, no pudo acercarse a él, a menos que desatara la correa de su calzado, y arrojara las ataduras del matrimonio. Y no es de extrañar esto sobre el amigo y profeta y legislador de Dios, cuando todo el pueblo que iba a acercarse al monte Sinaí, y a escuchar la palabra de Dios, fue mandado a santificarse por tres días, y a abstenerse de sus esposas. Lo cual sabemos (aunque desordenadamente confunda el orden de la historia) que también fue dicho a David huyendo, por el sacerdote Ajimelec: ¿Están los jóvenes limpios de mujeres? Y él respondió: Desde ayer y anteayer (I Reg. XXI, 4). Pues los panes de la proposición, como el cuerpo de Cristo, no podían ser comidos por quienes se levantaban del lecho conyugal. Y debemos contemplar en nuestro tránsito lo que dijo: ¿Están los jóvenes limpios de mujeres? evidentemente que para la pureza del cuerpo de Cristo, toda unión es impura. En la ley también se ordena, que el sumo sacerdote no tome esposa sino virgen (Lev. XXI), ni tome viuda. Si la condición de la virgen y de la viuda es la misma, ¿por qué una es aceptada y la otra rechazada? Y la viuda sacerdotal es mandada a sentarse en la casa de su padre, y no conocer segundo matrimonio. Si la hermana virgen del sacerdote muere, ¿cómo se le manda ir a ella como a las exequias de su padre y madre? Pero si está casada, es despreciada como ajena. Quien ha tomado esposa, y quien ha plantado viña como propagación de hijos, es prohibido de ir a la guerra (Deut. XX). Pues no puede el siervo de la esposa servir en la milicia del Señor. Y de los espejos de las mujeres ayunantes, como de los cuerpos purísimos de las vírgenes, se funde la fuente en el tabernáculo: y dentro del santuario tanto los querubines, como el propiciatorio, y el arca del testimonio, y la mesa de la proposición, y el candelabro, y el incensario son de oro purísimo. Pues no podía ser introducida plata en el Santo de los Santos.

21. Nombres de Josué. Segunda circuncisión con cuchillo de piedra. Reino de los cinco sentidos.---¿Por qué me detengo en Moisés, cuando mi propósito es, dictando rápidamente y de manera breve, tocar cada cosa brevemente y trazar algunas líneas de inteligencia? Pasaré a

Jesús hijo de Navé, quien antes fue llamado Ause, o, como se tiene más correctamente en hebreo, Oseas, es decir, salvador. Pues él, según la Epístola de Judas, salvó y sacó al pueblo de Israel de Egipto, y lo introdujo en la tierra de la promesa. Este Jesús, tan pronto como llegó al Jordán, las aguas de las bodas, que siempre habían fluido en la Ley, se secaron, y se detuvieron: y todo el pueblo pasó con pies secos y descalzos, y llegó a Galgala, y allí fue circuncidado por segunda vez. Si lo tomamos según la letra, no puede sostenerse en absoluto. Pues si tuviéramos un doble prepucio, o si la piel cortada volviera a crecer, la segunda circuncisión tendría lugar correctamente. Pero ahora esto significa que Jesús circuncidó al pueblo que había venido por el desierto con el cuchillo del Evangelio, y lo circuncidó con un cuchillo de piedra, para que lo que se prefiguraba antes en el hijo de Moisés en pocos, se cumpliera bajo Jesús en todos. Pero también los mismos prepucios, acumulados en un montón y sepultados, y cubiertos con tierra, y quitada la afrenta de Egipto, y el nombre del lugar Galgala, que se interpreta como revelación, muestran que mientras el pueblo caminaba en el prepucio por el desierto, sus ojos estaban cegados. Veamos también las consecuencias. Después de la circuncisión del Evangelio, y la consagración de las doce piedras en el lugar de la revelación, inmediatamente se celebra la Pascua: se inmola el cordero para ellos, y se alimentan de los alimentos de la Tierra Santa. Sale Jesús, le sale al encuentro el Príncipe de la milicia con una espada, es decir, mostrando que va a luchar por el pueblo circuncidado, o cortando el vínculo de las bodas. Y de manera similar a como se le había mandado a Moisés, también se le manda a él: Desata tu calzado. Pues el lugar en que estás, es tierra santa (Éxodo III, 5). Porque así estaba el ejército del Señor armado con las trompetas sacerdotales, como para la predicación evangélica bajo el tipo de Jericó, el mundo es subvertido. Y para pasar por alto infinitas cosas (pues no es mi propósito ahora abrir todos los misterios del Antiguo Testamento), cinco reyes, que antes reinaban en la tierra de la promesa, y resistían al ejército evangélico, son superados por Jesús luchando (Jos. X). Esto creo que es claro en entendimiento, que antes de que el Señor sacara a su pueblo de Egipto, y lo circuncidara, la vista, el olfato, el gusto, el oído y el tacto reinaban, y a estos como príncipes estaban sujetas todas las cosas. A los cuales Jesús, al refugiarse en la cueva del cuerpo, y al lugar tenebroso, entrando en el mismo cuerpo, los mató: para que por lo que antes reinaban, por eso fueran muertos.

22. Moisés significa la Ley. El número veinte es infausto. Belphegor entre los hebreos es Priapo. Jesús no es llorado al morir.---Pero ya es tiempo de que levantemos el estandarte de la castidad de Jesús. Se escribe que Moisés tuvo esposa. Pero tanto nuestro Señor como el Apóstol interpretan a Moisés como la Ley: Tienen a Moisés y a los Profetas (Luc. XVI, 29). Y: Desde Adán hasta Moisés reinó el pecado, incluso sobre aquellos que no pecaron, a semejanza de la transgresión de Adán (Rom. V, 14): y no hay duda de que en ambos testimonios Moisés significa la Ley. Así como leemos que Moisés, es decir, la Ley, tuvo esposa, muéstrame que Jesús hijo de Navé tuvo esposa o hijos: y si puedes mostrarlo, confesaré que he sido vencido. Y ciertamente recibió el lugar más hermoso de la tierra de Judea en la partición, y muere, no en el número veinte que siempre es infausto en las Escrituras: en el cual sirvió Jacob, y fue vendido José, y que ama Esaú, recibiendo en él ciertos dones; sino en el décimo, del cual hemos hablado frecuentemente en su alabanza: y es sepultado en Thamnath sare, es decir, en el principado más perfecto, o en el número del nuevo revestimiento: para que significara los rebaños de vírgenes, cubiertos con la ayuda del Salvador en el monte Efraín, esto es, en el monte fructífero, al norte del monte Gaas, que se interpreta como conmoción: Pues el monte Sion, los lados del norte, la ciudad del gran rey (Sal. XLVII, 3), que siempre está opuesta a la envidia, y en cada tentación dice: Mis pies casi se movieron (Sal. LXXII, 2). Y cuando en la sepultura de Jesús, el libro que lleva su nombre se completa; nuevamente en el volumen de los Jueces, se describe como si viviera y

resucitara: y bajo la recapitulación se proclaman sus obras: y se lee, Jesús envió al pueblo, y los hijos de Israel partieron, cada uno a su herencia, para poseer la tierra. Y, El pueblo sirvió al Señor todos los días de Jesús, y demás. Y enseguida se añade: Y murió Jesús hijo de Navé, siervo del Señor, de ciento diez años. Por otra parte, Moisés solo vio la tierra de la promesa, y no pudo entrar, y murió en la tierra de Moab, y el Señor lo sepultó en el valle de la tierra de Moab frente a la casa de Phogor, y nadie conoció su sepulcro hasta el día de hoy (Deut. XXXIV, 5, 6). Comparemos la sepultura de ambos: Moisés muere en la tierra de Moab, Jesús en la tierra de Judea. Aquel es sepultado en el valle frente a la casa de Phogor, que se interpreta como ignominia (pues propiamente Phogor en lengua hebrea se llama Priapo); este en el monte Efraín al norte del monte Gaas. Y en las palabras simples siempre hay un sentido más profundo en las Escrituras divinas. Porque entre los judíos era gloria en los partos y parturiciones; y maldita la estéril, que no tenía descendencia en Israel; y bienaventurado aquel cuyo descendencia estaba en Sion, y sus domésticos en Jerusalén: y en la máxima bendición se ponía, Tu esposa como vid abundante en los lados de tu casa. Tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa (Sal. CXXVII, 3); por eso su sepulcro se describe puesto en el valle frente a la casa del ídolo, que propiamente se consagra a la lujuria. Pero nosotros que militamos bajo el mando de Jesús, hasta el día presente ignoramos dónde está sepultado Moisés. Pues despreciamos a Phogor, y toda su ignominia, sabiendo que los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Y el Señor también dijo antes del diluvio: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3). Por lo cual también Moisés al morir es llorado por el pueblo de Israel: pero Jesús no es llorado como si fuera a vivir. Pues las bodas terminan en la muerte, la virginidad comienza a ser coronada después de la muerte.

23. Jefté es acusado de voto temerario. Muchos sacerdotes casados. Vestimenta de los levitas. Error de los Encratitas.---También produce a Sansón en medio, sin considerar que una vez fue calvo el nazareo del Señor por una mujer; quien aunque tiene el tipo del Salvador, porque amó a una meretriz de entre las naciones, la Iglesia; y mató a muchos más enemigos muriendo que viviendo: sin embargo, no ofrece ejemplos de castidad conyugal. Y ciertamente este es según la profecía de Jacob (Gén. XLIX), quien cuando se movía con la rapidez de un caballo, fue herido por una serpiente, y cayó hacia atrás. Pero no entiendo por qué ha enumerado a Débora y Barac, y a la esposa de Aber el ceneo: cuando es una cosa tejer los príncipes de las guerras y el orden de la historia: otra cosa es significar algunas figuras del matrimonio, que en estos no aparecen en absoluto. Por otra parte, que prefiera la fe del padre Jefté, con las lágrimas de la hija virgen, lo hace por nosotros. Pues también nosotros no alabamos tanto a las vírgenes del mundo, como a aquellas que son vírgenes por Cristo: y por muchos de los hebreos se reprende al padre de voto temerario, que dijo: Si entregando entregas a los hijos de Amón en mis manos, cualquiera que salga de mi casa a mi encuentro, cuando comience a volver en paz de los hijos de Amón, será del Señor, y lo ofreceré en holocausto (Jueces XI, 30, 31). Si un perro (dicen), si un asno hubiera salido, ¿qué haría? Por lo cual quieren que por disposición de Dios se haya hecho para que quien había prometido imprudentemente, sintiera el error de sus votos en la muerte de su hija. Pero si Samuel, criado en el tabernáculo, tomó esposa, ¿qué tiene esto que ver con el prejuicio de la virginidad? Como si hoy también muchos sacerdotes no tuvieran matrimonios: y el Apóstol describe al obispo como marido de una sola esposa, teniendo hijos con toda castidad (I Tim. III). Al mismo tiempo, debe saberse que Samuel era levita, no sacerdote, no sumo sacerdote. Por lo cual su madre le hacía un Ephod bad, es decir, un efod de lino, que es la vestimenta propia de los levitas y de menor orden (I Reg. II). Por lo cual en los Salmos no se le nombra entre los sacerdotes, sino entre los que invocan el nombre del Señor: Moisés, y Aarón entre sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre (Sal. XCVIII, 6). Pues Leví engendró a

Coat, Coat engendró a Aminadab, Aminadab engendró a Coré, Coré engendró a Asir, Asir engendró a Elcana, Elcana engendró a Sub, Sub engendró a Tou, Tou engendró a Eliú, Eliú engendró a Jeroam, Jeroam engendró a Elcana, Elcana engendró a Samuel. Y no hay duda de que los sacerdotes fueron generados de la estirpe de Aarón y Eleazar y Finees. Quienes aunque también ellos tuvieron esposas, correctamente se nos opondrían, si llevados por el error de los Encratitas, sostuviéramos que los matrimonios deben ser reprobados: y no fuera nuestro Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec sin padre, sin madre, sin genealogía, es decir, sin bodas. Y en verdad Samuel obtiene grandes frutos de sus hijos: para que porque él agradó a Dios, engendrara tales que desagradarían al Señor. Pero si nos objeta Booz y Rut para comprobar la digamia, sepa que en el Evangelio, por el tipo de la Iglesia, también Raab la meretriz es enumerada en el orden de los mayores del Señor.

24. Por qué David es un hombre sanguinario. Cuando Salomón construyó el templo.--- Además, el hecho de que David se jacte de haber comprado a su esposa con doscientos prepucios, debe entenderse que él tuvo muchas otras esposas: y que recuperó a Mical, hija de Saúl, que su padre había dado a otro; y que ya anciano fue calentado por los abrazos de la joven Sunamita. No digo esto porque me atreva a quitar mérito a los hombres santos, sino porque es diferente vivir bajo la Ley que bajo el Evangelio. Él mató a Urías el hitita [Geteo según los LXX], y fue adúltero con Betsabé. Y porque era un hombre sanguinario, no (como muchos piensan) por las guerras, sino por el homicidio, se le prohibió construir el Templo del Señor. Pero si nosotros escandalizamos a uno de los más pequeños, y si decimos a nuestro hermano Raca, y no vemos correctamente, es mejor que se nos ate una piedra de molino al cuello, y seremos culpables del infierno, y el adulterio se nos imputará solo por la mirada. Se pasa a Salomón, por quien la sabiduría misma se cantó: y aunque se le llama hombre de muchas esposas, y se detiene en sus alabanzas, me sorprende que no mencione también aquello del Cantar de los Cantares: Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las jóvenes sin número (Cant. VI, 7). Y aquello del tercer libro de los Reyes, que tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas, y otras innumerables (III Reg. XI, 3). Estas son las que apartaron su corazón del Señor: y sin embargo, antes de tener muchas esposas y caer en los vicios de la carne, al principio de su reinado y juventud construyó el templo del Señor. Porque cada uno es juzgado no por lo futuro, sino por lo presente. Si le agradan los ejemplos de Salomón, ya no será bígamo ni trígamo; pero a menos que tenga setecientas esposas y trescientas concubinas, no podrá cumplir su tipo y mérito. Te ruego, lector, y te lo recuerdo a menudo, que sepas que digo lo que digo por necesidad: no para quitar mérito a quienes nos precedieron en la Ley, sino porque sirvieron a sus tiempos y condiciones, y cumplieron aquella sentencia del Señor: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén. I, 23); y lo que es más grande, ofrecieron tipos de lo futuro. Pero a nosotros, a quienes se nos dice: El tiempo está recogido, nos queda que quienes tienen esposas sean como si no las tuvieran, se nos manda otra cosa, y la virginidad es dedicada por el Salvador virgen.

25. Norma de las Escrituras. Prueba de la historia de Susana.---Es evidente que incluyó a Elías y Eliseo en el catálogo de los casados de manera insensata, por mi intervención. Pues si Juan Bautista vino en el espíritu y poder de Elías, y Juan es virgen: ciertamente no solo vino en su espíritu, sino también en la castidad de su cuerpo. Además, lo que se puede recordar de Ezequías, aunque él no lo vio con su habitual necedad, es que después de recuperar la vida y prolongar su tiempo quince años, dijo: De ahora en adelante haré hijos; sepa que en los volúmenes hebreos no se encuentra, sino que se lee en su lugar: El padre hará conocer tu verdad a los hijos. No es de extrañar que Huldá, esposa de Sellum, profetisa, sea consultada por el rey Josías de Judá, ya cercana la cautividad y la ira del Señor goteando sobre Jerusalén: pues esta es la norma de las Escrituras, que cuando faltan los hombres santos, las mujeres son

alabadas en oprobio de los hombres. Es superfluo hablar de Daniel, cuando los hebreos hasta hoy afirman que él y los tres jóvenes fueron eunucos, por aquella sentencia de Dios que Isaías habla a Ezequías: Y de tus hijos que nacerán de ti, tomarán y harán eunucos en la casa del rey (IV Reg. XX, 18). Y nuevamente leemos en Daniel: Y el rey dijo a Aspenaz, jefe de los eunucos, que trajera de los hijos de la cautividad de Israel, y de la descendencia real, y de los jóvenes phorthommim [Al. phortemmmim], en quienes no hubiera mancha, hermosos de rostro, e inteligentes en sabiduría (Dan. I, 2, 3). Y argumentan que si Daniel y los tres jóvenes fueron elegidos de la descendencia real; y la Escritura predijo que de la descendencia real serían eunucos, estos son los que fueron hechos eunucos. Si también se opone aquello que se dice en Ezequiel (Cap. XIV), que Noé, Daniel y Job en la tierra pecadora no podrían liberar hijos e hijas, se debe responder que se dijo según la hipótesis. Pues en ese tiempo Noé y Job no estaban, a quienes sabemos que existieron muchos siglos antes. Y el sentido es: Si tales y tales hombres estuvieran en la tierra pecadora, no podrían liberar a sus hijos e hijas; porque la justicia del padre no liberará al hijo; ni el pecado de uno se imputará a otro. El alma que pecare, esa morirá (Ezequ. XVIII, 4). Pero también se debe decir que Daniel, según la historia de su libro, fue capturado con el rey Joaquín en el tiempo en que Ezequiel también fue llevado en cautiverio. ¿Cómo pudo entonces tener hijos, siendo aún un niño? y después de tres años, fue introducido al servicio del rey. Y para que nadie piense que Ezequiel ya se refería a un Daniel adulto, y no a un niño; Dice: Aconteció en el año sexto, del rey Joaquín, en el mes sexto, en el quinto día del mes (Ezequ. VIII, 1); Y, Yo estaba sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados delante de mí (Ezequ. XIV, 14). Y en el mismo día se le dice. Si estuvieran Noé y Daniel, y Job. Por lo tanto, Daniel era aún un niño, y conocido por el pueblo, ya sea por la interpretación de los sueños del rey, o por la liberación de Susana, y la ejecución de los ancianos. Y se comprueba claramente que en el tiempo en que se decían estas cosas sobre Noé, Daniel y Job, Daniel aún era un niño, y no podía tener hijos e hijas que su justicia pudiera liberar. Hasta aquí sobre la Ley.

26. El Evangelio no es antes de la cruz de Cristo. Las mujeres de los judíos servían: maestros de alimentos. Juan Evangelista virgen; encomia el orden de edad; cuándo murió; sus privilegios.---Llega al Evangelio, y nos presenta a Zacarías y Elisabet, a Pedro y su suegra, y con su habitual locura no entiende que estos también debieron contarse entre aquellos que sirvieron a la ley. Pues el Evangelio no es antes de la cruz de Cristo, que se dedica con su pasión y sangre. Según esta regla, Pedro y los demás Apóstoles, para concederle por ahora en exceso, tuvieron esposas, pero las que tomaron en el tiempo en que no conocían el Evangelio. Quienes luego fueron asumidos en el Apostolado, abandonan el oficio conyugal. Pues cuando Pedro dice al Señor en nombre de los Apóstoles: He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido: el Señor le responde, En verdad os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos por el reino de Dios, que no reciba mucho más en este siglo, y en el siglo venidero la vida eterna (Matt. XIX, 27). Si nos opone aquello para probar que todos los Apóstoles tuvieron esposas, ¿Acaso no tenemos derecho a llevar mujeres o esposas? (porque γυνή en griego significa ambas cosas) como los demás Apóstoles, y Cefas, y los hermanos del Señor, añada también aquello que está en los códices griegos: ¿Acaso no tenemos derecho a llevar hermanas mujeres, o esposas? De lo cual se hace evidente que hablaba de otras santas mujeres, que según la costumbre judía servían a los maestros de su sustancia, como leemos que también se hizo con el mismo Señor. Pues, y el orden de las palabras lo significa: ¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber, o a llevar hermanas mujeres? (I Cor. IX, 4, 5). Donde se menciona primero el comer y beber, y la administración de los gastos, y luego se introduce a las mujeres hermanas, es claro que no deben entenderse como esposas, sino como aquellas, como dijimos, que servían de su sustancia. Lo cual también se escribe en la antigua Ley sobre aquella Sunamita, que solía

recibir a Eliseo, y ponerle mesa, y pan, y candelabro, y demás. O ciertamente si aceptamos γυναῖκες, esposas, no mujeres, lo que se añade, hermanas, quita esposas, y muestra que eran hermanas en espíritu, no cónyuges. Aunque, excepto el Apóstol Pedro, no se ha relatado claramente de otros Apóstoles que tuvieran esposas; y cuando de uno se ha escrito, y de los demás se ha callado, debemos entender que estaban sin esposas, de quienes la Escritura no indica tal cosa. Y sin embargo, quien nos objetó Zacarías y Elisabet, Pedro y su suegra, sepa que de Zacarías y Elisabet fue engendrado Juan, es decir, de las bodas un virgen, de la Ley el Evangelio, del matrimonio la castidad, para que por un Profeta virgen, el Señor virgen fuera anunciado y bautizado. Pero podemos decir de Pedro que tuvo suegra en el tiempo en que creyó, y ya no tuvo esposa, aunque se lee en las περιόδοις que también tuvo esposa e hija. Pero ahora toda la disputa es sobre el Canon. Y porque apeló a los Apóstoles, que los príncipes de nuestra disciplina, y los líderes del dogma cristiano, no fueron vírgenes, para conceder por ahora que no fueron vírgenes (pues esto no puede probarse excepto de Pedro) sepa que estos son los Apóstoles, de quienes Isaías profetiza: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado un remanente, seríamos como Sodoma, y semejantes a Gomorra (Isa. I. 9). Los que eran de los judíos, la virginidad que perdieron en el judaísmo, no podían tenerla en el Evangelio. Y sin embargo, Juan, uno de los discípulos, que se dice que fue el menor entre los Apóstoles, y a quien la fe de Cristo encontró virgen, permaneció virgen, y por eso es más amado por el Señor, y se recuesta sobre el pecho de Jesús. Y lo que Pedro, que había tenido esposa, no se atreve a preguntar, le pide a él que pregunte. Y después de la resurrección, cuando María Magdalena anunció que el Señor había resucitado, ambos corrieron al sepulcro; pero él llegó primero. Y cuando estaban en la barca y pescaban en el lago de Genesaret, Jesús estaba en la orilla, y los Apóstoles no sabían a quién veían: solo el virgen reconoce al virgen, y dice a Pedro: Es el Señor. Nuevamente, después de escuchar la sentencia, que Pedro sería ceñido por otro, y llevado a donde no quisiera, y se le profetizó la pasión de la cruz, y él dijo: Señor, ¿qué de este? no queriendo dejar a Juan, con quien siempre había estado unido, el Señor le dice: ¿Qué a ti si quiero que él quede así? (Juan XXI, 22). De donde salió el dicho entre los hermanos, que ese discípulo no moriría. De lo cual se muestra que la virginidad no muere, ni las manchas del matrimonio se lavan con la sangre del martirio, sino que permanece con Cristo, y su dormición es un tránsito, no una muerte. Si insiste en que Juan no fue virgen, y nosotros dijimos que la causa del amor especial fue la virginidad, que explique él, si no fue virgen, ¿por qué fue más amado que los demás Apóstoles? Pero dices, sobre Pedro se funda la Iglesia: aunque eso mismo en otro lugar se hace sobre todos los Apóstoles, y todos reciben las llaves del reino de los cielos, y sobre ellos se solidifica igualmente la fortaleza de la Iglesia, sin embargo, por eso entre los doce se elige uno, para que, constituida la cabeza, se elimine la ocasión de cisma. Pero, ¿por qué no fue elegido Juan, el virgen? Se le dio deferencia a la edad, porque Pedro era mayor, para que un joven y casi un niño no fuera preferido a hombres de edad avanzada, y el buen maestro, que debía quitar la ocasión de disputa a los discípulos, y que les había dicho: Mi paz os doy, mi paz os dejo (Juan XIV, 27); y, el que quiera ser mayor entre vosotros, sea el menor de todos (Matt. XX, 26), no pareciera dar causa de envidia en el joven a quien amaba. Para que sepamos que Juan era entonces un niño, las historias eclesiásticas enseñan claramente que vivió hasta el imperio de Trajano, es decir, que durmió sesenta y ocho años después de la pasión del Señor: lo cual también brevemente mencionamos en el libro de los Hombres Ilustres. Pedro es Apóstol; y Juan es Apóstol, esposo, y virgen, pero Pedro es solo Apóstol: Juan es Apóstol, Evangelista, y Profeta. Apóstol, porque escribió a las Iglesias como maestro: Evangelista, porque compuso un libro del Evangelio, lo cual, excepto Mateo, otros de los doce Apóstoles no hicieron. Profeta: pues vio en la isla de Patmos, donde fue relegado por el príncipe Domiciano por el martirio del Señor, el Apocalipsis que contiene infinitos misterios futuros. Tertuliano refiere que, enviado a Roma en un caldero de aceite hirviendo, salió más

puro y vigoroso de lo que entró. Pero su mismo Evangelio difiere mucho de los demás. Mateo comienza a escribir como de un hombre: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Lucas desde el sacerdocio de Zacarías: Marcos desde la profecía de Malaquías el profeta, e Isaías. El primero tiene la cara de hombre, por la genealogía; el segundo la cara de becerro, por el sacerdocio; el tercero la cara de león, por la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Isa. XL, 3; Luc. III, 4). Nuestro Juan, como un águila, vuela a lo alto, y llega al mismo Padre, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios, y demás. La virginidad expuso lo que las bodas no podían saber, y para resumir en pocas palabras muchas cosas, y enseñar de qué privilegio es Juan, más bien en Juan la virginidad, del Señor virgen, la madre virgen, se encomienda al discípulo virgen.

27. La pérdida de la virginidad materna, compensada por la virginidad de los hijos.---Pero sudamos en vano. Pues el adversario nos objeta la sentencia apostólica, y dice: Adán fue formado primero, luego Eva, y Adán no fue seducido; la mujer, sin embargo, fue seducida y cayó en transgresión. Pero se salvará por la generación de hijos, si permanecen en fe, amor, y santificación con sobriedad (I Tim. II, 13-15). Consideremos por qué el Apóstol llega a esta sentencia, y de dónde: Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas sin ira ni pensamientos (Ibid. 8). Consecuentemente, da preceptos de vida a las mujeres, y dice: Asimismo, las mujeres en atuendo decoroso, con modestia y castidad, adornándose, no con trenzas de cabello, ni oro, o perlas, o vestido costoso: sino como conviene a mujeres que profesan piedad por buenas obras. La mujer aprenda en silencio con toda sujeción. No permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre; sino estar en silencio (Ibid., 9 ss.) Y para que no pareciera dura la condición de la mujer, que la redujera a la servidumbre del marido, recuerda la ley antigua y vuelve al ejemplo original: que Adán fue hecho primero, luego la mujer de su costilla: y que el diablo no pudo seducir a Adán, sino a Eva: y que después de la ofensa de Dios fue inmediatamente sujeta al hombre, y su conversión fue hacia su marido: y que borrara el error antiguo, aquella que una vez unida en matrimonio, y reducida a la condición de Eva, por la procreación de hijos: Así, sin embargo, si educara a esos hijos en la fe y el amor de Cristo, y en la santificación y la castidad: pues no (como se tiene mal en los códices latinos) sobriedad debe leerse, sino castidad, es decir, σωφροσύνη. Mira, pues, cómo también de este mismo testimonio eres superado: y lo que pensabas que era a favor de las bodas, te ves obligado a sentirlo a favor de la virginidad. Pues si la mujer se salva en la generación de hijos, y el número de hijos es la salvación de las madres, ¿por qué añadió, si permanecen los hijos en amor y santificación con castidad? Entonces, por lo tanto, se salvará la mujer, si engendra esos hijos, que permanecerán vírgenes: si lo que ella misma perdió, lo adquiere en los hijos, y compensa la pérdida y caries de la raíz, con la flor y los frutos.

28. Los vicios de las mujeres. El diablo y sus hijas insaciables. ¿Qué trae consigo el amor de una mujer?---Anteriormente, en un pasaje donde nuestro adversario nos había presentado a Salomón, quien tuvo muchas esposas y construyó el Templo de Dios, respondí brevemente para poder avanzar en las demás cuestiones. Ahora, para que no se diga que hemos menospreciado a este y a otros patriarcas, profetas y hombres santos de la Ley, presentemos la opinión de este mismo, quien tuvo muchas esposas y concubinas, sobre el matrimonio. Nadie puede saber mejor qué es una esposa o una mujer que aquel que lo ha experimentado. Así, en los Proverbios se dice: "La mujer insensata y audaz se queda sin pan" (Prov. IX, 13). ¿De qué pan? Del que descende del cielo: y añade inmediatamente: "Los terrenales perecen con ella y caen en lo profundo del infierno". ¿Quiénes son los terrenales que perecen con ella? Aquellos que siguen al primer Adán, que es de la tierra, y no al segundo, que es del

cielo. Y nuevamente en otro lugar: "Como el gusano en la madera, así destruye a su marido la mujer malvada" (Prov. XXV, 20). Si afirmas que esto se dice de las malas esposas, te responderé brevemente: ¿Qué necesidad tengo de dudar si será buena o mala la que tome por esposa? Es mejor, dice, "habitar en tierra desierta que con una esposa litigiosa e iracunda" (Prov. XXI, 9). Quien ha tomado esposa sabe cuán raro es encontrar una sin estos vicios. De ahí que el elocuente orador Varius Geminus diga: "Quien no discute, es célibe". Es mejor habitar en un rincón del techo que con una esposa maldiciente en una casa común (Prov. XXV, 24). Si la casa común del marido y la esposa eleva a la esposa en soberbia y deshonra al marido, ¡cuánto más si la esposa es más rica y el marido vive en su casa! Entonces ella deja de ser esposa para convertirse en señora; y si el marido la ofende, debe irse. Las goteras expulsan al hombre de su casa en un día de invierno, y de igual manera una mujer maldiciente de su propia casa (Prov. XXVII, 15). Con riñas continuas y charlas diarias, hace que su casa se desborde y lo expulsa de su hogar, es decir, de la Iglesia. Por eso, Salomón también advierte: "Hijo, no te desbordes". Y el Apóstol a los Hebreos dice: "Por eso debemos prestar más atención a lo que se nos dice, no sea que nos desbordemos" (Hebr. II, 1). ¿Quién puede callar lo que se escribe en forma de enigma? La sanguijuela tiene tres hijas amadas, pero estas no la sacian, y la cuarta no puede decir basta: el infierno, el amor de una mujer, la tierra que no se sacia de agua, y el fuego que no dice basta (Prov. XXX, 16). La sanguijuela es el diablo, las hijas del diablo son amadas, pero no pueden saciarse con la sangre de los muertos: el infierno, el amor de una mujer, la tierra árida, y el fuego ardiente (Prov. XXX, 16). No se habla aquí de una prostituta o de una adúltera, sino que se acusa al amor de una mujer en general, que siempre es insaciable, que se enciende cuando se apaga, y después de la abundancia vuelve a estar necesitado, afeminando el ánimo viril, y aparte de la pasión que soporta, no permite pensar en otra cosa. Algo similar leemos en la siguiente parábola: "Por tres cosas se conmueve la tierra, y la cuarta no puede soportar: si un siervo reina, y un necio se sacia de pan, y una esposa odiosa tiene un buen marido, y una sierva expulsa a su señora" (Prov. XXX, 21 y ss.). Aquí también, entre la magnitud de los males, se menciona a la esposa. Si respondes que es una esposa odiosa, te diré lo mismo que antes. Pero este peligro es grave para mí. Quien toma esposa está en duda de si tomará una odiosa o una amable. Si toma una odiosa, no se puede soportar. Si toma una amable, su amor se compara al infierno, a la tierra árida y al incendio.

29. Sabiduría de la carne y del espíritu. Fuimos creados buenos por Dios; caímos por nuestro vicio.---Vayamos al Eclesiastés, presentando también algunos testimonios de él. Hay un tiempo para todo, y un tiempo para cada cosa bajo el cielo. Tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado (Ecl. III, 1 y ss.). Dimos a luz en la Ley con Moisés, muramos en el Evangelio con Cristo. Plantamos en el matrimonio, arranquemos por la castidad lo plantado. Tiempo de abrazar y tiempo de alejarse de los abrazos. Tiempo de amar y tiempo de odiar. Tiempo de guerra y tiempo de paz. Nos advierte al mismo tiempo que no debemos preferir la Ley al Evangelio; ni pensar que la pureza de la virginidad es igual al matrimonio. "Mejores son", dice, "las últimas palabras que su principio" (Ecl. VII, 9). Y añade inmediatamente: "No digas, ¿por qué los días pasados fueron mejores que estos? Porque no preguntas sabiamente sobre esto" (Ibid., 11): y da la razón de por qué los días posteriores son mejores que los anteriores: "porque buena", dice, "es la sabiduría con herencia". En la Ley, la sabiduría de la carne era seguida por la muerte que mata: en el Evangelio, la sabiduría del espíritu espera una herencia eterna. "He aquí que esto he hallado", dice el Eclesiastés, "he hallado un hombre entre mil, pero una mujer entre todas estas no la hallé. Sin embargo, he hallado que Dios hizo al hombre recto; pero ellos buscaron muchas artimañas" (Ecl. VII, 28-29). Dice que ha hallado al hombre recto. Considera la fuerza de la palabra. En el hombre se incluye tanto al varón como a la mujer: "y

una mujer", dice, "entre todas estas no la hallé". Leamos el principio del Génesis, y encontraremos que Adán, es decir, el hombre, se llama tanto varón como mujer. Así, aunque fuimos creados buenos y rectos por Dios, por nuestro vicio hemos caído a lo peor: y lo que en el paraíso era recto en nosotros, al salir del paraíso se ha corrompido. Si objetas que antes de pecar, el sexo del varón y la mujer estaba dividido, y que sin pecado podían unirse. Lo que habría sucedido es incierto. No podemos conocer los juicios de Dios, ni prejuzgar su sentencia desde nuestro arbitrio. Lo que ha sucedido está claro, que quienes permanecieron vírgenes en el paraíso, al ser expulsados del paraíso se unieron. ¿O qué impedía que si el paraíso acepta el matrimonio, y no hay diferencia entre la casada y la virgen, también en el paraíso se unieran antes? Son expulsados del paraíso: y lo que allí no hicieron, lo hacen en la tierra, de modo que desde el principio de la condición humana, el paraíso dedicó la virginidad, y la tierra el matrimonio. "En todo tiempo sean blancas tus vestiduras" (Ecl. IX, 8). La blancura eterna de las vestiduras es la pureza de la virginidad. En la mañana sembramos nuestra semilla, y en la tarde no cesamos. Quienes servimos en la Ley al matrimonio, sirvamos a la virginidad en el Evangelio.

30. El Cantar de los Cantares no significa amor carnal.---Paso al Cantar de los Cantares, y mostraré que lo que el adversario cree que es todo sobre el matrimonio, contiene los sacramentos de la virginidad. Escuchemos lo que dice la esposa, antes de que su esposo venga a la tierra, sufra, penetre en los infiernos y resucite. "Haremos para ti figuras de oro con incrustaciones de plata, mientras el rey está en su lecho" (Cant. I, 10-11). Antes de que el Señor resucitara y brillara el Evangelio, la esposa no tenía oro, sino figuras de oro. La plata que promete tener en el matrimonio, la tenía variada y distinta en viudas, continentes y casadas. Luego el esposo responde a la esposa y le enseña que la sombra de la antigua Ley ha pasado, y ha venido la verdad del Evangelio. "Levántate, ven, amiga mía, esposa mía, porque he aquí que el invierno ha pasado, la lluvia se ha ido" (Cant. II, 10). Esto sobre el Antiguo Testamento. Nuevamente sobre el Evangelio y la virginidad. "Las flores han aparecido en la tierra, ha llegado el tiempo de la poda" (Ibid., 12). ¿No te parece que dice lo mismo que el Apóstol: "Resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuvieran" (I Cor. VII, 29)? Y más claramente sobre la proclamación de la castidad: "La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra" (Cant. II, 12). La tórtola, ave castísima, siempre habitando en las alturas, es un símbolo del Salvador. Leamos a los fisiólogos (Ver Plin. lib. X, c. 34), y encontraremos que la naturaleza de la tórtola es tal que si pierde a su pareja, no se une a otra; y entenderemos que incluso las aves mudas rechazan la digamia. Inmediatamente la tórtola dice a la tórtola: "La higuera ha dado sus higos" (Cant. II, 13), es decir, los preceptos de la antigua Ley han caído, y de la vid del Evangelio han dado su fragancia. Por eso también el Apóstol: "Somos el buen olor de Cristo" (II Cor. II, 15). "Levántate, ven, amiga mía, esposa mía, y ven. Tú, paloma mía en el velo de la roca junto al muro, muéstrame tu rostro, y hazme oír tu voz, porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso" (Cant. II, 13-14). Mientras cubrías tu rostro con Moisés, y había un velo en la Ley, ni veía tu rostro, ni me dignaba escuchar tu voz, diciendo: "Y aunque multipliquéis vuestras oraciones [Quizás tu oración], no os escucharé" (Jerem. XI, 11). Ahora, con el rostro descubierto, contempla mi gloria, y cúbrete con el muro de la roca más firme. Al oír esto, la esposa revela los sacramentos de la castidad: "Mi amado es mío, y yo soy suya, que apacienta entre los lirios" (Cant. II, 16), es decir, entre los coros más puros de las vírgenes. ¿Quieres saber cómo es el verdadero Salomón pacífico nuestro trono, qué tipo de guardias tiene? "He aquí", dice, "el lecho de Salomón, sesenta valientes alrededor de él de los poderosos de Israel, todos armados con espada, y diestros en la guerra, cada uno con su espada en su muslo" (Cant. III, 7-8). Los que están alrededor de Salomón tienen espada en el muslo, como aquel juez Aod ambidiestro (Jueces III), que mató al enemigo más gordo y entregado totalmente a la carne, cortando todos los placeres. "Iré", dice,

"al monte de la mirra" (Cant. IV, 6): a aquellos que han mortificado sus cuerpos; "y al collado del Líbano": a los purísimos rebaños de vírgenes, y hablaré a mi esposa: "Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti" (Ibid., 7). Por eso también el Apóstol: "Para presentársela", dice, "una Iglesia santa, sin mancha ni arruga" (Efes. V, 27). "Ven del Líbano, esposa, ven del Líbano: Vendrás, y pasarás desde el principio de la fe, desde la cumbre de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos" (Cant. IV, 8). Líbano significa blancura. Ven, pues, esposa blanquísima, de la que en otro lugar se dice: "¿Quién es esta que sube blanqueada? y pasa por el camino de este siglo: desde el principio de la fe, y desde Sanir, que significa diente de lámpara, según lo que leemos en el Salmo: "Lámpara es a mis pies tu palabra, Señor, y luz para mis caminos" (Salmo CXVIII, 105): y Hermón, es decir, consagración: y huye de las guaridas de los leones, y de los montes de los leopardos, que no pueden cambiar su variedad. Huye, dice, de las guaridas de los leones, huye del orgullo de los demonios, para que después de haber sido consagrada a mí, pueda decirte: "Has herido mi corazón, hermana mía esposa, has herido mi corazón, con uno de tus ojos, con uno de los adornos de tu cuello" (Cant. IV, 9). Lo que dice es de esta manera. No rechazo el matrimonio, tienes también el ojo izquierdo, que te di por la debilidad de aquellos que no pueden ver rectamente. Pero más me agrada el ojo derecho de la virginidad, que si se ciega, todo el cuerpo está en tinieblas. Y para que no pensemos que significa amor carnal y matrimonios corporales, inmediatamente excluye este sentido, y dice: "Has herido mi corazón, hermana mía esposa". Donde está el nombre de hermana, se excluye toda sospecha de amor impuro. "¡Cuán hermosos son tus pechos más que el vino" (Cant. IV, 10), de los cuales también había dicho antes: "Mi amado es mío, y yo soy suya; en medio de mis pechos se hospedará" (Cant. I, 16): en el principal del corazón, donde la palabra de Dios tiene su morada. "¡Cuán hermosos son tus pechos más que el vino". ¿Qué vino es este que hace hermosos los pechos de la esposa, y los fecunda con la leche de la castidad? Sin duda, aquel del que el esposo habla en lo siguiente: "Bebí mi vino con mi leche. Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, hermanos" (Cant. V, 1). Por eso también los Apóstoles se decían llenos de mosto; "Mosto", dice (Hechos II), no vino viejo; porque el vino nuevo se pone en odres nuevos (Mateo IX): y no andaban en la vejez de la letra; sino en la novedad del espíritu (Rom. VII). Este es el vino que cuando embriaga a los jóvenes y a las doncellas, inmediatamente anhelan la virginidad; y eructan en la embriaguez de la castidad, y se cumple aquella profecía de Zacarías, al menos según la Verdad Hebrea de las vírgenes de la Iglesia profetizando: "Se llenarán de niños y niñas jugando en sus plazas. ¿Qué es su bien, y qué es su hermosura: sino el trigo de los elegidos, y el vino que hace germinar vírgenes" (Zacarías VIII, 5)? Estas son las vírgenes, de las que en el Salmo cuarenta y cuatro está escrito: "Serán llevadas al rey vírgenes tras ella, sus compañeras serán traídas a ti con alegría y regocijo. Serán llevadas al templo del rey".

31. Sigue: "Huerto cerrado, hermana mía, esposa: huerto cerrado, fuente sellada" (Cant. IV, 12). Lo que está cerrado y sellado, tiene similitud con la Madre del Señor, madre y virgen. Por eso también en el sepulcro nuevo del Salvador, que fue excavado en la roca más dura [O pura], ni antes ni después fue puesto nadie. Y sin embargo, esta virgen perpetua es madre de muchas vírgenes. Sigue: "Tus brotes son un paraíso de granados con fruto de manzanas" (Cant. IV, 13). En los granados y manzanas, se significa la armonía de todas las virtudes en la virginidad. "Mi amado es blanco y rubicundo"; blanco en virginidad, rubicundo en martirio. Y porque es rubicundo y blanco, por eso se añade inmediatamente, "su garganta [O gusto] es dulzura, y todo él es deseable" (Cant. V, 10). El esposo virgen alabado por la esposa virgen, alaba a su vez a la esposa virgen, y le dice: "¡Cuán hermosos son tus pasos en las sandalias, hija de Aminadab", que se interpreta como "pueblo que se ofrece voluntariamente" (Cant. VII, 1). La virginidad es voluntaria, y por eso se alaban los pasos de la Iglesia en la belleza de

la castidad. No es el momento de exponer todos los sacramentos de la virginidad del Cantar de los Cantares en la forma de un comentario, porque no dudo que incluso estos mismos fastidiarán al lector exigente.

32. Hable Isaías del misterio de nuestra esperanza y fe: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel" (Isaías VII, 14). Sé que los judíos suelen oponerse, diciendo que en hebreo la palabra ALMA [], no significa virgen, sino joven. Y en verdad, virgen propiamente se llama BETHULA [], mientras que joven o doncella no se dice ALMA, sino NAARA []. ¿Qué significa entonces ALMA? Virgen oculta, es decir, no solo virgen, sino virgen con énfasis; porque no toda virgen está oculta, ni separada fortuitamente de la vista de los hombres. Por eso, Rebeca en el Génesis, por su extrema castidad y el tipo de Iglesia que significaba en su virginidad, se escribe ALMA, no BETHULA, como puede ser evidente por las palabras del siervo de Abraham, que habla en Mesopotamia, "Y dijo: Señor Dios de mi señor Abraham, si tú diriges mi camino por el cual voy, he aquí que mientras esté junto a la fuente de agua, la virgen que salga a sacar agua, y le diga: Dame un poco de agua para beber de tu cántaro; y ella responda: Bebe tú, y también sacaré para tus camellos: esta será la esposa que el Señor ha preparado para el hijo de mi señor" (Génesis XXIV, 42 y ss.). En ese lugar, donde dice: "La virgen que salga a sacar agua". En hebreo está escrito ALMA, es decir, virgen secreta, y custodiada con gran diligencia por sus padres. O ciertamente, que me muestren dónde se llama con esta palabra a las casadas, y confesaré mi ignorancia. "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo". Si la virginidad no se prefiere al matrimonio, ¿por qué el Espíritu Santo no eligió a una casada o a una viuda? Pues en ese tiempo estaba Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, insigne en castidad, y siempre dedicada a oraciones y ayunos en el templo de Dios. Si solo la buena conducta y las buenas obras y los ayunos sin virginidad merecen la venida del Espíritu Santo, también ella podría haber sido la madre del Señor. Corramos a lo demás: "Te ha despreciado y menospreciado, virgen hija de Sion" (Isaías XXVII, 22). A la que llamó hija, también la llamó virgen: para que si solo la hubiera llamado hija, no pensaras que era casada. Esta es la virgen hija a la que en otro lugar se dice: "Alégrate, estéril, que no das a luz, rompe y clama, que no das a luz, porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido" (Isaías LIV, 1). Esta es de la que Dios habla a través de Jeremías, diciendo: "¿Olvidará la esposa su adorno, o la virgen su faja pectoral?" (Jeremías II, 32). De esta en la misma profecía hay un gran milagro, porque una mujer rodeará a un hombre, y el vientre de una virgen encerrará al padre de toda la creación.

33. Jeremías virgen, sus privilegios. ¿Cuál es el verdadero Templo de Dios?---«Sea, dice, que la condición de los matrimonios y la virginidad sea diversa, ¿qué puedes decir al respecto? Si una virgen y una viuda han sido bautizadas y permanecen así, ¿cuál será la diferencia entre ambas?» Lo que dijimos antes sobre Pedro y Juan, Ana y María, que sirva en este lugar presente. Si entre una virgen y una viuda bautizadas no hay diferencia, porque el bautismo hace al hombre nuevo, en la misma condición las prostitutas y cortesanas, si han sido bautizadas, se igualarán a las vírgenes. Pues si los matrimonios pasados no perjudican a la viuda bautizada, tampoco los placeres pasados de las meretrices, y los cuerpos expuestos a la lujuria pública, después del baño alcanzarán las recompensas de la virginidad. Es una cosa unir a Dios una mente purísima y no contaminada por ningún recuerdo, y otra recordar los abrazos de una necesidad vergonzosa: y lo que no haces con el cuerpo, simularlo con el recuerdo. Jeremías, que fue santificado en el vientre y conocido en el seno de su madre, disfruta de este privilegio porque estaba destinado a la bienaventuranza de la virginidad. Y cuando todos fueron capturados, y los vasos del Templo saqueados por el rey de Babilonia, él solo fue liberado de los enemigos, y no conoció las injurias del cautiverio, y recibió

estipendios de los vencedores, y Nabuzardán, a quien Nabucodonosor no había ordenado sobre los Santos de los santos, ordenó sobre Jeremías. Este es el verdadero Templo de Dios, y estos son los Santos de los santos, que se consagran al Señor con la pureza de la virginidad. Por el contrario, Ezequiel, que fue llevado cautivo a Babilonia, que vio la tempestad viniendo del norte, y el torbellino arrasando todo, dice: Murió mi esposa al atardecer, e hice por la mañana como se me había ordenado. (Ezequiel XXIV). Pues el Señor le había predicho que en ese día se abriría su boca, y hablaría, y no callaría más. Observa atentamente, mientras su esposa vivía no tenía libertad para advertir al pueblo. Muere su esposa, y se disuelve el vínculo conyugal, y sin ninguna trepidación siempre está en el oficio profético. Porque quien es llamado libre, verdaderamente es siervo de Cristo. No niego que las viudas sean bienaventuradas, que así permanecieron después del bautismo: ni les quito mérito a aquellas que con sus maridos perseveran en castidad; pero así como estas tienen mayor recompensa ante Dios que las casadas que sirven en el oficio conyugal, así también ellas deben soportar con ánimo equitativo que la virginidad se les prefiera. Pues si la tardía castidad las levanta contra las casadas después de haber agotado los placeres del cuerpo, ¿por qué no habrían de saber que están por debajo de la castidad perpetua?

34. Preceptos más leves dados a la Iglesia aún ruda. Causas varias de elecciones. La ofensa es de los malos, no de los buenos. Vicio antiguo en la Iglesia. Nombres de oficios, no de méritos.---«En vano, dice, hablas de esto, porque también los obispos, presbíteros y diáconos, hombres de una sola esposa, y que tienen hijos, son constituidos por el Apóstol.» ¿Cómo dice el Apóstol que no tiene precepto sobre las vírgenes, y sin embargo da consejo, como quien ha alcanzado misericordia del Señor, y en toda esa discusión se esfuerza en preferir la virginidad al matrimonio, y aconseja lo que no se atreve a imponer, para no parecer que pone un lazo, y carga más peso del que la naturaleza humana puede soportar: así también al constituir el orden eclesiástico, porque la Iglesia se constituía ruda de entre los gentiles, da preceptos más leves a los recién creyentes, para que no se aterroricen y no puedan soportar. Por lo tanto, los Apóstoles y los ancianos de Jerusalén envían cartas, para que no se imponga más carga a los que han creído de entre los gentiles, sino que se abstengan de la idolatría, la fornicación, la sangre y lo estrangulado; y como a párvulos e infantes les dan leche para beber, no alimento sólido: ni prescriben sobre la continencia, ni significan sobre la virginidad, ni provocan a ayunos, ni dicen aquello que en el Evangelio se dirige a los Apóstoles, que no tengan dos túnicas, ni alforja, ni dinero en los cinturones, ni bastón en la mano, ni calzado en los pies, o ciertamente aquello: Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres: y ven y sígueme (Mateo XIX, 21). Pues si aquel joven que se jactaba de haber hecho todo lo que la ley manda, al oír esto, se fue triste, porque tenía muchas posesiones, y los fariseos se burlaban de tal sentencia del Señor: cuánto más una multitud tan grande de gentiles, para quienes la máxima virtud era no robar lo ajeno, no tenía necesidad de un precepto sobre la castidad y la continencia perpetua, a quienes se les escribía que se abstuvieran de los ídolos, y de la fornicación, y en quienes se oía de fornicación, y tal fornicación, que ni siquiera entre los gentiles se da. Pero incluso la elección episcopal está de acuerdo conmigo. Pues no dice: Elíjase un obispo, que tome una esposa, y tenga hijos: sino que haya tenido una esposa, y tenga hijos sujetos a toda disciplina (I Tim. III, y a Tito I). Ciertamente confiesas que no puede ser obispo quien en el episcopado engendre hijos. De lo contrario, si se le descubre, no será tenido como hombre, sino condenado como adúltero. O permite a los sacerdotes ejercer las obras del matrimonio, para que sean lo mismo los vírgenes que los casados: o si a los sacerdotes no se les permite tocar a sus esposas, en eso son santos, porque imitan la castidad virginal. Pero también esto debe añadirse. Si un laico y cualquier fiel no puede orar, a menos que se abstenga del oficio conyugal, al sacerdote, que siempre debe ofrecer sacrificios por el pueblo, siempre debe orar. Si siempre debe orar,

entonces siempre debe abstenerse del matrimonio. Pues también en la ley antigua, quienes ofrecían sacrificios por el pueblo, no solo no estaban en sus casas, sino que se purificaban temporalmente separados de sus esposas, y no bebían vino ni licor, que suelen provocar la lujuria. Se eligen maridos para el sacerdocio, no lo niego: porque no hay tantos vírgenes como sacerdotes necesarios. ¿Acaso porque en el ejército se elige al más fuerte, por eso no se tomarán también a los más débiles, cuando no todos pueden ser fuertes? Si el ejército consistiera solo en fuerzas, y no también en número de soldados, se desearían a los más débiles. Ahora se toma el grado de segundas y terceras fuerzas, para completar el ejército con multitud y número. Y cómo, dirás, frecuentemente en la ordenación sacerdotal se descuida al virgen, y se elige al casado? Porque tal vez no tiene otras obras congruentes con la virginidad, o se cree virgen, y no lo es: o es infame en su virginidad: o ciertamente la misma virginidad le engendra soberbia, y mientras se aplaude a sí mismo por la sola castidad del cuerpo, descuida las demás virtudes. No ayuda a los pobres: es más codicioso del dinero. Sucede a veces que un rostro más triste, una ceja fruncida, un andar semejante a las procesiones de pompas, ofende al pueblo, y porque no tiene nada que reprochar en su vida, solo odia su hábito y su andar. Muchos son elegidos no por amor a sí mismos, sino por odio a otro. En muchos, solo la simplicidad merece el sufragio, y se oponen a la prudencia y astucia de otro como si fuera malicia. A veces se equivoca el juicio del pueblo y de la plebe, y al aprobar sacerdotes, cada uno favorece sus propias costumbres, de modo que no busca tanto un buen prelado, como uno semejante a sí mismo. Sucede a veces, que los casados, que son la mayoría en el pueblo, aplauden a los casados como a sí mismos, y creen que no son menores que las vírgenes, si prefieren a un casado sobre una virgen. Diré algo que tal vez diré con ofensa de muchos; pero los buenos no se enojarán conmigo, porque la conciencia del pecado no los remorderá. A veces esto sucede también por el vicio de los pontífices, que no eligen a los mejores, sino a los más astutos en el clero, y consideran inhábiles a los más simples e inocentes, o distribuyen los oficios del clero como si fueran cargos de una milicia terrena a parientes y conocidos, o obedecen la orden de los ricos. Y lo que es peor que esto, otorgan el grado del clero a aquellos a quienes son seducidos por sus obsequios. De lo contrario, si según la sentencia del Apóstol no habrá obispos sino casados, el mismo Apóstol no debió ser obispo, quien dijo: Quisiera que todos fueran como yo (I Cor. VII, 7). Y Juan será considerado indigno de este grado, y todas las vírgenes, y los continentes, con los que como con las más bellas gemas se adorna el collar de la Iglesia. Obispo, presbítero y diácono no son nombres de méritos, sino de oficios. Ni se dice: Si alguno desea el episcopado, desea un buen grado; sino desea una buena obra: que en el mayor orden constituido, pueda, si quiere, tener ocasión de ejercitar las virtudes.

35. Regla de sobriedad. La virtud hace bienaventurados los grados eclesiásticos.---Por tanto, es necesario que el obispo sea irrepreensible (I Cor. II), para que no esté sujeto a ningún vicio: marido de una sola esposa, que haya tenido una esposa, no tenga: Sobrio, o, como mejor se dice en griego, vigilante: es decir, νηφάλειον [Al. νηφάλιον]: pudoroso, esto es lo que significa σώφρον [Al. σώφρονα], adornado, tanto en castidad como en costumbres: hospitalario, para que imite a Abraham y reciba a Cristo con los peregrinos, más aún en los peregrinos. Maestro: pues de nada sirve disfrutar de la conciencia de las virtudes, si no puede instruir al pueblo que se le ha confiado, para que pueda exhortar en la doctrina, y refutar a los que contradicen. No dado al vino, porque quien siempre está en los Santos de los santos, y ofrece sacrificios, no beberá vino ni licor, porque en el vino hay lujuria. Así debe beber el obispo, que no se sepa si ha bebido. No violento, es decir, que no hiera las conciencias de cada uno. Pues no describe el discurso apostólico a un pugilista, sino que instituye a un pontífice, lo que no debe hacer. Ahora enseña en cambio lo que debe hacer. Sino amable, no pendenciero, no codicioso; que gobierne bien su casa, teniendo a sus hijos sujetos con toda

castidad. Observa cuánta castidad se exige en el obispo, para que si sus hijos son impúdicos, él no pueda ser obispo, y ofenda a Dios con el mismo vicio con el que ofendió el pontífice Elí, quien había reprendido a sus hijos; pero porque no había apartado a los delincuentes, cayó hacia atrás, y murió, antes de que la lámpara de Dios se extinguiera (I Sam. 2, y 4). Mujeres igualmente castas, y lo demás. En todo grado y sexo, la castidad tiene el principado. Ves, por tanto, que el obispo, presbítero y diácono no son bienaventurados porque sean obispos, o presbíteros, o diáconos, sino si tienen las virtudes de sus nombres y oficios. De lo contrario, si el diácono es más santo que su obispo, no será peor ante Cristo por ser inferior en grado. O Esteban el diácono, que fue el primero en ser coronado con el martirio, será menor en el reino de los cielos que muchos obispos, y Timoteo y Tito, a quienes no me atrevo a someter, ni tampoco a anteponer (Hechos VI, y VII). Así como en las legiones y el ejército hay duques, hay tribunos, hay centuriones, hay ferentarios, y de armadura ligera, y soldado raso, y manípulos: y comenzada la batalla, los nombres de las dignidades quedan vacantes, y solo se busca la fortaleza: así en este campo y batalla, en la que luchamos contra los demonios, no se buscan nombres, sino obras; y es más glorioso aquel bajo el verdadero emperador Cristo, no quien es más noble, sino quien es más fuerte.

36. Sufrimos mutuamente nuestro ardor. En la resurrección será la misma sustancia. Pero dirás: Si todos fueran vírgenes, ¿cómo se mantendrá el género humano? Responderé con lo mismo. Si todos fueran viudas, o continentes en matrimonio, ¿cómo se propagará la estirpe de los mortales? Con esta razón no habrá nada en absoluto, para que otra cosa no deje de ser. Por ejemplo: si todos fueran filósofos, no habría agricultores. ¿Qué hablaré de los agricultores? no habrá oradores, no habrá jurisconsultos, no habrá maestros de las demás artes. Si todos fueran príncipes, ¿quién será soldado? Si todos fueran cabeza, ¿de quién serán llamados cabeza, cuando falten los demás miembros? Temes que si más personas desean la virginidad, cesen las lobs, cesen las adúlteras: que los infantes no lloren en las ciudades y aldeas. Todos los días se derrama la sangre de los adúlteros, se condenan los adulterios, y entre las mismas leyes y hachas y tribunales, la lujuria ardiente domina. No temas que todos se hagan vírgenes; la virginidad es difícil, y por eso rara, porque es difícil: Muchos son llamados, pocos elegidos (Mateo XX, 16, y XXII, 14). Comenzar es de muchos, perseverar es de pocos. De ahí también la gran recompensa de aquellos que perseveran. Si todos pudieran ser vírgenes, nunca el Señor diría: El que pueda recibir esto, que lo reciba (Mateo XIX, 12); y el Apóstol no temería al aconsejar: Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor (I Cor. VII, 25). Y dirás, ¿por qué fueron creados los genitales, y así fuimos fabricados por el sabio Creador, para que suframos mutuamente nuestro ardor, y nos deleitemos en la unión natural? Nos arriesgamos a la vergüenza de la respuesta, y como entre dos escollos, y ciertas Symplegades de necesidad y pudor, de un lado y del otro, sufrimos naufragio ya sea de pudor o de causa. Si respondemos a lo propuesto, nos sonrojamos de vergüenza. Si el pudor obtiene el silencio, pareceremos ceder el lugar, y dar ocasión al adversario para herir. Sin embargo, es mejor luchar con los ojos cerrados, como los Andabatas, que no repeler con el escudo de la verdad las flechas directas. Podría decir: Así como la parte posterior del cuerpo y el conducto por el que se expulsan los excrementos del vientre está relegado de la vista, y como puesto detrás, así también el que está bajo el vientre, para digerir los humores y bebidas, con los que se riegan las venas del cuerpo, fue creado por Dios. Pero como los mismos órganos y la estructura de los genitales, y nuestra distinción de las mujeres, y los receptáculos del útero para recibir y formar los fetos, proclaman la diferencia de sexos, responderé brevemente: Nunca cesemos, por tanto, de la lujuria, para no llevar en vano tales miembros. ¿Por qué, pues, el marido se abstiene de su esposa? ¿Por qué persevera la viuda casta, si solo nacimos para vivir como bestias? O ¿qué me perjudicará si otro se acuesta con mi esposa? Pues así como la función de los dientes es masticar, y transmitir a la barriga lo que se ha masticado, y

no tiene crimen quien ha dado pan a mi esposa: así si esta es la función de los genitales, que siempre disfruten de su naturaleza, que las fuerzas de otro superen mi cansancio: y que la, por así decirlo, ardentísima gula de mi esposa sea apagada por una libido fortuita. ¿Qué quiere decir el apóstol al exhortar a la continencia, si es contra la naturaleza? ¿Qué el mismo Señor que prescribe las variedades de los eunucos? Ciertamente el apóstol, que nos provoca a su castidad, debe escuchar con firmeza, ¿por qué llevas los genitales, oh Pablo? ¿Por qué te distingues del sexo femenino por la barba, los pelos, y otra cualidad de los miembros? ¿Por qué no se hinchan tus pechos, no se ensanchan tus riñones, no se estrecha tu pecho? La voz es más tosca, el discurso más feroz, y la ceja más hirsuta. En vano tienes todas estas cosas de los hombres, si no usas el abrazo de las mujeres. Me veo obligado a hablar y a hacerme insensato; pero ustedes me han obligado a atreverme a hablar. Nuestro Señor y Salvador, que siendo en forma de Dios, se dignó asumir la forma de siervo, hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, ¿qué necesidad había de que naciera con estos miembros, de los que no iba a hacer uso? Quien ciertamente para mostrar su sexo, incluso fue circuncidado. ¿Por qué castró con su amor a Juan el apóstol y al Bautista, a quienes hizo nacer varones? Por tanto, los que creemos en Cristo, sigamos los ejemplos de Cristo. Y si conocimos a aquel según la carne, pero ya no lo conocemos según la carne. Ciertamente en la resurrección será la misma sustancia de los cuerpos que ahora usamos, aunque con mayor gloria. Pues también el Salvador tuvo el mismo cuerpo después del infierno, en el que fue crucificado, que mostró las manos perforadas con clavos y la herida del costado. Pero si entró con las puertas cerradas, lo que la naturaleza de los cuerpos humanos no permite, entonces también negamos que Pedro y el Señor tuvieran verdaderos cuerpos, porque caminaron sobre las aguas, lo que es contra la naturaleza. En la resurrección de los muertos, no se casarán ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles (Mateo XXII, 30). Lo que otros serán después en los cielos, eso comenzaron a ser las vírgenes en la tierra. Si se nos promete semejanza con los ángeles (entre los ángeles no hay diversidad de sexos), o seremos sin sexo, lo que son los ángeles; o ciertamente lo que se comprueba claramente, resucitando en nuestro propio sexo, no ejerceremos la función del sexo.

37. Pero, ¿qué hacemos con los argumentos, y deseamos superar las proposiciones del adversario con una respuesta astuta? Las cosas viejas pasaron, he aquí que todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). Recorreré las sentencias de los apóstoles, y así como en los ejemplos de Salomón añadí breves exposiciones para facilitar la comprensión, ahora también replicaré ejemplos de castidad y continencia cristiana, y de muchos testimonios formaré como un solo cuerpo, para no omitir nada que pertenezca a la pureza y evitar el tedio de una excesiva prolijidad. Entre otras cosas, el apóstol Pablo escribe a los Romanos: ¿Qué fruto teníais entonces en aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es la muerte. Pero ahora, liberados del pecado, hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Rom. VI, 21, 22). Creo que también el fin del matrimonio es la muerte. Pero el fruto de la santificación, que pertenece ya sea a la virginidad o a la continencia, se recompensa con la vida eterna. Y luego: Así que, hermanos míos, también vosotros habéis muerto a la Ley por el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, para que fructifiquemos (o fructifiquéis) para Dios. Porque cuando estábamos en la carne, las pasiones que eran por la Ley operaban en nuestros miembros para fructificar para muerte. Pero ahora estamos liberados de la Ley de la muerte, en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu y no en la vejez de la letra (Ib. VII, 5 y ss.). Cuando, dice, estábamos en la carne, y no en novedad de espíritu, sino en la vejez de la letra, hacíamos las cosas de la carne y fructificábamos para muerte. Pero ahora que hemos muerto a la ley, por el cuerpo de Cristo, fructifiquemos para Dios, para

que seamos de aquel que resucitó de los muertos. También en otro lugar, después de haber dicho: Sé que la Ley es espiritual (Ib. VII, 14); y después de haber discutido más ampliamente sobre la violencia de la carne que a menudo nos impulsa a hacer lo que no queremos, finalmente añade: ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Ibid. 24). Y de nuevo, Yo mismo, pues, con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado (Ibid. 25). Y, No hay condenación para los que están en Cristo Jesús, que no andan según la carne. Porque la ley del espíritu en Cristo Jesús me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte (Rom. VIII, 1, 2). Y enseña más claramente en lo que sigue, que los cristianos no andan según la carne, sino según el espíritu, diciendo: Porque los que son según la carne, piensan en las cosas de la carne. Pero los que son según el espíritu, en las cosas del espíritu. Porque la prudencia de la carne es muerte; pero la prudencia del espíritu es vida y paz; porque la prudencia de la carne es enemistad contra Dios. Porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede. Los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el espíritu, si es que el espíritu de Dios habita en vosotros (Ibid. 5 y ss.), y lo demás hasta el lugar donde dice: Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir según la carne. Porque si vivís según la carne, moriréis. Pero si por el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Si la prudencia de la carne es enemistad contra Dios, y los que están en la carne no pueden agradar a Dios; considero que aquellos que sirven al deber conyugal, aman la prudencia de la carne y están en la carne. De la cual nos aparta el Apóstol, y uniéndonos al espíritu, habla a continuación: Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, vuestro culto racional. Y no os conforméis a este siglo, sino transformaos por la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Porque digo, por la gracia que me es dada, a todos los que están entre vosotros: no penséis de vosotros más de lo que debéis pensar, sino pensad con sobriedad (no con sobriedad, como se lee erróneamente en los códigos latinos), sino, dice, pensad con sobriedad (Rom. XII, 1, y Fil. IV, 18). Pues en griego está escrito, εἰς τὸ σωφρονεῖν. Consideremos la sentencia del Apóstol: Transformaos, dice, por la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Lo que dice es de este modo. Dios concede el matrimonio, concede la digamia, y si es necesario, prefiere incluso la trigamia a la fornicación y al adulterio. Pero nosotros, que debemos presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, nuestro culto racional, no consideremos lo que Dios concede, sino lo que quiere, para que comprobemos cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Por lo tanto, lo que concede no es ni bueno, ni agradable, ni perfecto. Y da las razones por las cuales aconseja esto: Sabiendo el tiempo, que ya es hora de despertarnos del sueño. Ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creímos. La noche ha pasado, el día se ha acercado. Y al final: Vestíos del Señor Jesucristo, y no hagáis provisión para los deseos de la carne. Una cosa es la voluntad de Dios, otra la indulgencia. Por eso, escribiendo a los Corintios, dice: Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales; como a niños en Cristo, os di a beber leche, no alimento sólido: porque aún no podíais, ni ahora podéis. Porque aún sois carnales (I Cor. III, 2, 1). El que es animal, y no recibe las cosas que son del espíritu de Dios (porque para él son locura, ni las puede entender, porque se disciernen espiritualmente), este no se nutre con el alimento de la castidad perfecta, sino con la leche ruda del matrimonio. Así como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos. Como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados. Servimos en la ley antigua a Adán: sirvamos en el Evangelio al nuevo Adán. Porque el primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente, y el último Adán, espíritu vivificante. El primer hombre es de la tierra, terrenal. El segundo

hombre es del cielo, celestial. Como es el terrenal, así son los terrenales; y como es el celestial, así son los celestiales. Así como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del celestial. Esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción (I Cor. XV, 77 y ss.). Esto es tan claro, que ninguna exposición puede hacerlo más manifiesto: La carne, dice, y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. Si la corrupción se refiere a todo coito, y la incorrupción es propia de la castidad, las recompensas de la pureza no pueden ser poseídas por el matrimonio. Porque sabemos que si nuestra casa terrenal de este tabernáculo se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. En la cual gemimos, deseando ser revestidos de nuestra habitación celestial. Deseamos salir del cuerpo y habitar con Cristo; por lo cual nos esforzamos diligentemente, ya sea en el cuerpo o fuera del cuerpo, para agradar a Dios (II Cor. V, 1 y ss.). Y para exponer más plenamente cómo no quiere que seamos, enseña en otro lugar, diciendo: Porque os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo (II Cor. XI, 2). Si quisieras referir esto a toda la Iglesia de los creyentes, y en este desposorio de Cristo incluir a las casadas, a las digamas, a las viudas y a las vírgenes, esto también es a nuestro favor. Porque mientras invita a todos a la pureza y a la recompensa de la virginidad, muestra que la virginidad es superior a todos los grados. Y de nuevo a los Gálatas: Por las obras de la Ley, no será justificada toda carne (Gal. II, 16). Las obras de la ley incluyen el matrimonio, por lo cual se maldice en ella a los que no tienen hijos. Que si se conceden también en el Evangelio, una cosa es conceder indulgencia a la debilidad, otra es prometer recompensas a las virtudes.

38. Diré también a mis casados, que después de la castidad y la continencia prolongada vuelven al coito, y se comportan como animales: ¿Sois tan insensatos, que habiendo comenzado por el espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne (Gal. III, 3)? ¿Tantas cosas habéis sufrido en vano? El apóstol, al relajar los nudos de la continencia para algunos y soltar las riendas a los que corren, lo hace por la debilidad de la carne. Contra la cual, escribiendo de nuevo, dice: Andad en el espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gal. V, 16, 17). No es necesario ahora hablar de las obras de la carne, porque sería largo, y fácilmente puede tomarse de la Epístola del Apóstol quien lo desee. Diré solo del espíritu, cuyos frutos son amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, continencia. Todas las virtudes del espíritu, como un fundamento muy sólido y una cima sublime, la continencia sostiene y protege. Contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado su carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el espíritu, andemos también por el espíritu (Ib. 24, 25). Los que con Cristo hemos crucificado nuestra carne, y sus pasiones y deseos, ¿por qué deseamos volver a hacer las cosas de la carne? Lo que el hombre siembra, eso también cosechará. El que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción. Pero el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna (Gal. VI, 8). Considero que quien tiene esposa, mientras vuelve a lo mismo, para que no lo tiene Satanás, siembra en la carne, y no en el espíritu. Pero el que siembra en la carne (no yo, sino el Apóstol lo dice) cosecha corrupción. Dios Padre nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados delante de él. Caminamos en las concupiscencias de la carne, haciendo su voluntad y pensamientos, y fuimos hijos de ira, como los demás. Ahora, sin embargo, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús, para que dejemos al hombre viejo según la conversación anterior, que se corrompe según los deseos del error, y pueda aplicarse a nosotros aquella bendición que concluye la mística Epístola a los Efesios: Gracia sea con todos los que aman al Señor en incorrupción (VI, 24). Nuestra conversación está en los cielos. De donde también esperamos al Salvador, nuestro Señor

Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, para ser conforme al cuerpo de su gloria (Fil. III, 20; IV, 8). Por tanto, todo lo que es verdadero, todo lo que es puro, todo lo que es justo, todo lo que pertenece a la castidad, a esto nos unamos, esto sigamos. Cristo nos reconcilió en su cuerpo, a Dios Padre por la muerte, y nos presentó santos, inmaculados y sin reproche delante de él: en quien también fuimos circuncidados con una circuncisión no hecha a mano, en el despojo del cuerpo de la carne, sino con la circuncisión de Cristo, sepultados con él en el bautismo, en el cual también resucitamos. Si, pues, resucitamos con Cristo, busquemos las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensemos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque hemos muerto, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, aparezca, entonces también nosotros apareceremos con él en gloria (Col. II, 12; III, 1 y ss.). Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios de la vida, para agradar a aquel que lo eligió (II Tim. II, 4). Porque ha aparecido la gracia de Dios Salvador a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo presente (Tit. II, 11, 12).

39. Las hijas vírgenes de Felipe en Cesarea. Santiago, hermano del Señor. Sombra e imagen de la verdad en la ley antigua.---El día me faltará si quiero recordar todos los preceptos de castidad del Apóstol. Estas son las cosas de las que el Señor hablaba a los Apóstoles: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad (Juan XVI, 12, 13). Después de la cruz de Cristo, inmediatamente en los Hechos de los Apóstoles, una casa de Felipe el Evangelista produce una cuadriga de hijas vírgenes: para que Cesarea, donde la Iglesia de los gentiles fue dedicada por el centurión Cornelio, también ofreciera ejemplos de doncellas vírgenes. Y aunque el Señor en el Evangelio dijo: La Ley y los Profetas hasta Juan, estas, porque eran vírgenes, se dice que profetizaron incluso después de Juan. Porque no podían ser retenidas por la ley del Antiguo Testamento, que brillaron con la claridad de la virginidad. Pasemos a Santiago, que era llamado hermano del Señor, de tanta santidad, justicia y perpetua virginidad, que incluso el historiador judío Josefo refiere que Jerusalén fue destruida por su muerte. Este primer obispo de la Iglesia creyente de Jerusalén de los judíos, a quien Pablo iba con Tito y Bernabé, habla en su Epístola: No erréis, hermanos míos amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay mudanza ni sombra de variación. Él, queriendo, nos engendró con la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas (Sant. I, 16, 17). El virgen enseña mística virginidad. Todo don perfecto descende de lo alto, donde no hay matrimonios: y descende, no de cualquiera, sino del Padre de las luces, que dice a los Apóstoles: Vosotros sois la luz del mundo (Mat. V, 14). En quien no hay diferencia de judío o gentil, ni aquella sombra que se movía en la Ley oprime a los que creyeron de las naciones: sino que nos engendró con la palabra, y con la palabra de verdad: porque la sombra e imagen y cierta especie de verdad precedió en la Ley, para que seamos primicias de sus criaturas. Y así como él es el primogénito de los muertos, resucitó a todos los muertos en sí mismo: así él, virgen, dedicó en sí mismo las primicias de sus vírgenes. También contemplemos qué piensa Pedro sobre la vocación de los gentiles: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia, nos ha regenerado para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible e inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación que está preparada para ser revelada en el último tiempo (I Ped. I, 3 ss.). Donde se predica una herencia incorruptible, inmaculada, inmarcesible, preparada en los cielos, y reservada para el último tiempo, y la esperanza de vida eterna, cuando no se casarán ni se darán en matrimonio, allí se describen con otras palabras los privilegios de la virginidad.

Porque también en lo que sigue enseña esto mismo: Por esto, ceñidos los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que os será traída en la revelación de Jesucristo. Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia; sino como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir. Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Porque no hemos sido redimidos con oro o plata corruptibles; sino con la preciosa sangre del cordero inmaculado Jesucristo, para que purifiquemos nuestras almas en la obediencia a la verdad, renacidos no de coito corruptible, sino de incorrupción, por la palabra del Dios viviente y permanente; y como piedras vivas, seamos edificados en casa espiritual, sacerdocio santo, ofreciendo sacrificios espirituales, por Cristo nuestro Señor (Ibid., 15 ss.). Porque nosotros somos linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido. Cristo murió por nosotros en la carne. Armémonos con la misma conversación que Cristo, porque el que ha padecido en la carne ha cesado del pecado, para que no vivamos el tiempo que resta en la carne en los deseos de los hombres, sino en la voluntad de Dios. Nos basta el tiempo pasado, cuando anduvimos en lujurias y deseos y otros vicios. Nos ha dado grandes y preciosas promesas de virginidad, para que por ella seamos partícipes de la naturaleza divina, huyendo de la concupiscencia de corrupción que hay en el mundo (I Ped. II, 9 ss.). El Señor sabe librar de la tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio, especialmente a los que andan tras la carne en deseos de contaminación, y desprecian las autoridades, audaces y arrogantes. Porque estos, como bestias irracionales, inclinados al vientre y a la lujuria, blasfeman, y en su corrupción se corromperán, recibiendo el salario de la iniquidad, la lujuria: que piensan que las delicias son injusticia, suciedad y manchas, y no piensan en otra cosa que en los placeres. Que tienen ojos llenos de adulterio y lujuria insaciable, y engañan a las almas aún no robustas en el amor de Cristo. Porque hablan palabras hinchadas, y fácilmente seducen a los indoctos con las lujurias de la carne: prometiéndoles libertad, siendo ellos mismos siervos de vicios y lujuria y corrupción. Porque cada uno está sujeto a la pasión que lo vence. Que si, habiendo escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de nuestro Salvador Jesucristo, son nuevamente vencidos por las mismas cosas que antes habían vencido, les ha sucedido lo último peor que lo primero. Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás y dejar el santo mandamiento que les fue dado. Y se ha cumplido en ellos aquel verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la cerda lavada a revolcarse en el lodo (II Ped. II, 9-22). No quise poner todo el lugar de la segunda Epístola de Pedro, para no hacerla larga, sino que solo mostré que por la profecía del Espíritu Santo, se predijo a los doctores y la herejía de este tiempo. Finalmente, los señala más claramente, diciendo: Porque vendrán en los últimos días burladores, andando según sus propias concupiscencias, y demás.

40. El monje Joviniano, perro que vuelve a su vómito. La tribu de Leví sustituye a la tribu de Dan. Todas las obras son imperfectas sin pureza. Los herejes condenan los matrimonios. La Iglesia los aprueba y dispensa.---El discurso apostólico describe a Joviniano hablando con labios hinchados y palabras infladas, prometiéndole libertad en los cielos, cuando él mismo es esclavo de los vicios y la lujuria, como un perro que vuelve a su vómito. Pues, aunque se jacta de ser monje, después de la túnica sucia, los pies descalzos, el pan de cebada y el agua, se dirige a las vestiduras blancas, la piel brillante, el vino dulce, las carnes elaboradas, las leyes de Apicio y Paxamo, y también a los baños y las frituras, y las tabernas, es evidente que prefiere la tierra al cielo, los vicios a las virtudes, el vientre a Cristo, y considera la púrpura de su color como los reinos de los cielos. Y sin embargo, este hermoso monje, gordo, brillante, blanqueado, y siempre caminando como un novio, o se casa para probar que la

virginidad es igual al matrimonio, o si no se casa, en vano actúa contra nosotros con palabras, cuando en obra está con nosotros. Pero también Juan concuerda en las mismas palabras: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo (1 Juan 2, ss.). Y, El mundo pasa, y su deseo. Pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre. Os escribí un mandamiento nuevo, que es verdadero en Cristo y en nosotros: porque las tinieblas han pasado, y la luz ya brilla (Ibid., 8). Y de nuevo: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es. Y todo el que tiene esta esperanza, se purifica a sí mismo, así como él es puro. En esto se perfecciona nuestro amor, si tenemos confianza en el día del juicio; para que como él es, así seamos nosotros en este mundo (1 Juan 8, 2, 3). La epístola de Judas también significa algo así, Odiando incluso la túnica contaminada por la carne (Ibid., 23). Leamos el Apocalipsis de Juan, y allí encontraremos al Cordero sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil sellados, que tienen su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes, que cantan un cántico nuevo, y nadie puede decir ese cántico, sino aquellos que han sido redimidos de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque permanecieron vírgenes. Estos siguen al Cordero dondequiera que va: han sido redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y el Cordero, y en su boca no se halló mentira, y son sin mancha. De cada una de las tribus, excepto la tribu de Dan, por la cual se sustituye la tribu de Leví, se dice que doce mil vírgenes selladas creerán, que no se contaminaron con mujeres. Y para que no pensemos que se dice de aquellos que no conocen prostitutas, inmediatamente añade: Porque permanecieron vírgenes. De lo cual se muestra que todos los que no permanecieron vírgenes, en comparación con la castidad purísima y angélica, y del mismo Señor nuestro Jesucristo, están contaminados. Estos son los que cantan el cántico nuevo, que nadie puede cantar, sino el que es virgen. Estos son las primicias de Dios y del Cordero, y sin mancha. Si las vírgenes son las primicias de Dios, entonces las viudas y los que se contienen en el matrimonio, estarán después de las primicias, es decir, en el segundo y tercer grado: y el pueblo perdido no podrá ser salvado antes, a menos que ofrezca tales sacrificios de castidad a Dios, y reconcilie al Cordero inmaculado con víctimas purísimas. Es infinito exponer el sacramento de las diez vírgenes del Evangelio, cinco necias y cinco prudentes. Solo digo ahora que así como sin las demás obras la virginidad sola no salva, así todas las obras sin virginidad, pureza, continencia, castidad, son imperfectas. De lo cual no podrá impedirnos en absoluto lo que el adversario objeta, que el Señor estuvo en Caná de Galilea, y celebró la fiesta de las bodas, cuando convirtió el agua en vino. A esto responderé brevemente, que el que fue circuncidado al octavo día, y por quien se ofreció un par de tórtolas y dos pichones el día de la purificación, con los demás, antes de sufrir, aprobó la costumbre judía: para no parecer que les daba ocasión justa de matarlo, como si destruyera la Ley y condenara la naturaleza. Aunque también esto es a nuestro favor. Porque el que vino una vez a las bodas, enseñó una vez que se debe casar. Y entonces podría perjudicar a la virginidad, si pusiéramos las bodas después de la virginidad, y la castidad de la viudez no en el tercer grado. Pero ahora, cuando es de los herejes condenar los matrimonios, y despreciar la condición de Dios, escuchamos con gusto cualquier cosa que digan en alabanza de los matrimonios. Porque la Iglesia no condena los matrimonios, sino que los somete: ni los rechaza, sino que los dispensa: sabiendo, como dijimos antes, que en una casa grande no solo hay vasos de oro y de plata, sino también de madera y de barro: y que unos son para honra, y otros para deshonra: y que cualquiera que se purifique, será un vaso honorable, y necesario para toda buena obra preparado.

41. Ejemplos de las historias del mundo. Virginidad entre los paganos. Las vírgenes siempre han sido honradas entre los romanos. Las vírgenes de Esparta. Otros ejemplos de vírgenes.--- Hemos proporcionado suficientes ejemplos de la castidad cristiana y la virginidad angélica de los Libros divinos. Pero como entendí en los comentarios del adversario, que también nos desafían a la sabiduría del mundo, diciendo que nunca se ha aprobado este género en el mundo, y que nuestra religión ha introducido un nuevo dogma contra la naturaleza, recorreré brevemente las historias griegas, latinas y bárbaras, y demostraré que la virginidad siempre ha mantenido el primer lugar en la castidad. Las fábulas cuentan que Atalanta, la virgen de Calidonia, siempre estuvo en cacerías, siempre en los bosques, no amando los vientres hinchados de las mujeres y los fastidios de la concepción, sino la virtud expedita y casta. También se describe a la virgen tracia Harpálice, por el insigne poeta (Virgilio, Eneida I); y a la reina de los volscos Camila, a quien Turno, a quien había venido en ayuda, queriendo alabar, no tuvo más que decir que llamarla virgen. ¡Oh, gloria de Italia, virgen! (Idem, libro XI). También se escribe que la hija de Leo, la virgen perpetua de Calcioeco, liberó a su patria de la peste con su muerte voluntaria; y que la sangre de la virgen Ifigenia aplacó los vientos adversos. ¿Qué decir de las sibilas Eritrea y Cumana, y las otras ocho: pues Varrón afirma que fueron diez, cuyo distintivo es la virginidad, y el premio de la virginidad es la adivinación? Si la sibila en el dialecto eólico se llama Θερσούλη, correctamente se escribe que solo la virginidad conoce el consejo de Dios. También leemos sobre Casandra y Criseida, profetisas de Apolo, y vírgenes de Juno. Y las sacerdotisas de Diana Táurica, y de Vesta, han sido innumerables. Una de ellas, Minucia, fue enterrada viva por sospecha de adulterio: un castigo injusto, creo, a menos que se considerara un gran crimen la virginidad violada. Ciertamente, el pueblo romano siempre ha tenido a las vírgenes en gran honor, como se ve en que los cónsules e imperadores, y los que triunfaban en carros, que traían trofeos de las naciones vencidas, y todos los grados de dignidad, solían cederles el paso. La virgen vestal Claudia, cuando fue sospechosa de adulterio, y la imagen de la madre Idea quedó atrapada en el vado del Tíber, para demostrar su castidad, se dice que arrastró el barco con su cinturón, que miles de hombres no pudieron mover. Sin embargo, dice el tío del poeta Lucano [es decir, Séneca, preceptor de Nerón], habría sido mejor para ella si lo que sucedió hubiera sido un adorno de castidad probada, en lugar de una defensa de la dudosa. No es de extrañar esto de los hombres, cuando también la equivocación de los gentiles ha imaginado a Minerva y Diana como diosas vírgenes, y entre los doce signos del cielo, por los cuales creen que el mundo gira, han colocado a la Virgen. Gran injuria a los matrimonios, que ni siquiera entre escorpiones y centauros, y cangrejos, y peces, y capricornios, han metido a una esposa y un marido. Los treinta tiranos de Atenas, después de haber asesinado a Fidón [o Fedón] en un banquete, ordenaron que sus hijas vírgenes vinieran a ellos, y se desnudaran como prostitutas; y sobre los suelos, manchados con la sangre de su padre, jugaran con gestos impúdicos: quienes, disimulando su dolor por un momento, al ver a los comensales ebrios, como si salieran a satisfacer las necesidades naturales, se abrazaron mutuamente y se precipitaron en un pozo, para preservar su virginidad con la muerte. La hija virgen de Demotion, príncipe de los Areopagitas, al enterarse de la muerte de su prometido Leóstenes, quien había iniciado la guerra Lamiaca, se suicidó: afirmando que aunque era intocada en cuerpo, sin embargo, si se veía obligada a aceptar a otro, sería como aceptar a un segundo, ya que había desposado al primero en mente. Los espartanos y los mesenios tuvieron amistades durante mucho tiempo, hasta el punto de que por ciertos ritos incluso enviaban vírgenes entre sí. En un momento, cuando los mesenios intentaron violar a cincuenta vírgenes de Lacedemonia, de tal número ninguna consintió en el estupro, sino que todas prefirieron morir por su castidad. Por lo cual se suscitó una guerra grave y larguísima, y después de mucho tiempo, Mesenia fue destruida. Aristoclides, tirano de Orcómeno, se enamoró de una virgen de Estinfalia, quien, después de que su padre fue asesinado, se refugió en el templo de Diana, y aunque sostenía su imagen, y

no podía ser arrancada por la fuerza, fue asesinada en el mismo lugar. Por cuya muerte, toda Arcadia se conmovió tanto de dolor, que tomó las armas públicamente, y vengó la muerte de la virgen. Aristómenes, el mesenio, hombre justísimo, después de vencer a los lacedemonios, y en un momento en que celebraban ritos nocturnos llamados Hyacinthia, raptó de los coros de las que jugaban a quince vírgenes, y huyendo toda la noche a paso rápido, salió de los límites de los espartanos. Y cuando sus compañeros quisieron violarlas, les advirtió cuanto pudo que no lo hicieran, y al final mató a algunos que no obedecieron, conteniendo a los demás con miedo. Las muchachas, rescatadas después por sus parientes, al ver que Aristómenes era acusado de asesinato, no regresaron a su patria hasta que, arrodilladas ante los jueces, vieron absuelto al defensor de su castidad. ¿Con qué cara se deben alabar las hijas de Scedas en Leuctra de Beocia, que se dice que, en ausencia de su padre, recibieron a dos jóvenes que pasaban con el derecho de hospitalidad? Quienes, entregados al vino, violaron a las vírgenes durante la noche. Las cuales, no queriendo sobrevivir a la pérdida de su castidad, se mataron mutuamente con heridas. Es justo no callar a las vírgenes locridas, que, enviadas a Ilión según la costumbre durante casi mil años, nunca dieron lugar a ningún rumor obsceno ni a ninguna historia de virginidad violada. ¿Quién puede pasar por alto en silencio a las siete vírgenes de Mileto, que, ante el ataque de los galos que devastaban todo, para no sufrir ninguna indecencia de los enemigos, huyeron de la deshonra con la muerte, dejando un ejemplo de sí mismas a todas las vírgenes, de que a las mentes honestas les importa más la castidad que la vida? Nicanor, después de vencer y destruir Tebas, fue superado por el amor de una virgen cautiva. Quien, pidiendo su matrimonio y abrazos voluntarios, lo que ciertamente una cautiva debería haber deseado, sintió que para las mentes castas la virginidad es más que un reino, y después de matarla con su propia mano, el amante llorando y lamentándose la sostuvo. Los escritores griegos también narran otra virgen tebana, a quien un enemigo macedonio había corrompido, que disimuló su dolor por un tiempo, y después degolló al violador de su virginidad mientras dormía: y luego se suicidó con una espada, para no querer vivir después de perder su castidad, ni morir antes de vengarse.

42. Fábulas de procreación por vírgenes.---Entre los gimnosofistas de la India, se transmite casi de mano en mano la autoridad de esta opinión, que Buda, el príncipe de su doctrina, fue engendrado por una virgen de su costado. Y esto no es sorprendente entre los bárbaros, cuando también la Grecia más docta ha imaginado que Minerva fue engendrada de la cabeza de Júpiter, y el padre Liber de su muslo. Speusipo, hijo de la hermana de Platón, y Clearcho en la alabanza de Platón, y Anaxírides en el segundo libro de Filosofía, dicen que Perictione, madre de Platón, fue oprimida por un fantasma de Apolo, y no creen que el príncipe de la sabiduría haya nacido de otra manera que del parto de una virgen. Pero también Timeo escribe que la hija virgen de Pitágoras presidió un coro de vírgenes, y las instruyó en las doctrinas de la castidad. Se dice que Diodoro, el socrático, tuvo cinco hijas dialécticas de insigne pudor, de las cuales también Filón, maestro de Carnéades, escribe una historia muy completa. Y para que la potencia romana no nos reprochara que el Señor Salvador fue engendrado de una virgen, consideran que los autores de su ciudad y nación fueron engendrados por la virgen Ilia y Marte.

43. Viudas gentiles.---Esto sobre las vírgenes del mundo, el discurso corriendo por múltiples historias y apresurándose, ha tocado. Vengo a las casadas, que no quisieron sobrevivir a sus maridos muertos o asesinados, para no ser obligadas a conocer segundos concubinatos, y que amaron maravillosamente a sus únicos maridos; para que sepamos que la digamia también es reprobada entre los paganos. Dido, hermana de Pigmalión, habiendo reunido una gran cantidad de oro y plata, navegó a África, y allí fundó la ciudad de Cartago, y cuando fue pedida en matrimonio por Jarbas, rey de Libia, pospuso las bodas por un tiempo, hasta que

fundó la ciudad. No mucho después, habiendo construido una pira en memoria de su difunto esposo Siqueo, prefirió arder que casarse. Una mujer casta fundó Cartago, y nuevamente la misma ciudad terminó en la alabanza de la castidad. Pues la esposa de Asdrúbal, cuando la ciudad fue capturada e incendiada, al verse a punto de ser capturada por los romanos, tomó a sus dos hijos pequeños de cada lado y se lanzó al incendio de su casa.

44. ¿Qué decir de la esposa de Nicerato, que, impaciente por la injuria a su marido, se suicidó para no soportar la lujuria de los treinta tiranos que Lisandro había impuesto a Atenas vencida? También se dice que Artemisia, esposa de Mausolo, fue de insigne pudor. Quien, siendo reina de Caria, y alabada por los poetas y los historiadores nobles, se destaca principalmente en esto, que amó siempre a su difunto esposo como si estuviera vivo, y construyó un sepulcro de maravillosa magnitud, tanto que hasta hoy todos los sepulcros preciosos se llaman mausoleos por su nombre. Teuta, reina de los ilirios, para gobernar durante mucho tiempo sobre hombres muy valientes, y a menudo derrotar a los romanos, ciertamente mereció ser un milagro de castidad. Los indios, como casi todos los bárbaros, tienen muchas esposas. Entre ellos hay una ley que dice que la esposa más querida debe ser quemada con su difunto marido. Estas, por lo tanto, compiten entre sí por el amor del esposo; y la ambición de las que compiten es máxima, y el testimonio de castidad, ser considerada digna de la muerte. Así que la vencedora, en su atuendo y adorno original, se acuesta junto al cadáver, abrazándolo y besándolo, y desprecia el fuego que se enciende debajo, con la alabanza de la castidad. Creo que quien muere así, no busca segundas nupcias. Alcibiades, el socrático, después de que Atenas fue vencida, huyó a Farnabazo. Quien, habiendo recibido un precio de Lisandro, príncipe de los lacedemonios, ordenó que lo mataran. Y cuando, después de ser estrangulado, le cortaron la cabeza y la enviaron a Lisandro como testimonio del asesinato cumplido, el resto del cuerpo yacía sin sepultura. Solo la concubina, contra la orden del enemigo más cruel, entre extraños, y con el peligro inminente, realizó los ritos funerarios, preparada para morir por el muerto, a quien había amado en vida. Que las matronas, y al menos las matronas cristianas, imiten la fidelidad de las concubinas, y que las mujeres libres hagan lo que una cautiva preservó.

45. El rey Strato, al querer suicidarse con su propia mano para no ser objeto de burla de los persas que se acercaban, cuyo tratado había ignorado con la alianza del rey de Egipto, era retenido por el miedo, y mirando la espada que había tomado, esperaba con temor la llegada de los enemigos. Su esposa, al darse cuenta de que estaba a punto de ser capturado, le arrebató el puñal de la mano y le atravesó el costado. Y después de haber dispuesto el cadáver según la costumbre, se arrojó sobre él muriendo, para no soportar el coito de otro después de los votos virginales. Jenofonte, en la infancia de Ciro el Grande, escribe que, después de que su esposo Abradato fue asesinado, su esposa Pantea, a quien amaba con un amor maravilloso, se colocó junto al cuerpo destrozado, y con el pecho atravesado, vertió su sangre en las heridas de su marido. La esposa consideró justa la causa de matar al rey, a quien su marido había mostrado desnuda a su amigo sin que ella lo supiera. Pues juzgó que no era amada, quien podía ser mostrada a otro. Rodoguna, hija de Darío, después de la muerte de su esposo, mató a la nodriza que le persuadía para un segundo matrimonio. Las fábulas dicen que Alceste murió voluntariamente por Admeto; y la castidad de Penélope es el poema de Homero. También se canta en boca de los poetas que Laodamia, después de que Protesilao fue asesinado en Troya, no quiso sobrevivir.

46. Mujeres romanas ilustres.---Pasemos a las mujeres romanas; y en primer lugar mencionemos a Lucrecia, quien, al no querer sobrevivir a la violación de su pudor, borró la mancha de su cuerpo con su sangre. Duillius, quien fue el primero en Roma en triunfar en

una batalla naval, se casó con Bilia, una virgen de tal pudor que incluso en aquella época fue un ejemplo, cuando la impudicia era un monstruo, no un vicio. Ya anciano y con el cuerpo tembloroso, en una disputa escuchó que le reprochaban tener mal aliento, y se retiró triste a su casa. Cuando se quejó a su esposa de por qué nunca le había advertido para remediar ese defecto, ella respondió: "Lo habría hecho, si no hubiera pensado que a todos los hombres les huele así la boca". Digna de alabanza en ambos aspectos, la mujer casta y noble, tanto si ignoró el defecto de su marido, como si lo soportó pacientemente, y porque el marido percibió la desgracia de su cuerpo no por el desdén de su esposa, sino por el insulto de un enemigo. Ciertamente, quien se casa por segunda vez no puede decir esto. Marcia, la hija menor de Catón, cuando se le preguntó por qué no se volvía a casar tras la pérdida de su marido, respondió que no encontraba un hombre que la quisiera más que sus riquezas. Con esta respuesta mostró que las riquezas suelen ser más elegidas en las esposas que el pudor, y que muchos no eligen esposas con los ojos, sino con los dedos. Sin duda, una cosa excelente es lo que la avaricia concilia. La misma, cuando lloraba a su marido, y las matronas le preguntaban cuál sería el último día de su luto, dijo que el mismo que el de su vida. Creo que quien buscaba así a su marido ausente, no pensaba en un segundo matrimonio. Bruto se casó con Porcia, una virgen; Marcia, no virgen, se casó con Catón; pero Marcia osciló entre Hostensio y Catón, y Marcia pudo vivir sin Catón; Porcia no pudo vivir sin Bruto. Las mujeres se aplican más a sus únicos maridos; y no conocer a otro es un gran vínculo de indulgencia más estrecha. Cuando un pariente aconsejaba a Annia que se casara con otro hombre (pues tenía tanto juventud como buena apariencia), ella dijo: "De ninguna manera haré esto. Si encuentro un buen hombre, no quiero temer perderlo; si es malo, ¿qué necesidad hay de soportar lo peor después de lo bueno?" Cuando se alababa a una bien comportada que tenía un segundo marido, Porcia la menor respondió: "Feliz y casta es la matrona que nunca se casa más de una vez". Cuando su madre le preguntó a Marcela la mayor si se alegraba de haberse casado, respondió: "Tanto que no quiero hacerlo más". Valeria, hermana de los Mesala, tras perder a su esposo Servio, no quería casarse con nadie. Cuando se le preguntó por qué, dijo que para ella Servio siempre vivía como su esposo.

47. El libro de Teofrasto sobre el matrimonio. Inconvenientes de tomar esposa. Por qué se dice que hay esposas. La necesidad de los hombres no es rara.---Siento que en el catálogo de mujeres he dicho mucho más de lo que permite la costumbre de los ejemplos, y que un lector erudito puede justamente reprenderme. Pero, ¿qué puedo hacer, cuando las mujeres de nuestro tiempo me imponen la autoridad del Apóstol; y aún con el funeral del primer marido no terminado, recitan de memoria los preceptos de la digamia? Para que aquellas que desprecian la fe de la castidad cristiana, al menos aprendan la castidad de los paganos. Se dice que hay un libro de Teofrasto sobre el matrimonio, en el que se pregunta si un hombre sabio debe tomar esposa. Y después de definir que si es hermosa, si está bien educada, si tiene padres honorables, si él mismo es sano y rico, entonces el sabio puede a veces entrar en matrimonio, inmediatamente añade: "Sin embargo, estas cosas rara vez coinciden todas en el matrimonio. Por lo tanto, un sabio no debe tomar esposa. Primero, porque los estudios de la filosofía se ven obstaculizados; y nadie puede servir a los libros y a la esposa al mismo tiempo. Hay muchas cosas necesarias para el uso de las matronas: vestidos preciosos, oro, gemas, gastos, esclavas, muebles variados, literas y carros dorados. Luego, durante las noches, quejas interminables: Aquella sale más adornada en público: esta es honrada por todos, yo soy despreciada en la reunión de mujeres. ¿Por qué mirabas a la vecina? ¿Qué hablabas con la sirvienta? ¿Qué trajiste del foro? No podemos tener un amigo, ni un compañero. Sospecha del amor de otro, odio del suyo. Si hay un maestro muy sabio en alguna de las ciudades, no podemos dejar a la esposa, ni ir con el equipaje. Alimentar a una pobre es difícil; soportar a una rica, un tormento. Además, no hay elección de esposa, sino

que cualquiera que toque, debe ser aceptada. Si es iracunda, si tonta, si fea, si orgullosa, si maloliente, cualquier defecto se descubre después del matrimonio. El caballo, el asno, el buey, el perro, y los esclavos más viles, incluso las vestiduras, las ollas, el asiento de madera, la copa, y la jarra de barro se prueban primero, y así se compran: solo la esposa no se muestra, para que no desagrade antes de ser tomada. Siempre hay que atender a su rostro, y alabar su belleza: para que si miras a otra, no piense que le desagrada. Debe ser llamada señora, su cumpleaños celebrado, jurar por su salud, desear que sobreviva; honrar a su nodriza, y a la criada, al sirviente padrino, y al alumno, y al atractivo seguidor, y al administrador con rizos, y al eunuco castrado para una larga y segura lujuria: bajo estos nombres se esconden los adulterios. A quienes ella ame, hay que amar a regañadientes. Si le confías toda la casa para que la administre, hay que servirle. Si reservas algo a tu juicio, pensará que no se le tiene confianza; pero se convertirá en odio y disputas, y si no lo resuelves pronto, preparará venenos. Si introduces ancianas, arúspices, adivinos y vendedores de gemas y vestidos de seda, hay peligro para la castidad; si los prohíbes, es una injuria de sospecha. Pero, ¿de qué sirve incluso una vigilancia diligente, cuando una esposa impúdica no puede ser vigilada, y una casta no debe serlo? La necesidad es una guardiana infiel de la castidad; y verdaderamente debe llamarse casta a aquella a quien se le permitió pecar si quiso. La hermosa es rápidamente amada, la fea fácilmente deseada. Es difícil custodiar lo que muchos aman. Es molesto poseer lo que nadie se digna tener. Sin embargo, es menos miserable tener una fea que custodiar una hermosa. Nada es seguro, en lo que suspiran los deseos de todo el pueblo. Uno la solicita por su belleza, otro por su ingenio, otro por sus gracias, otro por su liberalidad. De alguna manera, o en algún momento, se conquista lo que es asediado por todas partes. Pero si se toman esposas por la administración de la casa, el consuelo de la enfermedad, y la huida de la soledad, un esclavo fiel administra mucho mejor, obediente a la autoridad del amo, y acatando su disposición, que una esposa, que se considera señora si actúa en contra de la voluntad del marido, es decir, lo que le place, no lo que se le ordena. Además, los amigos y los criados obligados por beneficios pueden asistir mejor al enfermo, que aquella que nos imputa sus lágrimas, y con la esperanza de herencia vende su suciedad, y alardeando de su preocupación, perturba el ánimo del enfermo con desesperación. Pero si ella misma enferma, hay que enfermarse con ella, y nunca apartarse de su lecho. O si es una buena y amable esposa (lo cual es sin embargo un ave rara), gemimos con la parturienta, nos angustiamos con la que está en peligro. Sin embargo, el sabio nunca puede estar solo. Tiene consigo a todos los que son, que alguna vez fueron buenos, y traslada su mente libre a donde quiera. Lo que no puede hacer con el cuerpo, lo abarca con el pensamiento. Y si hay escasez de hombres, habla con Dios. Nunca estará menos solo que cuando esté solo. Además, tomar esposa por causa de los hijos, para que nuestro nombre no perezca, o para tener apoyo en la vejez, y usar herederos seguros, es lo más estúpido. ¿Qué nos importa al dejar el mundo, si otro es llamado por nuestro nombre: cuando ni siquiera el hijo lleva inmediatamente el nombre del padre, y hay innumerables que son llamados por el mismo nombre? ¿O qué apoyos para la vejez son criar en casa a quien tal vez muera antes que tú, o tenga costumbres muy perversas? O ciertamente, cuando llegue a la edad madura, te parezca que tardas en morir. Los herederos mejores y más seguros son los amigos y parientes, que eliges por juicio, que aquellos que, quieras o no, te ves obligado a tener. Aunque la herencia sea más segura; mientras vivas, es mejor disfrutar bien de tu sustancia, que dejar lo que has ganado con tu trabajo para usos inciertos."

48. Todos los males provienen de las mujeres. Epicuro defensor del placer. Júpiter Gamelius y Genethlius.---Estas y cosas semejantes discutiendo Teofrasto, ¿quién no se sonrojaría de los cristianos, cuya conversación está en los cielos, que dicen diariamente: "Deseo ser disuelto y estar con Cristo" (Filip. I, 23)? ¿Acaso el coheredero de Cristo deseará un heredero humano?

¿Y deseará hijos, y se deleitará en la serie de nietos, que tal vez serán capturados por el Anticristo; cuando leemos que Moisés y Samuel prefirieron a otros sobre sus hijos; y no consideraron hijos a aquellos que veían que desagradaban al Señor? Cicerón, al ser solicitado por Hircio para que, tras repudiar a Terencia, tomara a su hermana por esposa, se abstuvo de hacerlo, diciendo que no podía dedicarse a la esposa y a la filosofía al mismo tiempo. Mientras tanto, aquella excelente esposa, que había bebido de las fuentes tullenses de sabiduría, se casó con su enemigo Salustio, y en tercer lugar con Mesala Corvino, y como descendiendo por ciertos grados de elocuencia. Sócrates tenía dos esposas, Xantipa y Mirón, nieta de Arístides. Cuando estas discutían frecuentemente entre sí, y él solía burlarse de ellas porque disputaban por él, un hombre feísimo, de nariz chata, frente calva, hombros peludos y piernas torcidas, finalmente dirigieron su ataque contra él, y lo persiguieron durante mucho tiempo, maltratado y huyendo. En una ocasión, cuando resistió a Xantipa que le lanzaba infinitas injurias desde un lugar elevado, al ser rociado con agua sucia, no respondió más que secándose la cabeza: "Sabía", dijo, "que después de estos truenos vendría la lluvia". La esposa de L. Sila (véase Plutarco en Sila), Metela, era abiertamente impúdica: y (porque nuestros males los conocemos al final) eso se cantaba en Atenas, y Sila lo ignoraba; y primero aprendió los secretos de su casa por el reproche de un enemigo. A Cn. Pompeyo (véase el mismo en Pompeyo) le indicaron que su esposa Mutia era impúdica, cortejada por los eunucos pόνticos y las cohortes mitridáticas, cuando los demás pensaban que él lo sabía y lo toleraba, un compañero de campaña se lo indicó en la expedición, y consternó al vencedor del mundo entero con la triste noticia. M. Cato el Censor tuvo por esposa a Actoria Paula, de humilde origen, bebedora, incontrolable, y (lo que nadie podría creer) soberbia con Cato. Digo esto para que nadie piense que si toma una esposa pobre, ha asegurado la concordia. El rey Filipo de Macedonia, contra quien truenan las Filípicas de Demóstenes, al entrar como de costumbre en el dormitorio, fue excluido por su esposa enojada: quien, excluido, guardó silencio, y consoló su injuria con un verso trágico. Gorgias el Retórico recitó un libro bellísimo sobre la concordia a los griegos entonces disidentes entre sí en Olimpia. A lo que Melantio, su enemigo, dijo: "Este nos enseña sobre la concordia, quien no pudo hacer que se llevaran bien él, su esposa y su criada en una sola casa". Pues su esposa rivalizaba con la belleza de la sirvienta, y atormentaba al castísimo hombre con disputas diarias. Todas las tragedias de Eurípides son maldiciones contra las mujeres. De donde también Hermione dice: "Los consejos de malas mujeres me engañaron". En la ciudad de Lepti, semibárbara y situada en la soledad, es costumbre que la nuera pida prestada una olla a la suegra al día siguiente. A lo que ella inmediatamente niega: para que sepas que es verdad lo que Terencio expresó ambigüamente: "¿Qué es esto? Todas las suegras odian a las nueras". Leemos que un noble romano, cuando sus amigos lo acusaban de por qué había repudiado a una esposa hermosa, casta y rica, extendió el pie y les dijo: "Y este zapato que ven, parece nuevo y elegante: pero nadie sabe, excepto yo, dónde me aprieta". Heródoto escribe que una mujer, al quitarse el vestido, también se quita la vergüenza. Y nuestro cómico considera afortunado a quien nunca ha tomado esposa. ¿Qué decir de Pasífae, Clitemenestra y Erifila: de las cuales la primera, rebosante de placeres, como esposa de un rey, se dice que deseó la unión con un toro: la segunda mató a su esposo por amor a un amante: la tercera traicionó a Anfiarao, y prefirió un collar de oro a la salvación de su esposo. Todo lo que las tragedias exaltan, y lo que destruye casas, ciudades y reinos, es la contienda de esposas y concubinas. Se arman las manos de los padres contra los hijos: se preparan banquetes nefandos: y por el rapto de una sola mujer, Europa y Asia se enfrentan en una guerra de diez años. Leemos que algunas, tras ser repudiadas, se casaron inmediatamente al día siguiente de las bodas. Ambos maridos son censurables, tanto el que se desagrada tan pronto, como el que se agrada tan pronto. Epicuro, defensor del placer (aunque Metrodoro, su discípulo, tuvo por esposa a Leontia), dice que rara vez un sabio debe casarse, porque hay muchos inconvenientes mezclados en el

matrimonio. Y así como las riquezas, los honores, la salud del cuerpo, y otras cosas que llamamos indiferentes, no son ni buenas ni malas; sino que, como situadas en un punto medio, se convierten en buenas o malas por el uso y el evento: así también las esposas están situadas en el confín de lo bueno y lo malo. Sin embargo, es grave para un hombre sabio entrar en duda sobre si tomará una buena o una mala. Ridículamente, Crisipo ordena al sabio que tome esposa, para no ofender a Júpiter Gamelius y Genethlius. De este modo, entre los latinos no se debería tomar esposa, porque no tienen a Júpiter Nupcial. Si los nombres de los dioses, como piensa, prejuzgan la vida de los hombres, entonces ofenderá a Júpiter Stator, quien se siente con gusto.

49. De dónde tomó lo que dijo sobre el matrimonio. La primacía de las virtudes femeninas es la castidad.---Aristóteles, Plutarco y nuestro Séneca escribieron libros sobre el matrimonio, de los cuales son algunas de las cosas anteriores, y estas que añadimos: El amor a la belleza es el olvido de la razón, y cercano a la locura: un vicio feo y nada conveniente para un alma sana. Perturba los consejos, quiebra los espíritus altos y generosos, los arrastra de grandes pensamientos a los más humildes: hace a los hombres quejosos, iracundos, temerarios, duramente imperiosos, servilmente halagadores, inútiles para todos, finalmente odiosos para el mismo amor. Pues cuando arde con el deseo insaciable de disfrutar, pierde más tiempo en sospechas, lágrimas, quejas: se hace odioso a sí mismo, y finalmente se odia a sí mismo. Toda la crítica al amor está expuesta en Platón (en Fedro); y todos sus inconvenientes los explica Lisias, porque no se guía por el juicio, sino por la locura: y especialmente debe haber un guardián muy severo para la belleza de las esposas. Además, Séneca relata que conoció a un hombre adornado, que al salir en público, la esposa le ataba el pecho con una faja, y no podía estar ni siquiera un momento sin su presencia: y ninguna bebida, a menos que fuera tocada por los labios de ambos, el esposo y la esposa, bebían: haciendo otras cosas igualmente absurdas, en las que la imprudente fuerza de un ardiente afecto estallaba. El origen del amor era ciertamente honesto, pero su magnitud era deforme. Sin embargo, no importa cuán honesta sea la causa por la que alguien enloquece. De donde también Xystus en sus sentencias dice: "Es adúltero en su propia esposa el amante más ardiente". Pues en la esposa ajena todo amor es vil, en la propia excesivo. El hombre sabio debe amar a su esposa con juicio, no con afecto. Debe controlar el impulso del placer, y no dejarse llevar precipitadamente al coito. Nada es más feo que amar a la esposa como si fuera una adúltera. Ciertamente, quienes dicen que se unen a sus esposas por causa de la república y del género humano, y crían hijos, al menos imiten a los animales, y después de que el vientre de sus esposas se hinche, no pierdan a los hijos; ni se muestren a sus esposas como amantes, sino como maridos. Algunos matrimonios se han mantenido por adulterios: y, ¡oh cosa impropia!, los mismos que les enseñaron la castidad, se la quitaron. Por lo tanto, tales matrimonios pronto se disuelven por la saciedad. Tan pronto como desaparece el atractivo de la lujuria, lo que agradaba, se desvanece. Pues, ¿qué, dice Séneca, diré de los hombres pobres, de los cuales una gran parte se contrata en nombre de marido, para eludir las leyes que se promulgaron contra los célibes? ¿Cómo puede gobernar las costumbres y enseñar la castidad, y mantener la autoridad de marido, quien se casó? La voz de los hombres más doctos es que la castidad debe ser mantenida en primer lugar, pues perdida esta, toda virtud se derrumba. En esta virtud femenina está la primacía. Esta recomienda a la pobre, exalta a la rica, redime a la fea, adorna a la hermosa: se lo merece bien de los mayores, cuya sangre no vicia con descendencia furtiva: se lo merece bien de los hijos, que no tienen que avergonzarse de la madre, ni dudar del padre: se lo merece bien en primer lugar de sí misma, a quien defiende de la afrenta de un cuerpo ajeno. No hay mayor calamidad en la cautividad que ser arrastrada a la lujuria ajena. Los hombres son ilustrados por el consulado: la elocuencia los lleva a un nombre eterno: la gloria militar y el triunfo consagran a una nueva gente. Hay muchas cosas

que ennoblecen los ingenios preclaros. La virtud de la mujer es propiamente la castidad. Esta igualó a Lucrecia con Bruto, no se sabe si incluso la superó: pues Bruto aprendió de una mujer que no podía servir. Esta igualó a Cornelia con Graco: esta a Porcia con el otro Bruto. Tanaquilla es más conocida que su marido. La antigüedad ya ha ocultado su nombre entre muchos reyes. Esta rara virtud entre las mujeres la ha fijado más profundamente en la memoria de todos los siglos, de modo que no puede ser borrada. Que las esposas imiten a Theano, Cleobulina, Gorgunte, Timoclea, Claudia y Cornelia; y cuando vean que el Apóstol perdona la digamia a las mujeres malas, lean que antes de que nuestra religión brillara en el mundo, siempre fue un honor entre las matronas tener un solo esposo; que por ellas se solían hacer los sacrificios a la Fortuna femenina: que ningún sacerdote era digámico, ningún Flamen bimarido: que incluso los Hierofantes de los atenienses hasta hoy son castrados con una poción de cicuta, y después de ser elegidos para el pontificado, dejan de ser hombres.

LIBRO SEGUNDO.

321 1. Segunda proposición de Joviniano.---La segunda proposición es que aquellos que han sido bautizados no pueden ser tentados por el diablo. Y para que no pareciera que decía esto tontamente, añadió: "Cualquiera que haya sido tentado, se muestra que fue bautizado solo con agua, y no con el espíritu, como leemos en Simón el Mago. De donde también Juan dice: 'Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado: porque su simiente permanece en él: y no puede pecar, porque ha nacido de Dios. Y en esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo' (1 Juan 3, 9). Y al final de la Epístola: 'Todo el que ha nacido de Dios no peca; sino que la generación de Dios lo conserva; y el maligno no lo toca' (1 Juan 5, 18).

2. Jerónimo. El pecado ahuyenta a Cristo e introduce al diablo.---Realmente es una objeción fuerte, y que permanecería indisoluble, si no fuera resuelta por el testimonio del mismo Juan. Inmediatamente añade: Hijitos, guardaos de los ídolos (1 Juan 5, 21). Si todo el que ha nacido de Dios no peca, y no puede ser tentado por el diablo, ¿cómo se ordena que se cuiden de no ser tentados? Y en la misma Epístola: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos mentiroso, y su palabra no está en nosotros (1 Juan 1, 8 ss.). Creo que Juan escribió a los bautizados, y que todo pecado proviene del diablo. Él se confiesa pecador y espera el perdón, después del bautismo, de los pecados: y mi Joviniano dice: No me toques, porque soy puro (Isaías 65, según los LXX). ¿Qué, entonces? ¿El Apóstol se contradice a sí mismo? De ninguna manera. En el mismo lugar explica inmediatamente por qué lo dijo: Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados. No solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado. En esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Juan 2, 1 ss.). Por eso, dice, os escribo, hijitos míos: Todo el que ha nacido de Dios no peca, para que no pequéis, y sepáis que permaneceréis en la generación del Señor mientras no pequéis. Más bien, los que perseveran en la generación del Señor no pueden pecar. ¿Qué comunión hay entre la luz y las tinieblas? ¿Entre Cristo y Belial (2 Cor. 6, 14)? Así como el día y la noche no pueden mezclarse, tampoco la justicia y la iniquidad, el pecado y las buenas obras, Cristo y el Anticristo. Si recibimos a Cristo en la morada de nuestro corazón, inmediatamente ahuyentamos al diablo. Si pecamos, y por la puerta del pecado entra el diablo, Cristo se

retirá de inmediato. Por eso David, después del pecado, dice: Devuélveme la alegría de tu salvación (Salmo 50, 14): ciertamente la que había perdido al pecar. El que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y en él no está la verdad (Juan 2, 4). Cristo es llamado la verdad: Yo soy, dice, el camino, la vida y la verdad (Juan 14, 6). En vano nos alabamos en él, cuyos mandamientos no cumplimos. Al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado. Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, también la fe sin obras está muerta. No pensemos que es gran cosa conocer a un solo Dios, ya que también los demonios creen y tiemblan. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo (1 Juan 1, 6). Que el adversario elija entre dos lo que quiera: le damos la opción. ¿Permanece en Cristo, o no permanece? Si permanece, entonces que ande como Cristo. Pero si es temerario prometer la semejanza de las virtudes del Señor, no permanece en Cristo, porque no entra como Cristo. Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca, quien cuando era maldecido, no respondía con maldición (1 Pedro 2, 22), y como cordero ante el que lo trasquila, no abrió su boca (Isaías 53, 9): a quien vino el príncipe de este mundo, y no halló en él nada: quien no habiendo cometido pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros (1 Juan 3, 5). Pero nosotros, según la Epístola de Santiago, todos pecamos mucho, y nadie está limpio de pecados, ni siquiera si su vida fuera de un solo día (Santiago 3, 2): ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? ¿O quién confiará en ser limpio de pecados? Y somos culpables a semejanza de la transgresión de Adán (Proverbios 20, 9). Por eso también David dice: He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo 50, 7). Y el bienaventurado Job: Si fuera justo, mi boca hablaría impiedades; y si sin crimen, sería hallado perverso. Y si me purificara en la nieve y lavara mis manos limpias, me habrías sumergido en la inmundicia, y mi vestidura me aborrece (Job 14, según los LXX, y 9). Pero para que no desesperemos completamente, pensando que después de los pecados del bautismo no podemos ser salvados, inmediatamente modera esto mismo: Y si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el justo, y él es la propiciación por nuestros pecados. No solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo (1 Juan 2, 1). Esto lo dice a los creyentes después del bautismo, y promete al Señor como abogado por sus delitos. Y no dice: Si pecáis, tenéis un abogado ante el Padre, Cristo, y él es la propiciación por vuestros pecados; para que no digas que no recibieron el bautismo con plena fe: sino que dice: Tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solo por los pecados de Juan y de ellos; sino también por los de todo el mundo. En todo el mundo están los Apóstoles y todos los creyentes. De lo cual se comprueba claramente que después del bautismo se puede pecar. En vano tenemos un abogado, Jesucristo, si no se puede pecar.

3. Se condena el error de Montano y Novato. Fuimos creados con libre albedrío. Nueva facción de ignorancia.---El apóstol Pedro, a quien se le había dicho: El que está lavado, no necesita lavarse de nuevo (Juan 13, 10); y, Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mateo 16, 18): asustado por una criada, niega. Y el mismo Señor: Simón, Simón, he aquí, dice, Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte (Mateo 16, 26). Y en el mismo lugar: Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Si respondes que esto se dijo antes de la cruz, ciertamente después de la cruz en la Oración Dominical decimos: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal (Mateo 6, 12). Si no pecamos después del bautismo, ¿por qué pedimos que se nos perdonen los pecados, que ya fueron perdonados en el bautismo? ¿Por qué oramos para no entrar en tentación y para ser librados del mal, si el diablo no puede tentar a los ya bautizados? Pero es otra cosa si esta oración se refiere a los catecúmenos, y no es adecuada para los fieles y cristianos. Pablo, vaso de elección, castiga su cuerpo y lo reduce a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, él mismo sea

hallado reprobado (1 Cor. 9): Y se me dio, dice, un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetee (2 Cor. 12, 7). Y a los Corintios: Temo, dice, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros sentidos de la simplicidad que es en Cristo (2 Cor. 11, 3). Y en otro lugar: A quien perdonasteis algo, yo también. Porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros, en la persona de Cristo, para que no seamos engañados por Satanás. No ignoramos sus maquinaciones (2 Cor. 2, 10, 11). Y de nuevo: No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana. Pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis; sino que con la tentación hará también la salida, para que podáis soportarla (1 Cor. 10, 13). Y, El que piensa estar firme, mire que no caiga. Y a los Gálatas (Gál. 5, 7); Corríais bien, ¿quién os impidió no obedecer a la verdad? Y en otro lugar: Quisimos ir a vosotros: yo, Pablo, una y otra vez, pero Satanás nos estorbó (1 Tes. 2, 18). Y a los esposos: Y volved a juntaros, para que no os tiente Satanás por vuestra incontinenia (1 Cor. 7, 5). Y de nuevo: Digo, pues, andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque la carne desea contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne: y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis (Gál. 5, 16, 17). Compuestos de ambos, es necesario que suframos las batallas de ambas sustancias contra sí mismas. Y a los Efesios: No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efes. 6, 12). ¿Y alguien piensa que debemos estar seguros y dormidos después del bautismo? También a los Hebreos: Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados, y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y gustaron la buena palabra de Dios, y los poderes del siglo venidero, y cayeron, sean renovados otra vez para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, y exponiéndolo a vituperio (Heb. 6, 4 ss.). Ciertamente no podemos negar que los que fueron iluminados, y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y gustaron la buena palabra de Dios, fueron bautizados. Pero si los bautizados no pueden pecar, ¿cómo dice ahora el Apóstol, Y cayeron? Pero para que Montano y Novato no se rían aquí, quienes sostienen que no pueden ser renovados por el arrepentimiento aquellos que crucificaron para sí mismos al Hijo de Dios, y lo expusieron a vituperio; consecuentemente resuelve este error, y dice: Pero confiamos en vosotros, amados, cosas mejores y que acompañan a la salvación, aunque hablamos así. Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos, y sirviendo aún (Heb. 9, 10). Y realmente sería una gran injusticia de Dios, si solo castigara los pecados, y no aceptara las buenas obras. Así he hablado, dice el Apóstol, para retraeros de los pecados, y haceros más cautelosos por el temor a la desesperación. Sin embargo, confío en vosotros, amados, cosas mejores y que acompañan a la salvación. Porque no es de la justicia de Dios olvidar las buenas obras, y el ministerio que habéis mostrado por su nombre, y que mostráis a los santos, y solo recordar los pecados. Pero también el apóstol Santiago, sabiendo que los bautizados pueden ser tentados y caer por su propia voluntad: Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Santiago 1, 12). Y para que no pensemos, según lo que está escrito en el Génesis, que Abraham fue tentado por Dios, que nosotros también somos tentados por Dios (Génesis 22): Nadie, dice, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie. Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Luego la concupiscencia, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, engendra la muerte (Santiago 1, 13 ss.). Dios nos creó con libre albedrío, y no somos arrastrados por necesidad ni a las virtudes ni a los vicios. De lo contrario, donde hay necesidad, no hay corona. Así como en las buenas obras Dios es el perfeccionador, no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia y

ayuda, para que podamos llegar a la meta: así en los males y pecados, nuestras semillas son los incentivos, y la perfección del diablo. Cuando nos ve construir sobre el fundamento de Cristo heno, madera, paja, entonces enciende el fuego. Construyamos, pues, oro, plata, piedras preciosas, y no se atreverá a tentar: aunque en esto tampoco hay posesión cierta y segura. Porque el león acecha en las emboscadas y en lo oculto, para matar al inocente. Y el horno prueba los vasos del alfarero, pero la tentación de la tribulación prueba a los hombres justos. Y en otro lugar está escrito: Hijo, si te acercas a servir a Dios, prepárate para la tentación (Eclesiástico 27, 6; 2, 1). De nuevo, el mismo Santiago dice: Sed hacedores de la palabra, y no solamente oidores. Si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor, es semejante al hombre que considera su rostro natural en un espejo. Se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era (Santiago 1, 22 ss.). En vano advirtió que unieran las obras a la fe, si después del bautismo no podían pecar. El que guarda toda la ley, dice, y ofende en un punto, se hace culpable de todos (Santiago 2, 10). ¿Quién de nosotros está sin pecado? Dios ha encerrado a todos bajo pecado, para tener misericordia de todos (Romanos 11, 12). También Pedro dice (2 Pedro 2, 9), Sabe el Señor librar de la tentación a los piadosos. Y sobre los falsos maestros: Estos son fuentes sin agua, y nubes llevadas por torbellinos, para quienes está reservada la oscuridad de las tinieblas. Porque hablando palabras infladas de vanidad, seducen con deseos carnales de lujuria a los que apenas habían escapado, y han vuelto al error (Ibid. 17, 18). ¿No te parece que el discurso apostólico ha pintado una nueva facción de ignorancia? Abren como fuentes de conocimiento, porque prometen la lluvia de doctrinas que no tienen, como nubes proféticas, a las que llega la verdad de Dios, y son agitadas por torbellinos de demonios y vicios. Hablan cosas grandiosas, y todo su discurso es soberbia: Pero inmundo es ante Dios todo el que exalta su corazón (Proverbios 16, según los LXX). Para que los que apenas habían huido de los pecados, vuelvan a su error; y persuaden en la lujuria, en las delicias de la carne y de los alimentos. ¿Quién no escuchará con gusto: Comamos y bebamos, y reinaremos para siempre? Llaman sabios y prudentes a los perversos: pero a los que son dulces en palabras, los escuchan más. El apóstol Juan, o más bien el Salvador escribiendo en Juan al ángel de la Iglesia de Éfeso: Conozco, dice, tus obras, y tu trabajo y tu paciencia, y que has soportado por mi nombre, y no has desfalecido: pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor. Recuerda, pues, de dónde has caído, y arrepíentete; y haz las primeras obras. Si no, vendré a ti, y moveré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes (Apoc. 2, 2 ss.). De igual manera, a las demás Iglesias, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea, las llama al arrepentimiento, y si no vuelven a las obras anteriores, les amenaza. Y en Sardis dice tener pocos que no han manchado sus vestiduras; y caminarán con él en blanco, porque son dignos. ¿A quién le dice: Recuerda de dónde has caído. Y, He aquí, el diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados. Y, Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás. Y, Recuerda cómo has recibido y oído, y guárdalo, y arrepíentete, y lo demás ciertamente lo dice a quien ha creído, y ha sido bautizado, y estando en pie, cayó por el delito.

4. Todos los santos anteriores tienen el mismo mérito que los cristianos actuales. Salomón se apartó de Dios por amor a las mujeres. Jesús Josedech es un tipo del Salvador. Los ángeles pueden recibir pecado.---Por un momento había pospuesto los ejemplos del Antiguo Testamento; porque suelen decir, dondequiera que se les contradice, "La Ley y los Profetas hasta Juan" (Mat. 11). Sin embargo, ¿quién ignora que bajo otra dispensación de Dios, todos los santos anteriores tuvieron el mismo mérito que los cristianos actuales? Así como antes de Abraham agradó en el matrimonio, ahora las vírgenes agradan en perpetua castidad. Él sirvió a la ley y a su tiempo; sirvamos también nosotros al Evangelio y a nuestro tiempo, en el que han llegado los fines de los siglos (1 Cor. 10). David, elegido según el corazón del Señor (1

Sam. 13), que había hecho todas sus voluntades, y que en cierto Salmo decía: "Júzgame, Señor, porque he caminado en mi inocencia, y confiando en el Señor no me debilitaré. Pruébame, Señor, y examíname, quema mis riñones y mi corazón" (Sal. 25, 1-2), después es tentado por el diablo, y tras pecar, habla arrepentido: "Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia" (Sal. 50, 1). Un gran pecado quiere ser borrado con gran misericordia. Salomón, amado del Señor, y a quien Dios se había revelado dos veces; porque fue amante de mujeres, se apartó del amor de Dios. El libro de los Días (Paralipómenos) refiere que el impiísimo rey Manasés, después de la cautividad babilónica, fue restituido a su dignidad original. Y Josías, hombre santo, es asesinado en el campo de Meguido por el rey egipcio. Jesús, hijo de Josedech, gran sacerdote, aunque prefiguró al Salvador, quien llevó nuestros pecados y unió a la Iglesia extranjera de entre las naciones, sin embargo, según la letra, después de su sacerdocio es presentado manchado, y el diablo está a su derecha; y luego se le devuelven vestiduras blancas. Es superfluo escribir sobre Moisés y Aarón, que ofendieron a Dios en las aguas de la contradicción y no entraron en la tierra prometida: cuando el bienaventurado Job también recuerda que los ángeles y toda criatura pueden pecar, diciendo: "¿Qué, acaso el hombre es puro ante Dios? ¿O es sin mancha en sus obras el varón? Si no confía en sus siervos: y encuentra algo perverso en sus ángeles; ¡cuánto más en los que habitan en casas de barro!" (Job 4, 17 y ss.), de las cuales también nosotros somos de ese mismo barro. La vida del hombre en la tierra es una tentación (Job 7, 1). Y cayó Lucifer, quien enviaba a todas las naciones. Y aquel que en el paraíso de las delicias fue nutrido entre doce piedras, herido por el monte del Señor, descendió al infierno. Por eso también el Salvador en el Evangelio dice: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Luc. 10, 18). Si aquella altísima sublimidad cayó, ¿quién no puede caer? Si hay ruinas en el cielo, ¡cuánto más en la tierra! Y sin embargo, cuando Lucifer cayó (más bien, después de la caída, la antigua serpiente), su fuerza está en sus lomos, y su poder sobre el ombligo del vientre. En él se cobijan grandes árboles, y duerme junto al junco, la caña y el papiro. Él es el rey de todo lo que está en las aguas (Job 40 y ss.): donde ciertamente hay placer y lujuria, y procreación, y riego de matrimonios. ¿Quién desnudará el rostro de su vestidura? ¿Y quién abrirá las puertas de su rostro? Las naciones se alimentan de él, y las gentes de Fenicia lo dividen (Job 41). Y para que quizás el pensamiento del lector silencioso no piense que solo se significan las gentes de Fenicia y el pueblo de Etiopía, a quienes el dragón fue dado como alimento, inmediatamente se dice de aquellos que pasan por el mar de este siglo y se apresuran a llegar al puerto de la salvación: "Y en las naves de los pescadores su cabeza está como un yunque infatigable: considera el hierro como paja, y el bronce como madera podrida. Y todo el oro del mar bajo él, como lodo. Hace hervir el abismo como una olla de bronce: estima el mar como si estuviera borrado, y el tártaro del abismo como cautivo. Todo lo alto ve" (Job 40, final; y 41, 5). Y mi Joviniano piensa que puede fácilmente someterlo. ¿Qué diré de los santos varones y de los ángeles, que siendo criaturas de Dios, ciertamente pueden recibir pecado? Se atrevió a tentar al Hijo de Dios, y aunque fue rechazado en su primera y segunda sentencia, no obstante levanta la cabeza, y herido por tercera vez, se retira hasta un tiempo, posponiendo más la tentación que quitándola: y nosotros nos halagamos con el bautismo: que así como perdona los pecados anteriores, así no puede preservar en el futuro, a menos que los bautizados guarden su corazón con toda vigilancia.

5. Tercera cuestión.---Finalmente llegamos a los alimentos, y se nos plantea la dificultad de la tercera cuestión: "Que todas las cosas fueron creadas para servir al uso de los mortales. Y así como el hombre, animal racional, como cierto habitante y poseedor del mundo, está sujeto a Dios y venera a su Creador, así todas las criaturas vivientes fueron creadas ya sea para alimento de los hombres, ya sea para vestimenta, ya sea para arar la tierra, ya sea para el transporte de frutos, o para el mismo hombre: de donde también los animales de carga se

llaman así porque ayudan. ¿Qué es, dice David, el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que lo visites? Lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y honor, y lo pusiste sobre las obras de tus manos. Todo lo sujetaste bajo sus pies, ovejas y bueyes todos, además de las bestias del campo, las aves del cielo, y los peces del mar, que recorren las sendas del mar" (Sal. 8, 5 y ss.). Está bien, dice, el buey para arar, el caballo para montar, el perro para guardar, las cabras para la leche, las ovejas para la lana. ¿Qué uso tienen los cerdos, aparte de comer su carne? ¿Qué las cabras montesas, los ciervos, los gamos, los jabalíes, las liebres, y caza de este tipo? ¿Qué los gansos silvestres y domésticos? ¿Qué los patos, qué las currucas? ¿Qué la perdiz? ¿Qué la focha? ¿Qué el tordo? ¿Por qué corretea la gallina en las casas? Si no se comen, todas estas cosas fueron creadas en vano por Dios. Pero, ¿qué necesidad hay de argumentos cuando la Escritura enseña clarísimamente (Gén. 9), que todo lo que se mueve, como las hierbas del campo, nos ha sido dado para alimento: y el Apóstol clama: "Todo es puro para los puros, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias" (Rom. 14, 20): y que vendrán en el último tiempo quienes prohibirán casarse, y comer alimentos, que Dios creó para ser usados (1 Tim. 4). El mismo Señor es llamado por los fariseos bebedor de vino y comilón, amigo de publicanos y pecadores: no rechazando el banquete de Zaqueo, yendo a las bodas. Por otro lado, es otra cosa si con necia contienda decís que fue a un banquete para ayunar, y al modo de los impostores dijo: Esto como, aquello no como: no quiero beber el vino que creé del agua. En el tipo de su sangre no ofreció agua, sino vino. Después de la resurrección comió pescado y un panal, no sésamo, nueces y sorbetes. El apóstol Pedro no espera la estrella al modo judío, sino que a la hora sexta sube al terrado para comer. Pablo en el barco parte el pan, no higos secos. A Timoteo, que sufre del estómago, le aconseja beber vino, no pera. Sobre la abstinencia de alimentos que le agradan, como si no también la superstición de los gentiles observara a Casto, el dios de la Madre, y a Isis."

6. Jerónimo. Físicos que escribieron en prosa y verso. Nuestra religión enseña la búsqueda de la sabiduría. La sentencia de Epicuro condenada.---Seguiré, pues, las huellas de la proposición expuesta: y antes de llegar a las Escrituras, y enseñar de ellas los ayunos agradables a Dios, y la continencia aceptable, compondré argumentos de los filósofos a los argumentos; y probaré que no seguimos el dogma de Empédocles y Pitágoras, quienes por la metempsicosis, no creen que todo lo que se mueve y vive deba ser comido; y consideran reos del mismo crimen a quienes cortan un abeto o un roble, de los cuales son parricidas y hechiceros: sino que veneramos a nuestro Creador, quien creó todo para el uso de los hombres. Y así como el buey para arar, el caballo para montar, los perros para guardar, las cabras para la leche, las ovejas para la lana fueron creados: así los cerdos y ciervos, y cabras montesas y liebres, y demás: pero no fueron creados inmediatamente para ser comidos, sino para otros usos de los hombres. Pues si todo lo que se mueve y vive fue hecho para ser comido, y preparado para el paladar, respóndanme, ¿por qué los elefantes, por qué los leones, osos, leopardos, lobos: por qué las víboras, escorpiones, chinches, mosquitos, y pulgas: por qué el buitre, el águila, el cuervo, el halcón: por qué los cetáceos, delfines, focas, y pequeñas conchas fueron creados? ¿Quién de nosotros ha comido alguna vez un león, una víbora, un buitre, una cigüeña, un milano, o gusanos que reptan en las costas? Así como estas cosas tienen sus propios usos, así podemos decir que las demás bestias, peces, aves no fueron creadas para ser comidas, sino para medicina. Finalmente, las carnes de víbora, de las cuales se hace la triaca, cuántas cosas son aptas, lo saben los médicos. Los segmentos de marfil se usan en varias curaciones. La hiel de la hiena devuelve la claridad a los ojos, y su estiércol y el de los perros cura las heridas. Y (lo que quizás sea sorprendente para el lector) el estiércol humano, cuántas curaciones proporciona, lo enseña Galeno en los simples. Dicen los físicos que la piel de la serpiente, que se muda, cocida en aceite, alivia maravillosamente el dolor de

oídos. ¿Qué parece tan inútil a los ignorantes como los chinches? Si una sanguijuela se adhiere a la garganta, al inhalar su humo, se vomita inmediatamente: y la dificultad de orinar se alivia con su aplicación. Pero los beneficios de la grasa de cerdos, gansos, gallinas y faisanes, todos los libros de medicina los declaran: que si los lees, verás que hay tantas curaciones en el buitre como miembros tiene. El estiércol de pavo mitiga el ardor de la gota. Las grullas, cigüeñas, la hiel del águila, la sangre del halcón, el avestruz, las ranas, los camaleones, el estiércol y las carnes de la golondrina, a qué enfermedades son aptas, lo diría, si mi propósito fuera discutir sobre la curación de los cuerpos. Que lea quien quiera a Aristóteles y Teofrasto en prosa, a Marcelo Sidetes, y a nuestro Flavio en versos hexámetros: también a Plinio el Viejo, y a Dioscórides, y a otros tanto físicos como médicos, que no refieren ninguna hierba, ninguna piedra, ningún animal tan reptante, como volátil, y nadador, a la utilidad de su arte. Por lo tanto, cuando me digas, ¿por qué fue creado el cerdo? inmediatamente te responderé, al modo de los niños que compiten, ¿por qué las víboras, por qué los escorpiones? Y no juzgarás a Dios como artífice de cosas superfluas, porque hay muchas bestias y aves que tus fauces rechazan. Pero para que esto no parezca contencioso, y más combativo que verdadero, escucha que por eso fueron creados los cerdos, jabalíes, ciervos, y otros animales, para que los soldados, atletas, marineros, oradores, mineros, y otros dedicados a trabajos duros, tuvieran alimentos, con los cuales la fortaleza de los cuerpos es necesaria: quienes llevan armas y provisiones: quienes con puños y patadas debilitan mutuamente sus miembros, quienes reman, cuyos costados son fuertes para gritar y hablar: quienes derriban montañas, y duermen bajo el sol y la lluvia. Sin embargo, nuestra Religión no enseña al boxeador, ni al atleta, ni a los marineros, ni a los soldados, ni a los mineros; sino al seguidor de la sabiduría, que se ha dedicado al culto de Dios: y sabe por qué fue creado, por qué se encuentra en el mundo del que se apresura a partir. Por eso también el Apóstol dice: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Cor. 12, 10). Y, "Si nuestro hombre exterior se corrompe, el interior se renueva de día en día" (2 Cor. 4, 16; y Col. 3). Y, "Deseo partir y estar con Cristo" (Fil. 1, 23). Y, "No proveáis para los deseos de la carne" (Rom. 13, 14). ¿Acaso a todos se les ha mandado no tener dos túnicas: no llevar alimentos en la bolsa, dinero en el cinturón, bastón en la mano, calzado en los pies? para que vendan todo lo que poseen, y lo den a los pobres, y sigan a Jesús (Mat. 10, y Mar. 6)? Pero esto es para aquellos que quieren ser perfectos. De lo contrario, a los soldados se les manda una cosa, a los publicanos otra por Juan el Bautista. Pero el Señor dice en el Evangelio al que se jactaba de haber cumplido toda la ley: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme" (Mat. 19, 21). Para que no pareciera imponer una carga pesada a quien no quería, lo dejó en la propia voluntad del oyente diciendo: "Si quieres ser perfecto". Por lo tanto, también yo te diré: Si quieres ser perfecto, es bueno no beber vino, y no comer carne. Si quieres ser perfecto, es mejor alimentar el alma que el cuerpo. Pero si eres pequeño y te deleitan las recetas de los cocineros, nadie arrebatara de tus fauces los manjares succulentos. Come y bebe, y si te place, juega con Israel levantándote, y canta: "Comamos y bebamos, porque mañana moriremos" (1 Cor. 15, 32). Come y beba, quien después de los alimentos espera la destrucción; quien dice con Epicuro: Después de la muerte no hay nada, y la muerte misma no es nada. Nosotros creemos en Pablo que truena: "La comida para el vientre, y el vientre para la comida. Pero Dios destruirá tanto a este como a aquella" (1 Cor. 6, 13).

7. Alimentación de diversas naciones. Las langostas de Juan el Bautista. La ley de Valente sobre no comer terneros. Costumbres de diversas naciones. Cada ciudad de Egipto adoraba a un animal específico.---Hemos mencionado estos pocos ejemplos de las Escrituras para demostrar que nuestras costumbres coinciden con las de los filósofos. Sin embargo, ¿quién no sabe que cada nación se alimenta no por una ley común de la naturaleza, sino de aquello que

abunda en su región? Por ejemplo, los árabes y sarracenos, y toda la barbarie del desierto, viven de la leche y carne de camellos, ya que este tipo de animal se cría y nutre fácilmente en sus regiones debido al clima y la esterilidad del suelo. Consideran un sacrilegio comer carne de cerdo, ya que los cerdos, que suelen alimentarse de bellotas, castañas, raíces de helechos y cebada, son raros o inexistentes en sus tierras, y si se encuentran, no tienen los alimentos mencionados. Por otro lado, si obligas a los pueblos del norte a comer carne de asnos o camellos, lo considerarían tan extraño como si se les forzara a comer lobo o cuervo. En Ponto y Frigia, el jefe de familia exige como grandes ingresos los gusanos blancos y gordos, que tienen la cabeza negra y nacen en la carcoma de la madera. Y así como entre nosotros se consideran manjares el attagen, la ficedula, el salmonete y el escaro, entre ellos es un lujo comer ξυλοφάγον [Al. ξυλοφαγιον]. Nuevamente, los pueblos orientales y de Libia, debido a las nubes de langostas que se encuentran en el desierto y la vasta calidez del erial, tienen la costumbre de comer langostas. Juan el Bautista también prueba que esto es cierto. Si obligas a un frigio o a un pontico a comer una langosta, lo considerará un sacrilegio. Obliga a un sirio, africano o árabe a tragar gusanos ponticos, los despreciará tanto como a las moscas, milpiés y lagartos. Aunque los sirios suelen comer cocodrilos terrestres, y los africanos, lagartos verdes. En Egipto y Palestina, debido a la rareza de los bueyes, nadie come vaca, y las carnes de toros, bueyes y terneros se consumen en los alimentos. Pero en nuestra provincia se considera un crimen devorar terneros. Por eso, el emperador Valente recientemente promulgó una ley en Oriente para que nadie comiera carne de terneros, cuidando la utilidad de la agricultura y corrigiendo la pésima costumbre del pueblo judaizante que consumía terneros en lugar de aves de corral y lechones. Los nómadas, trogloditas, escitas y la nueva ferocidad de los hunos se alimentan de carne semicruda. Por otro lado, los ictiófagos, un pueblo errante en la costa del mar Rojo, asan los peces sobre piedras calentadas por el sol y subsisten solo con este alimento. Los sármatas, 335 cuados, vándalos y muchas otras naciones disfrutaban de la carne de caballos y zorros. ¿Qué puedo decir de las demás naciones, cuando yo mismo, siendo joven en Galia, vi a los atticotos [Al. scotos], un pueblo británico, comer carne humana: y aunque encuentran rebaños de cerdos y ganado en los bosques, suelen cortar las nalgas de los pastores y las mujeres, y consideran estas las únicas delicias alimenticias? La nación de los escotos no tiene esposas propias: y como si hubieran leído la política de Platón y siguieran el ejemplo de Catón, no tienen esposa propia, sino que se entregan a la lujuria como les place, al estilo de los animales. Los persas, medos, indios y etíopes, reinos no pequeños y comparables al reino romano, se unen con sus madres y abuelas, con sus hijas y nietas. Los masagetas y derbices consideran miserables a aquellos que mueren de enfermedad: y devoran a sus padres, parientes y allegados cuando llegan a la vejez, considerando que es mejor ser comidos por ellos mismos que por los gusanos. Los tibareni cuelgan a los ancianos que aman en patíbulo. Los hircanos arrojan a los vivos a las aves y perros; los caspios hacen lo mismo con los muertos. Los escitas entierran vivos a aquellos que fueron amados por los difuntos junto con los huesos de los muertos. Los bactrianos arrojan a los ancianos a perros criados para este propósito. Cuando el prefecto de Alejandro, Stasanor, quiso corregir esto, casi perdió la provincia. Obliga a un egipcio a comer leche de oveja: empuja, si puedes, a un pelusio a comer cebolla. Casi cada ciudad en Egipto adora a un animal o monstruo específico: y lo que adoran, lo consideran inviolable y sagrado. Por eso, 336 también las ciudades llevan nombres de animales: Leonto, Cino, Lico, Busiris, Thmuis, que se interpreta como cabra. Y para que supiéramos qué tipo de dioses siempre ha recibido Egipto, recientemente, por el amante de Adriano, su ciudad fue llamada Antinous. Ves, por tanto, que no solo en la comida, sino también en los entierros, matrimonios y en toda la vida, cada nación vive según su propio rito y costumbres: y considera que esta es la ley de la naturaleza que ha aprendido. Pero supongamos que el consumo de carne es común a todas las naciones; y que es permitido en todas partes lo que se produce en todas partes. ¿Qué nos

importa a nosotros, cuya conversación está en los cielos; que superamos a Pitágoras y Empédocles, y a todos los seguidores de la sabiduría, no debemos nada a aquel de quien nacemos, sino a aquel de quien renacemos: que sometemos la carne rebelde, que nos arrastra hacia los incentivos de la lujuria, con ayuno? El consumo de carne, el vino y la saciedad del vientre son el semillero de la lujuria. Por eso también el cómico dice: «Sin Ceres, dice, y Baco, Venus se enfría.»

8. Los cinco sentidos, entrada de los vicios. El amor a las mujeres cercano a la locura.---A través de los cinco sentidos, como por ciertas ventanas, los vicios entran en el alma. La metrópoli y fortaleza de la mente no puede ser capturada a menos que el ejército hostil entre por sus puertas. Con las perturbaciones de estos, el alma se sobrecarga: y es capturada por la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto. Si alguien se deleita en los circos: si en la competencia de atletas: si en la movilidad de los actores: si en las formas de las mujeres: en el brillo de las gemas, las vestiduras, los metales, y otras cosas semejantes, la libertad del alma es capturada a través de las ventanas de los ojos, y se cumple aquello profético: La muerte ha entrado por vuestras ventanas (Jer. XXI). Nuevamente, el oído es seducido por el variado canto de los órganos, y las inflexiones de las voces: y por el canto de los poetas y las comedias, las urbanidades de los mimos y sus estratagemas, todo lo que entra por los oídos, afemina la virilidad de la mente. La suavidad del olor, y los diversos inciensos, el amomo, el cyphi, la oenanthe, el musgo, y la piel del ratón extranjero, que conviene a los disolutos y amantes, nadie sino un disoluto lo niega. Por otro lado, la avidez de los alimentos, que es madre de la avaricia, y mantiene el alma como con ciertas cadenas en la tierra, ¿quién lo ignora? Por un breve placer de la garganta, se recorren tierras y mares; y para que el vino dulce y la comida preciosa pasen por nuestras gargantas, sudamos en las obras de toda la vida [Ms. opere]. El tacto de los cuerpos ajenos, y el apetito ardiente de las mujeres, está cercano a la locura. Por este sentido, deseamos, nos enojamos, nos agitamos, envidiamos, emulamos, estamos ansiosos, y una vez satisfecha la voluptuosidad, por un cierto arrepentimiento, nos encendemos de nuevo: buscamos hacer lo que, cuando lo hemos hecho, nuevamente nos arrepentimos. Por lo tanto, cuando a través de estas puertas, como ciertas cuñas de perturbaciones, han entrado en la fortaleza de nuestra mente, ¿dónde estará la libertad, dónde su fortaleza, dónde el pensamiento de Dios: especialmente cuando el tacto se pinta a sí mismo incluso las voluptuosidades pasadas, y con el recuerdo de los vicios obliga al alma a compadecerse, y de alguna manera a ejercitar lo que no hace?

9. Crates de Tebas. Por estas razones, muchos filósofos, invitados por estas razones, abandonaron las multitudes de las ciudades, y los jardines suburbanos, donde el campo es regado, y las copas de los árboles, y el susurro de las aves, el espejo de la fuente, el arroyo murmurante, y muchas seducciones de los ojos y oídos: para que por el lujo y la abundancia de recursos, la fortaleza del alma no se ablandara, y su castidad no fuera corrompida. Es inútil (peligroso y nocivo) ver frecuentemente por lo que alguna vez fuiste capturado, y exponerte a la experiencia de aquello de lo que difícilmente puedes prescindir. Pues los pitagóricos, evitando tal frecuencia, solían habitar en soledad y lugares desiertos. Los platónicos y estoicos también se movían en los bosques y pórticos de los templos, para que, advertidos por la santidad de una morada más estrecha [Al. augustioris], no pensarán en otra cosa que en las virtudes. Pero incluso el mismo Platón, siendo rico, y Diogenes pisoteando sus lechos con los pies embarrados, para poder dedicarse a la filosofía, eligió la villa de la Academia lejos de la ciudad, no solo desierta, sino también pestilente: para que con el cuidado y la constancia de las enfermedades, se rompiera el ímpetu de la lujuria: y sus discípulos no sintieran otra voluptuosidad que la de las cosas que aprendían. Leemos que algunos se arrancaron los ojos, para no ser distraídos de la contemplación de la filosofía por su visión. Por eso también

Crates de Tebas, arrojando al mar un considerable peso de oro, dijo: «Váyanse, malas codicias: yo los hundiré, para no ser hundido por ustedes.» Si alguien cree [Al. aestimat] que puede disfrutar de la abundancia de alimentos y bebidas, y dedicarse a la sabiduría, es decir, vivir en delicias y no ser atrapado por los vicios de las delicias, se engaña a sí mismo. Pues aunque a menudo somos capturados por las seducciones de la naturaleza estando lejos de ellas, y nos vemos obligados a desear lo que no tenemos en abundancia; cuánto más, si estamos rodeados por las redes de las voluptuosidades, ¿nos consideraremos libres? Nuestro sentido piensa en lo que ve, oye, huele, gusta, toca, y es atraído por el apetito de aquello de lo que es capturado por la voluptuosidad. Que la mente vea, y la mente oiga; y que no podamos oír ni ver nada, a menos que el sentido esté atento a lo que percibimos y oímos, es también una antigua sentencia. Es difícil, más bien imposible, estar rodeado de delicias y voluptuosidades, y no pensar en lo que hacemos: y en vano algunos simulan, con la fe, la castidad y la integridad de la mente intactas, que abusan de las voluptuosidades, cuando es contrario a la naturaleza disfrutar de las abundancias de las voluptuosidades sin voluptuosidad: y el Apóstol, precaviendo esto mismo, dijo: La que vive en delicias, viviendo está muerta (I Tim., V, 6).

10. El cuerpo es un niño, el alma un pedagogo. El alimento más sencillo que sustenta el cuerpo. Los sentidos del cuerpo son como caballos, corriendo sin razón, mientras que el alma, como un auriga, sostiene las riendas de los que corren. Y así como los caballos sin jinete se precipitan [Al. sunt]: así el cuerpo sin la razón y el dominio del alma, se dirige a su propia destrucción. Otra comparación entre el alma y el cuerpo es propuesta por los filósofos: diciendo que el cuerpo es un niño, y el alma un pedagogo. Por eso también el historiador dice: «Usamos más el imperio del alma, y el servicio del cuerpo. Uno lo compartimos con los dioses, el otro con las bestias.» Por lo tanto, a menos que la prudencia del pedagogo gobierne los vicios del joven [Al. adolentis] y del niño, todos sus esfuerzos e ímpetus se dirigen a la lascivia. Podemos vivir sin cuatro sentidos, es decir, sin vista, oído, olfato y contacto. Pero sin el gusto y los alimentos es imposible que el cuerpo humano subsista. Por lo tanto, debe haber razón, para que tomemos tales y tantas comidas, que no sobrecarguen el cuerpo, ni la libertad del alma se vea gravada; porque hay que comer, caminar, dormir, digerir, y luego, con las venas hinchadas, soportar los incentivos de la lujuria. El vino es una cosa lujuriosa, y la embriaguez es contumeliosa (Prov. XX, 1). Todo el que se mezcla con ellos, no será sabio. No debemos tomar alimentos que sean difíciles de digerir, o que, una vez consumidos, lamentemos haberlos adquirido y perdido con gran esfuerzo. Las verduras, 340 frutas y legumbres, tienen una preparación más sencilla, y no necesitan del arte y el gasto de los cocineros: y sin preocupación sustentan el cuerpo humano, y al ser consumidos moderadamente (porque no se devoran ávidamente, ya que no tienen incentivos para la gula) se digieren con una digestión más ligera. Nadie se sobrecarga hasta la hinchazón del vientre con uno o dos alimentos, y estos baratos, lo cual se concibe con la diversidad de carnes y el deleite del sabor. Cuando las cazuelas humean con diversos olores, atraen a su consumo, una vez satisfecha el hambre, como si fueran cautivos. Por eso también las enfermedades se provocan por la excesiva saciedad; y muchos, por la impaciencia de la gula, se remedian con el vómito, y lo que ingirieron torpemente, lo expulsan más torpemente.

11. Oración persuasiva a las artes en el último capítulo. De dónde proviene la gran exaltación del alma. Alimentación más sencilla. Ejemplos de frugalidad. Hipócrates en los Aforismos enseña que los cuerpos gruesos y obesos, que han alcanzado la medida de su crecimiento, a menos que se reduzcan rápidamente mediante la extracción de sangre, estallan en parálisis y los peores tipos de enfermedades; y por eso es necesaria la reducción, para que nuevamente tengan en qué crecer. Pues la naturaleza de los cuerpos no permanece en un estado, sino que

siempre crece o decrece, y no puede vivir un animal, a menos que sea capaz de crecer. Por eso también Galeno, el más docto intérprete de Hipócrates, dice en la Exhortación a la medicina que los atletas, cuya vida y arte es la alimentación, no pueden vivir mucho tiempo, ni estar sanos: y que sus almas, así envueltas en exceso de sangre y grasa, como en lodo, no piensan en nada sutil, nada celestial, sino siempre en la carne, el eructo y la glotonería del vientre. Diógenes afirma que los tiranos y los subversores de ciudades, y las guerras, ya sean hostiles o civiles, no se excitan por el simple alimento de verduras y frutas, sino por las carnes y las delicias de los banquetes. Y lo que es sorprendente, Epicuro, defensor del placer, llenó todos sus libros de verduras y frutas, y dice que se debe vivir con alimentos baratos; porque las carnes y los banquetes exquisitos se preparan con gran cuidado y miseria, y tienen más pena en buscarlos que placer en usarlos (Vid. Lactancio l. III, c. 17). Nuestros cuerpos solo necesitan comida y bebida. Donde hay agua y pan, y cosas similares, allí se satisface la naturaleza (Vid. Laertium l. X; y Séneca l. III, Epist. 2 y 25). Todo lo que esté por encima de eso, no se refiere a la necesidad de la vida, sino al vicio del placer. Beber y comer, no para el ardor de las delicias, sino para apagar la sed y el hambre. Los que comen carne también necesitan cosas que no son carne. Pero los que se contentan con una dieta simple, no requieren carne. Tampoco podemos dedicarnos a la sabiduría si pensamos en la abundancia de la mesa, que requiere gran esfuerzo y cuidado. La necesidad de la naturaleza se satisface rápidamente: el frío y el hambre se pueden expulsar con vestimenta y comida simples. Por eso, también el Apóstol dice: Teniendo, dice, sustento y abrigo [Al. vestimentum], estemos contentos con esto (I Tim. VI, 8). Las delicias y la variedad de los banquetes son fomentos de la avaricia. Gran exaltación del alma es, cuando contento con poco, tienes el mundo bajo tus pies, y todo su poder, banquetes, lujurias, por los cuales se adquieren riquezas, los cambias por alimentos baratos, y compensas con una túnica más gruesa [Al. grossiori]. Quita el lujo de los banquetes y la lujuria, nadie buscará riquezas, cuyo uso está en el vientre o bajo el vientre. El que está enfermo no recupera la salud de otra manera que con comida sencilla y dieta moderada, lo que se llama λεπτή διαίτα. Por lo tanto, con los alimentos con los que se recupera la salud, también se puede conservar; para que nadie piense que las enfermedades se provocan con verduras. Pero si las fuerzas de aquel Milón de Crotona no son proporcionadas por las verduras, que nacen y se alimentan de las carnes: ¿qué necesidad tiene un hombre sabio y filósofo de Cristo de tener tanta fortaleza, que es necesaria para los atletas y soldados, que cuando la tiene, se provoca a los vicios? Aquellos piensan [Al. arbitrantur] que las carnes son adecuadas para la salud, que quieren abusar de la lujuria, y sumergidos en el lodo de las voluptuosidades, siempre arden en deseo de coito. El cristiano necesita salud sin excesivas fuerzas. No nos debe preocupar si son raros los seguidores de este propósito; porque también son raros los amigos buenos y fieles, y los castos y continentes, y siempre la virtud es rara. Lee sobre la continencia de Fabricio, la pobreza de Curio, y en una ciudad tan grande apenas encontrarás a pocos a quienes seguir. No temas, que si no comes carne, los cazadores y pescadores habrán aprendido sus artes en vano.

12. Medicina para la gota. Evitar toda saciedad.---Leemos que algunos, sufriendo de enfermedad articular y humores de gota, al ser reducidos a una mesa sencilla y alimentos pobres por la proscripción de sus bienes, se recuperaron. Pues carecían de la preocupación de administrar la casa, y de la abundancia de los banquetes, que debilitan tanto el cuerpo como el alma. Horacio se burla (Epist. lib. I, ep. 2, ad Lolium) del apetito de los alimentos, que consumidos dejan arrepentimiento: Desprecia los placeres, el placer comprado con dolor es dañino. Y cuando en el campo más agradable se describía a sí mismo como gordo y bien cuidado, bromeó con estos versos: Me verás gordo y brillante, con la piel bien cuidada, cuando quieras reír, un cerdo del rebaño de Epicuro. Pero incluso de los alimentos más baratos se debe evitar la saciedad. Pues nada abruma tanto el alma como un vientre lleno y

ardiente, que se revuelca de un lado a otro, y respira en eructos o en la expulsión de vientos. ¿Qué tipo de ayuno es ese, o qué tipo de recuperación después del ayuno, cuando estamos hinchados por los banquetes del día anterior, y nuestra garganta se convierte en un lugar de meditación de letrinas? Y mientras queremos buscar la fama de un ayuno más prolongado [Al. fama carere], comemos tanto que apenas la noche de otro día lo digiere. Por lo tanto, no debe llamarse tanto ayuno, como embriaguez, y una digestión fétida y molesta.

13. Dicaearchus, Xenofonte, Chaeremon.--- Dicaearchus, en sus libros de Antigüedades y en la descripción de Grecia, relata que bajo Saturno, es decir, en la era dorada, cuando la tierra producía todo, nadie comía carne, sino que todos vivían de frutos y frutas que la tierra generaba espontáneamente. Xenofonte explica en ocho volúmenes la vida de Ciro, rey de los persas, afirmando que se alimentaban de polenta, cardamomo, sal y pan común. Las mesas y la frugalidad de los lacedemonios son atestiguadas por el mismo Xenofonte, Teofrasto y casi todos los escritores de Grecia. Chaeremon, el estoico, un hombre elocuentísimo, narra sobre la vida de los antiguos sacerdotes de Egipto, que, dejando de lado todos los negocios y preocupaciones del mundo, siempre estaban en el templo; contemplaban las naturalezas, causas y razones de los astros; nunca se mezclaban con mujeres; nunca veían a sus parientes y familiares, ni siquiera a sus hijos, desde el momento en que comenzaban a servir al culto divino; siempre se abstendían de carne y vino, debido a la debilidad de los sentidos y el vértigo que sufrían por la poca comida: y principalmente por los apetitos de la lujuria, que nacen de estos alimentos y bebidas. Rara vez comían pan, para no sobrecargar el estómago. Y si alguna vez comían, tomaban hisopo triturado junto con la comida, para digerir el alimento más pesado con su calor. Solo conocían el aceite en las verduras, y aun así en poca cantidad, para suavizar el sabor áspero y la náusea. ¿Qué puedo decir, dice, sobre las aves, cuando incluso evitaban el huevo como carne, y la leche? Decían que uno era carne líquida y el otro sangre, con el color cambiado. Su lecho estaba tejido de hojas de palmera, que llamaban baias: un escabel inclinado, y de un lado oblicuo, lo colocaban en la tierra como almohada para la cabeza, soportando ayunos de dos o tres días. Los humores del cuerpo, que nacen del ocio y la permanencia en un solo lugar, los secaban con una gran moderación en la dieta.

14. Sectas de los judíos. Tres tipos de magos entre los persas. Gimnosofistas de los indios. Tres preceptos en el templo de Eleusis. ¿Quién es Antístenes?--- Josefo, en la segunda historia de la cautividad judía, en el libro dieciocho de Antigüedades, y en dos volúmenes contra Apión, describe tres doctrinas de los judíos: fariseos, saduceos, esenios. A los últimos los elogia con admiración, porque siempre se abstendían de mujeres, vino y carne, y convertían el ayuno diario en naturaleza. Sobre su vida, también Filón, un hombre muy docto, publicó un volumen propio. Neantes de Cízico y Asclepiades de Chipre, en la época en que Pigmalión reinaba en Oriente, escriben que no se consumía carne. Eubulo, quien explicó la historia de Mitra en muchos volúmenes, narra que entre los persas hay tres tipos de magos, de los cuales los primeros, que son los más doctos y elocuentes, no consumen más que harina y verduras. En Eleusis, también es costumbre abstenerse de aves, peces y ciertos frutos. Bardesanes, un hombre babilonio, divide a los gimnosofistas entre los indios en dos doctrinas: a uno lo llama brahmanes; al otro, samaneos: que son de tal continencia que se alimentan de los frutos de los árboles junto al río Ganges, o de arroz público, o de harina: y cuando el rey los visita, suele adorarlos y considera que la paz de su provincia depende de sus oraciones. Eurípides, en Creta, refiere que los profetas de Júpiter se abstendían no solo de carne, sino también de alimentos cocidos. El filósofo Jenócrates escribe sobre las leyes de Triptólemo en Atenas, que solo tres preceptos residen en el templo de Eleusis: honrar a los padres, venerar a los dioses, no comer carne. Orfeo en su poema detesta completamente el consumo de carne. La frugalidad de Pitágoras, Sócrates, Antístenes y los demás la

mencionaría para nuestra confusión, si no fuera porque sería largo y requeriría una obra propia. Este es ciertamente Antístenes, quien, después de haber enseñado retórica gloriosamente y haber escuchado a Sócrates, se dice que dijo a sus discípulos: "Vayan y busquen un maestro, porque yo ya lo he encontrado". Inmediatamente vendió lo que tenía, lo distribuyó públicamente, y no se reservó más que un manto. De su pobreza y laboriosidad, tanto Jenofonte en el Banquete como sus innumerables libros son testigos: algunos de los cuales escribió en estilo filosófico, otros en retórico. A este Antístenes lo siguió el famoso Diógenes, más poderoso que el rey Alejandro y vencedor de la naturaleza humana. Pues cuando Antístenes no aceptaba discípulos y no podía apartar a Diógenes perseverante, finalmente le amenazó con un garrote si no se iba. A lo que él se dice que inclinó la cabeza y dijo: "No habrá garrote tan duro que me pueda separar de tu servicio". Sáturo, quien escribe historias de hombres ilustres, relata que Diógenes usaba un manto doble por el frío: tenía una bolsa como despensa: llevaba consigo un garrote por la fragilidad de su cuerpo, con el que ya anciano solía sostener sus miembros, y era llamado vulgarmente "hemerobio", pidiendo y recibiendo comida de cualquiera en el momento presente. Habitaba en los vestíbulos de las puertas y pórticos de las ciudades. Y cuando se revolvía en un tonel, bromeaba diciendo que tenía una casa móvil, y que se adaptaba a los tiempos. Pues en invierno giraba la boca del tonel hacia el sur; en verano hacia el norte, y como el sol se inclinaba, también se giraba el palacio de Diógenes. En cierta ocasión, teniendo un cuenco de madera para beber, vio a un niño beber con la mano cóncava, y se dice que lo rompió contra el suelo, diciendo: "No sabía que la naturaleza también tenía un vaso". Su virtud y continencia también las indica su muerte. Pues cuando ya anciano se dirigía a los juegos olímpicos, que se celebraban con gran concurrencia de Grecia, se dice que fue tomado por la fiebre en el camino, y se recostó en el borde del camino: y cuando sus amigos querían llevarlo en una bestia o en un vehículo, no accedió: sino que, pasando a la sombra de un árbol, dijo: "Vayan, por favor, y continúen al espectáculo: esta noche me probará como vencedor o vencido. Si venzo a la fiebre, iré a los juegos: si la fiebre me vence, descenderé al inframundo". Y allí, durante la noche, con la garganta cerrada, no dijo que moría, sino que excluía a la fiebre con la muerte. Solo he puesto el ejemplo de un filósofo, para que nuestros jóvenes hermosos y robustos, que apenas rozan con la punta de los pies las huellas: cuyas palabras están en los puños, y los silogismos en los talones: que desconocen o desprecian la pobreza de los apóstoles y la dureza de la cruz, imiten al menos la moderación de los gentiles.

15. Ejemplos de la Escritura. Segunda inscripción de las tablas. Recomendación de los ayunos. Cunas de los monjes.--- He discutido estos argumentos y ejemplos de los filósofos. Ahora, pasando al origen de la humanidad, es decir, a los nuestros, enseñaré que Adán primero recibió el mandato en el paraíso de que, comiendo los demás frutos, ayunara de un solo árbol. La bienaventuranza del paraíso no pudo dedicarse sin la abstinencia de comida. Mientras ayunó, estuvo en el paraíso: comió, y fue expulsado: expulsado, inmediatamente tomó esposa. Quien ayunando en el paraíso fue virgen, saciado en la tierra se unió en matrimonio: y sin embargo, expulsado, no recibió inmediatamente la licencia de comer carne; sino que solo se le dieron frutos de los árboles y cereales de los campos, y verduras como alimento: para que, incluso exiliado del paraíso, no se alimentara de carne, que no había en el paraíso, sino de la similitud de los frutos del paraíso. Pero después, viendo Dios que el corazón del hombre estaba inclinado diligentemente hacia la maldad desde su juventud, y que su espíritu no podía permanecer en ellos, porque eran carne, condenó las obras de la carne con el Diluvio, y probando la gula ávida de los hombres, les dio licencia para comer carne: para que, al entender que todo les era lícito, no desearan con avidez lo que les era permitido; para que no convirtieran el mandato en causa de transgresión. Aunque incluso entonces se ordenó el ayuno en parte. Pues cuando unas cosas se dicen limpias, otras impuras: y en el

Arca de Noé se introducen de las impuras dos, de las limpias en número impar (y ciertamente se prohibió el consumo de las impuras, para que no se dijeran impuras sin razón), se dedicó el ayuno en parte, enseñando la abstinencia de todos en la eliminación de algunos. ¿Por qué perdió Esaú su primogenitura? ¿No fue por la comida? Y no pudo enmendar la impaciencia de su gula con lágrimas. El pueblo de Israel, expulsado de Egipto y a punto de ser introducido en la tierra prometida que mana leche y miel, deseaba las carnes egipcias, los melones y los ajos. "Ojalá", decían, "hubiéramos muerto golpeados por el Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne" (Éxodo XVI, 3). Y de nuevo: "¿Quién nos dará carne para comer? Recordamos los peces que comíamos gratis en Egipto, y los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. Pero ahora nuestra alma está seca, no vemos nada más que este maná" (Números XXXI, 4, 5). Despreciando el alimento de los ángeles, suspiraban por las carnes egipcias. Moisés, durante cuarenta días y noches ayunando en el monte Sinaí, probando también entonces que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra de Dios, habla con el Señor: pero el pueblo, saciado, fabrica ídolos. Él, con el vientre vacío, recibe la ley escrita con el dedo de Dios. Ellos, comiendo y bebiendo, y levantándose para jugar, funden oro en un becerro, y prefieren el buey egipcio a la majestad del Señor. El trabajo de tantos días se pierde en una hora de saciedad. Moisés rompe audazmente las tablas: pues sabía que los ebrios no podían escuchar la palabra de Dios. "Se ha engordado, se ha hecho grueso, se ha ensanchado, y ha pateado el amado, y ha abandonado al Señor que lo hizo, y se ha apartado de Dios su salvador" (Deuteronomio XXXII, 15). Por eso, en el mismo Deuteronomio se ordena: "No sea que cuando hayas comido y bebido, y hayas construido buenas casas, y tus ovejas y bueyes se hayan multiplicado, y tu plata y oro, se ensalce tu corazón, y olvides al Señor tu Dios" (Deuteronomio VIII, 12-14). Finalmente, el pueblo comió y su corazón se engrosó, para que no viera con los ojos, ni oyera con los oídos, ni comprendiera con el corazón: y el pueblo, alimentado y más gordo, no pudo soportar la conversación de Dios con Moisés, que ayunaba, y según la Verdad Hebrea, estaba coronado por la conversación con Dios. Por eso, nuestro Señor y Salvador, no por la indiferencia entre la virginidad y el matrimonio, como algunos piensan, sino por la compañía de los ayunos, mostró a Moisés y Elías transfigurados con él en el monte en gloria. Aunque Moisés y Elías mostraron propiamente el tipo de la Ley y los Profetas: como claramente testifica la Escritura del Evangelio: "Hablaban de su partida que iba a cumplir en Jerusalén" (Lucas IX, 31). Pues la pasión del Señor no la anuncian la virginidad y el matrimonio, sino la Ley y los Profetas. Y si insisten en que en Moisés se demuestra el matrimonio, y en Elías la virginidad, escuchen brevemente que Moisés murió y fue sepultado, y Elías, arrebatado en un carro de fuego, comenzó a ser inmortal antes de morir. Pero tampoco la segunda redacción de las tablas pudo obtenerse sin ayuno. Lo que la embriaguez había perdido, lo encontró el ayuno. De lo cual se muestra que podemos regresar al paraíso por el ayuno, de donde fuimos expulsados por la saciedad. En Éxodo, contra Amalec, se luchó con la oración de Moisés y el ayuno de todo el pueblo hasta la tarde (Éxodo XVII). Josué, hijo de Nun, ordenó al sol y a la luna detenerse: y prolongó el ayuno de más de un día del ejército victorioso (Josué X). Saúl, como se escribe en el primer libro de los Reyes: "Maldito sea el que coma pan hasta la tarde, hasta que me venga de mis enemigos". Y no probó alimento todo su pueblo, y toda la tierra ayunaba (1 Samuel XIV, 24). Y tal fue la autoridad del ayuno una vez destinado al Señor, que Jonatán, quien había sido la causa de la victoria, fue descubierto por sorteo, y no pudo evitar el crimen de ignorancia, y provocó la mano de su padre contra él, y apenas fue salvado por las súplicas del pueblo. Elías, preparado por un ayuno de cuarenta días, vio a Dios en el monte Horeb, y oyó de él: "¿Qué haces aquí, Elías?" Esta voz es mucho más familiar que aquella en el Génesis: "Adán, ¿dónde estás?" (Génesis III, 9). Pues aquella aterraba al que había comido y estaba perdido: esta halagaba al siervo que ayunaba. Samuel, habiendo reunido al pueblo en Mizpa, lo fortaleció con un ayuno, y lo hizo más fuerte que sus enemigos. El ímpetu de los

asirios y el poder de Senaquerib fueron quebrantados, derrotados y vencidos por las lágrimas de Ezequías, el saco y la humillación del ayuno. Y por el contrario, la ciudad de Nínive desvió la ira inminente del Señor con la misericordia de los ayunos: lo que también habrían aplacado Sodoma y Gomorra, si hubieran querido hacer penitencia, y conciliar las lágrimas de la penitencia con el ayuno que intercede. El rey Acab, el más impío, para evitar la sentencia de Dios y que la destrucción de su casa se pospusiera a sus descendientes, obtuvo con el ayuno y el saco. Ana, esposa de Elcana, mereció llenar su vientre vacío de comida con un hijo. Los magos en Babilonia están en peligro, todo adivino y augur y arúspice es asesinado (Daniel I y II). Daniel y los tres jóvenes merecen la revelación con el ayuno; y alimentados con legumbres, son más hermosos y prudentes que aquellos que se alimentaban de carne de la mesa del rey. Luego está escrito que Daniel ayunó tres semanas; no comió pan sabroso: carne y vino no entraron en su boca: no fue ungido con aceite; y vino a él un ángel, diciendo: "Daniel, hombre muy amado" (Daniel IX, 23). Quien había aparecido muy amado a Dios, después del ayuno fue terrible para los leones en el foso. Qué hermosa cosa, que aplaca a Dios, mitiga a los leones, aterroriza a los demonios (Daniel XIV). Se envía a él (aunque no lo encontramos en los volúmenes hebreos) a Habacuc llevando el almuerzo de los segadores. Pues tal servidor de mesa había merecido con el ayuno de semanas. David, en peligro por su hijo, después del adulterio, hace confesión en ceniza y ayuno, diciendo: "Porque comía ceniza como pan, y mezclaba mi bebida con llanto" (Salmo CI, 10). Y, "Se debilitaron mis rodillas con el ayuno" (Salmo CVIII, 24). Y ciertamente ya había oído de Natán: "El Señor ha quitado de ti este pecado" (2 Samuel XII, 13). Sansón y Samuel no beben vino ni sidra. Pues eran hijos de la promesa, y concebidos por la abstinencia y el ayuno. Aarón y los demás sacerdotes, al entrar en el Templo, no beben nada que pueda embriagar, para que no mueran (Éxodo X). De lo cual entendemos que mueren aquellos que no ministran sobrios en la Iglesia. Por eso se reprocha a Israel: "Dabais a beber vino a mis nazareos" (Amós II, 12). Jonadab, hijo de Recab, ordenó a sus hijos que no bebieran vino para siempre. A quienes, cuando Jeremías les ofreció vino para que bebieran, y ellos no quisieron beber, el Señor habla por el Profeta: "Porque obedecisteis al mandato de Jonadab vuestro padre, no faltará hombre de la descendencia de Jonadab hijo de Recab, que esté en mi presencia todos los días" (Jeremías XXXV, 8). En las puertas del Evangelio, se introduce a Ana, hija de Fanuel, una sola vez casada, siempre ayunando; y el Señor virgen fue recibido por una larga castidad y largos ayunos. Su precursor y heraldo Juan se alimenta de langostas y miel silvestre, no de carne: y la habitación del desierto y las cunas de los monjes comienzan con tales alimentos. Pero el mismo Señor dedicó su bautismo con un ayuno de cuarenta días; y enseñó que los demonios más feroces no pueden ser superados sino con oración y ayunos. Cornelio el centurión, para recibir el Espíritu Santo antes del bautismo, lo mereció con limosnas y frecuentes ayunos. El apóstol Pablo, después del hambre y la sed, y sus otros trabajos, y peligros de ladrones, naufragios, soledades, enumera frecuentes ayunos. Y a su discípulo Timoteo, que sufría de estómago y muchas enfermedades, le aconseja una pequeña cantidad de vino: "Ya no bebas agua", dice, "sino usa un poco de vino" (1 Timoteo V, 23). A quien le dice "ya no bebas agua", muestra que antes bebía agua. Lo cual no concedería, si no lo pidieran las frecuentes enfermedades y el dolor de estómago.

16. Herejes que rechazan alimentos.---El Apóstol reprueba (I Tim. IV) a aquellos que prohibían el matrimonio y ordenaban abstenerse de alimentos que Dios creó para ser consumidos con acción de gracias: pero también señala a Marción, a Taciano y a otros herejes que imponen una abstinencia perpetua para destruir, despreciar y abominar las obras del Creador. Nosotros, sin embargo, alabamos toda criatura de Dios: y preferimos la delgadez a la gordura, la abstinencia a la lujuria, el ayuno a la saciedad. Pues el hombre trabaja para sí

mismo en sus labores y se esfuerza hasta su propia destrucción (Prov. XVI, 26, según LXX). Y, desde los días de Juan el Bautista (ayunador y virgen), el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatán (Mat. XI, 12). Tememos, en efecto, que a la llegada del juez eterno, como en los días del Diluvio y de la destrucción de Sodoma y Gomorra, seamos sorprendidos comiendo, bebiendo, casándonos y dándonos en matrimonio. Pues tanto el Diluvio como el fuego del cielo encontraron saciedad y matrimonios para destruir. No es de extrañar que el apóstol ordene comprar y comer todo lo que se vende en el mercado (I Cor. X), ya que para los idólatras que aún comían en los templos de los ídolos, como si fueran sacrificios a los ídolos, la máxima abstinencia era abstenerse solo de los alimentos de los gentiles (I Cor. X). Si habla a los Romanos: "El que come, no desprecie al que no come; y el que no come, no juzgue al que come" (Rom. XIV, 3); no distribuye méritos iguales entre el ayuno y la saciedad, sino que habla contra aquellos que, creyendo en Cristo, aún judaizaban: y advierte a los que habían creído de entre los gentiles que no escandalicen con su comida a aquellos que aún eran más débiles en la fe. Finalmente, en los siguientes versículos dice lo mismo: "Sé y confío en el Señor Jesús que nada es impuro en sí mismo, sino que para quien piensa que algo es impuro, para él lo es. Si por causa de la comida tu hermano se entristece, ya no andas conforme al amor. No destruyas con tu comida a aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, blasfemado vuestro bien. Porque el reino de Dios no es comida ni bebida" (Ibid., 14, ss.). Y para que nadie piense que esto se dice sobre los ayunos y no sobre la superstición judía, inmediatamente explica: "Uno cree que puede comer de todo. Pero el que es débil, come legumbres" (Ibid., 2). Y de nuevo: "Uno juzga un día más que otro, otro juzga todos los días iguales. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente. El que observa el día, lo hace para el Señor. Y el que come, come para el Señor, pues da gracias a Dios. Y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios" (Ibid., 5, ss.). Pues aquellos que aún eran débiles en la fe, consideraban algunas carnes limpias y otras impuras: y pensaban que había diferencia entre un día y otro, por ejemplo, que el sábado, las lunas nuevas y la fiesta de los tabernáculos eran más santos que los demás días, se les ordena comer legumbres, que son consumidas indistintamente por todos. Pero aquellos que eran más firmes en la fe, creían que todas las carnes y todos los días eran iguales.

17. Ayuno de los cristianos. Sepulcros de la concupiscencia perseveran. Santificación del ayuno.--- Lo que se ha atrevido a proponer, que el Señor fue llamado por los fariseos glotón y bebedor de vino: y que asistió a banquetes de bodas y no despreció los convites de los pecadores, creo que está de acuerdo con nosotros. Este es el Señor, como piensas, glotón, que santificó el ayuno de los cristianos durante cuarenta días; que llama bienaventurados a los que tienen hambre y sed; que dice tener un alimento que no es el que los discípulos sospechaban, sino el que no perece para siempre; que prohíbe preocuparse por el día de mañana; que, aunque se dice que tuvo hambre y sed, y que frecuentemente asistió a comidas, excepto en el misterio que expresó como figura de su pasión, y para probar la verdad de su cuerpo, no se le atribuye haber servido a la gula ni al vientre. Que narra al rico vestido de púrpura en el infierno por sus banquetes, y a Lázaro pobre en el seno de Abraham por su ayuno. Que cuando ayunamos, manda ungir la cabeza y lavar el rostro, para que no ayunemos para la gloria de los hombres, sino para el Señor. Que comió después de la resurrección parte de un pez asado y un panal, no por hambre ni por el placer del paladar, sino para comprobar la verdad de su cuerpo. Pues cada vez que resucitó a un muerto, mandó que se le diera de comer, para que la resurrección no se considerara un fantasma. Y Lázaro, después de la resurrección, se dice que participó en un banquete con el Señor por esta razón. No decimos esto para negar que los peces y otras cosas (si se desea) deban ser consumidos en la comida: sino que, así como preferimos la virginidad al matrimonio, así preferimos el ayuno y el espíritu a la saciedad y las carnes. Si Pedro subió al cenáculo a la hora sexta para comer, el

hambre fortuita no prejuzga los ayunos. Pues de este modo también el Señor, porque se sentó cansado junto al pozo de la samaritana a la hora sexta y quiso beber, todos estarían obligados, quieran o no, a beber a esa hora. Podría haber sido que fuera sábado o domingo: y después de un ayuno de dos o tres días, tuviera hambre a la hora sexta; pues nunca creería que el apóstol, si había cenado el día anterior y estaba lleno de comida, tuviera hambre al mediodía del día siguiente. Si cenó el día anterior y tuvo hambre antes del almuerzo del día siguiente, no creo que haya comido hasta saciarse, quien pudo tener hambre tan pronto. Por otra parte, si Dios habla por Isaías, diciendo que no ha elegido tal ayuno: "En los días de vuestros ayunos encontráis vuestras propias voluntades, y oprimís a vuestros subordinados, y ayunáis para pleitos y contiendas, y herís con el puño: no he elegido tal ayuno, dice el Señor" (Isa. LIII, 3, ss.). Enseña cuál ha elegido: "Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin techo llévalos a tu casa. Si ves a un desnudo, cúbrelo: y no desprecies a los de tu propia carne" (Ibid., 7). No rechazó el ayuno, sino que mostró cuál deseaba: pues no es la hambre del vientre lo que agrada a Dios, que las contiendas, los robos y las lujurias destruyen. Si Dios no quiere el ayuno, ¿cómo manda en Levítico que en el séptimo mes, el décimo día del mes, todo el pueblo ayune hasta la tarde: y que quien no afligiere su alma, muera y sea exterminado de su pueblo? ¿Por qué los sepulcros de la concupiscencia, donde el pueblo entregado a las carnes cayó, perseveran hasta hoy en el desierto? Y se dice que el pueblo grueso vomitó codornices hasta la cólera. ¿Por qué el hombre de Dios (III Reg. XIII), por cuya profecía se secó la mano del rey Jeroboam, fue inmediatamente castigado por comer contra el edicto de Dios? y el león que guardó intacta a la asna, no perdonó al profeta que se levantó del banquete. Quien había hecho milagros en ayunas, pagó inmediatamente las penas de la saciedad al comer. Pero también Joel clama: "Santificad un ayuno: proclamad una curación" (Joel. I, 14; II, 15), para mostrar que el ayuno se santifica con las demás obras: y que el ayuno santificado aprovecha para la curación de los pecados. Así como la imitación de las vírgenes del diablo no perjudica a la verdadera virginidad; tampoco a los verdaderos ayunos, el Casto de Isis y Cibeles, y la abstinencia eterna de ciertos alimentos; especialmente cuando entre ellos el ayuno de pan se compensa con la gordura de las carnes. Y así como las señales que hacía Moisés eran imitadas por las señales de los egipcios, pero no eran verdaderas: pues la vara de Moisés devoraba las varas de los magos: así en todo lo que el diablo hace por emulación de Dios, no se acusa la superstición de nuestra religión, sino nuestra negligencia, al no querer hacer lo que es bueno, que incluso los hombres del mundo no ignoran.

18. Cuarta proposición de Joviniano.---«La cuarta proposición, que es también la última, es que hay dos órdenes, de ovejas y de cabras: uno de justos, otro de pecadores: unos están a la derecha, otros a la izquierda; y los justos oyen: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. XXV, 34). A los pecadores se les dice: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Ibid., 41). Un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni un árbol malo dar buenos. Por eso el Salvador dice a los judíos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre" (Juan VIII, 43). Propone las diez vírgenes, necias y prudentes, y las cinco que no tenían aceite, quedaron afuera: pero las otras cinco, que se prepararon la luz de las buenas obras, entraron al tálamo con el esposo. Llega al diluvio, y dice: Los que estaban con Noé, justos, fueron salvados: pero los pecadores, todos perecieron en común. En Sodoma y Gomorra, excepto por los dos grados de buenos y malos, no se encuentra ninguna diversidad. El justo es rescatado: el pecador es devorado por el mismo incendio. Una salvación para los liberados, una destrucción para los que permanecen. No se debe desviar ni un poco de la justicia, como lo demuestra la esposa de Lot. Si, sin embargo, me opones que el justo sufre en paz o en persecuciones, si no hay progreso ni mayores recompensas: debes saber que lo hace, no para merecer más, sino para no perder lo que ha

recibido. En Egipto, las diez plagas las sienten igualmente todos los pecadores: y las mismas tinieblas amenazan al amo y al siervo, al noble y al ignoble, al rey y al pueblo. Pero para los santos de Dios y el pueblo de Israel había una sola luz. Y en el Mar Rojo, los justos pasan igualmente, los pecadores son igualmente sumergidos. Seiscientos mil hombres, sin contar a los niños y mujeres, caen igualmente en el desierto, y dos que eran iguales en justicia, son igualmente liberados. Durante cuarenta años, todo Israel sufre y muere de la misma manera. La medida de maná es la misma para todas las edades: las vestiduras no se desgastan, el cabello no crece, la barba no aumenta, el calzado dura igual para todos. Los pies no se endurecen: el alimento sabe igual en la boca de todos. Avanzaban hacia una misma estación con igual trabajo y recompensa. Todo hebreo tiene una Pascua igual, tabernáculos iguales, un sábado igual, lunas nuevas iguales. En el séptimo año de descanso, sin distinción de personas, se libera, y en el jubileo se perdonan todas las deudas a todos, y el vendedor regresa a su antigua posesión.»

19. La parábola en el Evangelio (Mat. XIII, y Luc. VIII) del sembrador, en la que en la buena tierra surge fruto al ciento, al sesenta y al treinta por uno: y, por el contrario, en la mala tierra, se indica una triple variedad de esterilidad, la divide en dos órdenes, de buena tierra y mala. «Y así como el Señor promete a los apóstoles por haber dejado hijos y esposas, en un Evangelio cien veces, en otro siete veces, y en el futuro la vida eterna (Mat. XIX, Marc. X, Luc. XVIII): y no hay diferencia entre cien y siete; así también en esto el número no hace prejuicio, donde se predica la fertilidad de esta tierra: especialmente cuando el evangelista Marcos cuenta hacia atrás treinta, sesenta y cien. Dice el Señor: "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él" (Juan VI, 55). Así como Cristo está en nosotros sin ninguna diferencia de grados; así también nosotros estamos en Cristo sin grados. Todo el que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV, 23). Pues donde hay tal habitante, creo que nada puede faltar al huésped. Pero si dice: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Juan XIV, 2), no significa diferentes moradas en el reino de los cielos; sino el número de Iglesias en todo el mundo, que consta de una a través de siete. "Voy", dice, "y os prepararé un lugar" (Ibid., 2), no lugares. Si esta promesa es propiamente de los doce apóstoles, entonces Pablo está excluido de este lugar, y el vaso de elección será considerado superfluo e indigno. ¿Juan y Santiago, porque pidieron más que los demás, no lo obtuvieron? y sin embargo, su dignidad no fue disminuida, porque fueron iguales a los demás apóstoles. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo? (I Cor. III, 16, y VI, 19). Templo, dice, no templos; para mostrar igualmente en todos al habitante Dios. No ruego solo por estos, sino por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que como tú, Padre, en mí, y yo en ti somos uno; así también todos sean uno en nosotros. La gloria que me diste, se la he dado a ellos: los he amado, como tú me has amado (Juan XVII, 20). Y así como nosotros somos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo un solo Dios, así también un solo pueblo esté en ellos, esto es, como hijos muy amados, partícipes de la naturaleza divina. Esposa, hermana, madre, y cualquier otro nombre que pienses, es la congregación de una sola Iglesia, que nunca está sin esposo, hermano, hijo. Tiene una sola fe, no se corrompe con la variedad de dogmas, ni se divide por herejías. Permanece virgen. A dondequiera que va el cordero, lo sigue: solo ella conoce el Cántico de Cristo.

20. «Si, sin embargo, me opones: "Una estrella difiere de otra en gloria", escucharás que una estrella difiere de otra, esto es, los espirituales de los carnales. Amamos igualmente a todos los miembros, no preferimos el ojo al dedo, ni el dedo a la oreja: pero en la pérdida de cada uno, hay un dolor común de los miembros. Entramos igualmente en este mundo, y salimos igualmente de él. Un Adán terrenal, y otro celestial. El que esté en el terrenal, está a la

izquierda y perecerá: el que esté en el celestial, está a la derecha y será salvado. El que diga a su hermano fatuo, y raca, será culpable de la gehena. Y el que sea homicida y adúltero, será igualmente arrojado a la gehena. En la persecución, el que es quemado, el que es ahogado, el que es decapitado, el que huye, el que muere encerrado en la cárcel: son diversos géneros de lucha, pero una sola corona de vencedores. Entre el hermano que siempre estuvo con el padre, y el que después se arrepintió y fue recibido, no hay diferencia. A los obreros de la primera hora, y de la tercera, y de la sexta, y de la novena, y de la undécima, se les da igualmente un denario: y para que te admires más, el premio comienza con aquellos que menos trabajaron en la viña.»

21. Jerónimo. Predicación verdadera del Anticristo.---Con estos y otros testimonios semejantes de las Escrituras divinas, que el astuto disputador inclina hacia la perversidad de su dogma, ¿quién no sería tentado, incluso de los elegidos de Dios? Y lo que el apóstol Juan dice, que han venido muchos anticristos (I Juan II), esta es la verdadera predicación del Anticristo, que no hace ninguna diferencia entre el mismo Juan y el último penitente. Al mismo tiempo, me maravillo de cómo la serpiente resbaladiza y nuestro Proteo se transforma en monstruos de diversas formas. Pues quien en el coito y la saciedad es epicúreo, de repente en la retribución de los méritos se convierte en estoico. Cambia Jerusalén por Citio, Judea por Chipre, a Cristo por Zenón. Si no se permite desviarse un poco de las virtudes, y todos los pecados son iguales, y es culpable del mismo crimen quien roba pan por hambre y quien mata a un hombre: tú también eres culpable de los mayores crímenes. Por otra parte, es diferente si dices que no tienes ni siquiera los pecados más pequeños, y mientras todos los apóstoles y profetas, y los santos, según lo que discutí en la segunda proposición, se lamentan de ser pecadores, tú solo te glorías de tu justicia. Antes andabas descalzo: ahora no solo calzado, sino también adornado. Entonces vestías una túnica peinada y una camisa negra, sucio, pálido, y con la mano endurecida por el trabajo; ahora caminas adornado con vestiduras de lino y seda, y con ropas de Atreates y Laodicea. Las mejillas están sonrojadas, la piel brilla, el cabello se peina hacia atrás y hacia la frente: el vientre está hinchado, los hombros se levantan, el cuello se hincha, y de la garganta obesa apenas se emiten palabras sofocadas. Ciertamente, en tanta diversidad de comida y vestido, es necesario que haya pecado aquí o allá. No porque afirme que hay pecado en la comida o en las vestiduras: sino porque la variedad y el cambio a peor están cerca de la reprensión. Lo que se reprende, está lejos de la virtud: lo que está lejos de la virtud, se entrega al vicio: lo que se acusa de vicioso, se une al pecado. Lo que es pecado, según tu sentencia, se describe en la parte izquierda y en el rebaño de las cabras. O vuelves a tu antiguo propósito, para que puedas ser oveja a la derecha: o si cambias tu anterior sentencia por una perversa penitencia: quieras o no, aunque te hayas afeitado la barba, serás contado entre las cabras.

22. Serie de proposiciones de Joviniano. Qué cantaban los niños en las escuelas.---Pero, ¿de qué sirve llamar tuerto al tuerto y demostrar la inconstancia del acusador, si la serie de proposiciones debe ser refutada? No negamos que las ovejas y los cabritos a la derecha y a la izquierda representan dos órdenes de justos y pecadores. No hay duda de que un árbol bueno no produce frutos malos, ni uno malo produce buenos. También dividimos a las diez vírgenes en sabias y necias, en buenas y malas. No ignoramos [o no negamos] que en el Diluvio los justos fueron liberados y los pecadores fueron sumergidos por las aguas. En Sodoma y Gomorra, es evidente para todos que el justo fue rescatado y los impíos consumidos por el fuego. Sabemos que Egipto fue golpeado con diez plagas y que Israel fue salvado. En el Mar Rojo, los justos cruzaron y Faraón con su ejército fue sumergido, incluso los niños pequeños cantan esto en las escuelas. Las Escrituras enseñan que seiscientos mil cayeron en el desierto por su incredulidad, y solo dos entraron en la tierra prometida, y el resto, hasta los

trabajadores de la viña, los has descrito en dos órdenes de buenos y malos. Pero, ¿cómo es que, porque hay una división entre buenos y malos, afirmas que entre los mismos buenos, o al contrario, los malos, no hay diferencia alguna, y que no importa si alguien es un carnero o una ovejita en el rebaño? ¿Si tienen lana de primera o de segunda? ¿Si el rebaño es sarnoso y enfermo, o vigoroso y saltarán? Especialmente cuando Ezequiel, con la autoridad de su profecía, demuestra la diferencia entre oveja y oveja, diciendo: "He aquí, yo juzgo entre oveja y oveja, entre carneros y cabritos, y entre oveja gorda y flaca. Porque con los costados y los hombros empujabais, y con vuestros cuernos embestíais a todas las ovejas débiles, hasta que se dispersaron" (Ezequiel 34, 17, 20). Y para que sepamos qué son estas ovejas, inmediatamente añade: "Vosotros, mis ovejas, ovejas de mi pasto, sois hombres". ¿Será entonces Pablo lo mismo que aquel penitente que había dormido con la esposa de su padre, porque fue recibido en la Iglesia después de la penitencia; y porque está a la derecha, brillará en la misma gloria que el Apóstol? ¿Y cómo es que en un solo campo hasta la cosecha y la consumación del mundo crecen juntos la cizaña y el trigo? ¿Con qué consecuencia los peces buenos y malos están contenidos en la red [o red] de Cristo y en la red del Evangelio? ¿Por qué en el tipo de la Iglesia, en el Arca de Noé, hay diferentes animales, y según la calidad de los méritos, hay diferentes mansiones? ¿Por qué la reina está a la derecha del Señor [o tuya] vestida de oro, rodeada de variedad? ¿Por qué José, en la forma de Cristo, tenía una túnica de muchos colores? ¿Por qué el Apóstol habla a los Romanos: "A cada uno según Dios le ha dado la medida de la fe"? Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro del otro. Tenemos diferentes dones según la gracia que nos ha sido dada, ya sea profecía según la medida de la fe, ya sea ministerio en ministrar, ya sea el que enseña en la enseñanza, el que exhorta en la exhortación, el que da en simplicidad, el que preside con diligencia, y lo demás (Romanos 12, 3 y siguientes). Y en otro lugar: "Uno juzga un día más que otro, otro juzga todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente" (Romanos 14, 5). Y a los Corintios: "Yo planté, 360 Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. El que planta y el que riega son uno. Pero cada uno recibirá su recompensa según su trabajo. Porque somos colaboradores de Dios. Vosotros sois el campo de Dios, el edificio de Dios" (1 Corintios 3, 6 y siguientes). Y nuevamente en otro lugar: "Según la gracia de Dios que me ha sido dada, como sabio arquitecto puse el fundamento, y otro edifica sobre él. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Jesucristo. Si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará manifiesta. Porque el día del Señor la revelará, porque será revelada por el fuego, y el fuego probará la obra de cada uno, de qué clase es. Si la obra de alguien permanece, recibirá recompensa. Si la obra de alguien se quema, sufrirá pérdida. Pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (1 Corintios 3, 10 y siguientes). Si aquel cuya obra se quemó y pereció y sufrió la pérdida de su trabajo, perderá ciertamente la recompensa de su trabajo, pero él mismo será salvo, no obstante, no sin la prueba del fuego: por lo tanto, si la obra de alguien permanece, que edificó sobre ella, será salvo sin la prueba del fuego, y entre salvación y salvación ciertamente habrá alguna diferencia. También en otro lugar: "Así que, que el hombre nos considere como ministros de Cristo, y administradores de los misterios de Dios" (1 Corintios 4, 1, 2). Aquí ya se busca entre los administradores, que se encuentre fiel (1 Corintios 4, 1, 2). ¿Quieres saber que entre administrador y administrador hay mucha diferencia (no hablo de malos y buenos, sino de los mismos buenos que están a la derecha)? Escucha lo siguiente: "¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas comen de las cosas del templo? Y los que sirven al altar participan del altar. Así también el Señor ordenó que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio. Pero yo no he usado ninguno de estos derechos. No escribo esto para que se haga

así conmigo. Porque prefiero morir antes que alguien haga vana mi gloria. Porque si predico el Evangelio, no tengo de qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio! Porque si lo hago de buena voluntad, tengo recompensa; pero si lo hago de mala gana, se me ha confiado una administración. ¿Cuál es entonces mi recompensa? Que predicando el Evangelio, lo haga sin costo, para no abusar de mi derecho en el Evangelio. Porque siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos, para ganar a más" (1 Corintios 9, 13 y siguientes). ¿Puedes decir que pecan aquellos que viven del Evangelio y que participan de los sacrificios? Ciertamente no; porque el Señor ordenó que los que predicán el Evangelio vivan del Evangelio; pero el Apóstol, que no abusa de este derecho, sino que trabaja con sus manos para no ser una carga, y trabaja día y noche, y ministra a los que están con él, ciertamente lo hace para que, trabajando más, reciba más recompensa.

23. Pasemos a lo demás. Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu. Y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor. Y hay diversidad de operaciones, pero el mismo Dios, que opera todo en todos. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho (1 Corintios 12, 4 y siguientes). Y nuevamente: "Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo" (1 Corintios 12, 12). Pero para que no digas que en un cuerpo los diferentes miembros tienen el mismo mérito, inmediatamente describe los grados de la Iglesia, y dice: "Y a unos puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, después maestros, luego milagros, luego dones de sanidades, ayudas, gobiernos, diversidad de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidades? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores, y aún os muestro un camino más excelente" (1 Corintios 12, 28 y siguientes). Y después de haber discutido ampliamente sobre las virtudes de la caridad, añadió: "Las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, y el conocimiento se desvanecerá. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará" (1 Corintios 13, 8-10). Y en lo que sigue: "Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad" (1 Corintios 13, 13). Seguid la caridad, procurad los dones espirituales, pero sobre todo que profeticéis (1 Corintios 14, 1). Y nuevamente: "Quisiera que todos hablaseis en lenguas, pero más que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas" (1 Corintios 14, 5). Y nuevamente: "Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros" (1 Corintios 14, 18). Donde hay diferentes dones, y uno es mayor, otro menor, y todos son llamados espirituales, ciertamente son ovejas, y están a la derecha, y hay alguna diferencia entre oveja y oveja. Pablo el Apóstol habla de humildad: "Yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido en vano para conmigo; antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (1 Corintios 15, 9, 10). Sin embargo, en lo que se humilla, muestra que puede haber apóstoles menores y mayores, y quien es llamado vaso de elección, y trabajó más que todos, Dios no es injusto para olvidar su obra, y no compensará con igual recompensa un mérito desigual. Luego leemos: "Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados; pero cada uno en su debido orden" (1 Corintios 15, 22). Cuando [o Porque] cada uno resucitará en su orden, ciertamente hay diferentes méritos entre los que resucitan. No toda carne es la misma carne; sino que una es la carne de los hombres, otra la de los animales, otra la de las aves, y otra la de los peces. Y hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella difiere de otra en gloria. Así también será la resurrección de los muertos" (1 Corintios 15, 39 y siguientes). Lo que tú,

como intérprete docto, has expuesto diciendo que los espirituales difieren de los carnales. Entonces, ¿también los espirituales y los carnales estarán en los cielos, y ya no solo tus ovejas, sino también tus cabritos ascenderán al reino de los cielos? "Una estrella", dice, "difiere de otra en gloria": no ovejas y cabritos, sino ovejas y ovejas, es decir, estrella y estrella. Finalmente, dice: "Una es la gloria del sol, y otra la gloria de la luna". Para que no afirmaras que toda la raza humana es como estrella y estrella, puso el sol y la luna, que ciertamente no podrás contar entre los cabritos. Así, dice, será la resurrección de los muertos, para que los justos brillen con la claridad del sol, y los que están en el siguiente grado resplandezcan con el esplendor de la luna, para que uno sea el Lucero del Alba, otro Arcturo, otro Orión, otro Mazzaroth, y los demás nombres de estrellas que están contenidas en el volumen sagrado de Job. Porque todos, dice, debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (2 Corintios 5, 10). Y para que no digas que comparecemos ante el tribunal de Cristo para que los buenos reciban lo bueno y los malos lo malo, en la misma Epístola enseña: "El que siembra escasamente, escasamente segará; y el que siembra en bendiciones, de bendiciones segará" (2 Corintios 9, 6). Ciertamente, tanto el que siembra más como el que siembra menos están del lado derecho. Y aunque es un solo tipo de siembra, sin embargo, difieren en medida y número. El mismo Pablo escribe a los Efesios: "Para que ahora, por medio de la Iglesia, la multiforme sabiduría de Dios sea dada a conocer a los principados y potestades en los cielos" (Efesios 3, 10). Ves que en los diferentes ejércitos de la Iglesia, se proclama la sabiduría multiforme y variada de Dios. También en la misma Epístola: "Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo": no que la medida de Cristo sea diferente, sino que se infunde tanta gracia como podemos recibir.

24. Por lo tanto, en vano replicas ovejas y cabritos, cinco y cinco vírgenes, egipcios e israelitas, y otras cosas por el estilo, porque no hay retribución en el presente, sino en el futuro. Por eso se promete el día del juicio en la consumación, porque ahora no hay juicio. En vano se llama el día final del juicio, si Dios juzga ahora. Actualmente navegamos, luchamos y peleamos, para que al final lleguemos al puerto, seamos coronados, triunfemos. Pero tú, de manera perversa y resbaladiza, propones la conducta de este siglo presente como ejemplos de los futuros, cuando ciertamente aquí hay injusticia, allí justicia: hasta que entremos en el santuario de Dios y entendamos en sus postrimerías. ¿No muere de manera diferente el santo y el pecador? ¿En el mismo mar los que navegan tienen la misma tranquilidad y tempestad? ¿No muere de manera diferente el ladrón y el mártir? ¿No nacen de manera diferente los hijos de adulterio y prostitución que de matrimonios castos? Ciertamente el Señor y los ladrones fueron crucificados con el mismo juicio. Si el juicio de este siglo es el mismo que el del futuro, entonces los que aquí fueron crucificados juntos, también serán considerados de la misma manera en el futuro. Pablo y los que lo encadenaron navegan juntos, soportan la misma tempestad, y cuando el barco se rompe por las olas, llegan juntos a la orilla. No puedes negar que entre el prisionero y los que lo encadenan hay diferentes méritos. ¿Y cómo es que el naufragio del Apóstol y de los soldados es uno? Después, el Apóstol Pablo relata una revelación, y dice que los que estaban en el barco le fueron dados por el Señor. ¿Acaso el que recibe y los que son dados tienen el mismo mérito? Diez santos pueden salvar una ciudad pecadora. Lot fue rescatado del incendio con sus hijas: también habrían sido liberados sus yernos si hubieran querido salir. Y ciertamente hay mucha diferencia entre Lot y sus yernos. Segor, una ciudad de la pentápolis, es liberada, y aunque era de la misma condición y estaba sujeta a la misma sentencia que Sodoma y Gomorra, Adama y Seboim, es protegida por las oraciones de los santos. He aquí un mérito diferente en Lot y Segor, y sin embargo, escapan juntos del incendio. Los bandidos que, en ausencia de David, saquearon Siceleg y llevaron a sus esposas e hijos como botín, son derrotados en el campo al tercer día, y cuatrocientos

hombres escapan montados en camellos. Di si hay alguna diferencia entre los que fueron derrotados y los que pudieron escapar. Leemos en el Evangelio que la torre de Siloé cayó sobre dieciocho hombres y los mató. Ciertamente, según la sentencia del Salvador, no eran los únicos pecadores; pero fueron castigados para advertir a los demás, para que el necio se hiciera más sabio al ver al flagelado. Si el castigo de todos los pecadores es el mismo, injustamente uno es asesinado, y por la muerte de uno, otro es advertido.

25. Recibimos el Cuerpo de Cristo por igual. ¿Qué significan las Diez Vírgenes? Pilato, aunque no quería, pronunció la sentencia. Seis días de este siglo.---Me opones Gomorra al maná, y una medida, y el vestido y el cabello, y la barba, y el calzado, que eran iguales para los israelitas; como si nosotros no recibiéramos el Cuerpo de Cristo por igual. Una es la santificación en los misterios, del Señor y del siervo, del noble y del ignoble, del rey y del soldado: aunque según los méritos de los que reciben, lo que es uno se convierte en diverso. Porque quien coma y beba indignamente, será culpable de violar el Cuerpo y la Sangre de Cristo (I Cor. X, 27). ¿Acaso porque Judas bebió del mismo cáliz del que bebieron los demás apóstoles, tendrá el mismo mérito que los otros? Si no quieres recibir el Sacramento, ciertamente todos vivimos por igual, respiramos el mismo aire, nos regamos con la misma humedad, nos alimentamos con los mismos alimentos. Además, si los alimentos se transforman en algo mejor por el arte de los cocineros, y se hacen más sabrosos con los condimentos, tales alimentos no satisfacen a la naturaleza, sino al placer. Igualmente tenemos hambre, igualmente sentimos frío: juntos nos encogemos por el frío, nos disolvemos por el calor y el ardor. El sol mismo y la luna y todo el coro de estrellas, y las lluvias, y el mundo corren por igual para nosotros, y todos somos regados con las mismas lluvias según el Evangelio, buenos y malos, justos e injustos. Si las cosas presentes son ejemplos de las futuras, entonces el sol de justicia también se levantará por igual para justos y pecadores, impíos y santos, cristianos y judíos y gentiles, cuando la Escritura dice: Pero a los que temen al Señor se levantará el sol de justicia (Malac. I). Si se levantará para los que temen, entonces se pondrá para los que desprecian y los falsos profetas. Las ovejas que están a la derecha son introducidas en el reino de los cielos, los cabritos son arrojados al tártaro. Esta parábola no describe los méritos entre las ovejas, y en contrario de los cabritos; sino que solo hace una distinción entre ovejas y cabritos. Porque no en todos los lugares se enseñan todas las cosas: sino que cada similitud se refiere a aquello de lo que es similitud. Así como las diez vírgenes, no son ejemplos de toda la humanidad, sino de los diligentes y los perezosos: de los cuales unos siempre esperan la venida del Señor, otros entregados al sueño y la inercia, no creen en el juicio futuro. Por eso al final de la parábola se dice: Velad, porque no sabéis el día ni la hora (Matt. XXV, 13). Si en el diluvio Noé fue liberado, y todo el mundo pereció: todos eran carne, y por eso perecieron. O dirás que los hijos de Noé no tenían el mismo mérito, y que Noé fue liberado por ellos; o pondrás a Cam maldito en el mismo lugar que a su padre, porque fue liberado del diluvio junto con él. En la pasión de Cristo todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles; y no hubo quien hiciera el bien, no hubo ni uno solo. ¿Te atreverás entonces a decir que Pedro negó de la misma manera que los otros apóstoles que huyeron, como Caifás y los fariseos, y el pueblo que clamaba, Crucifícalo, crucifícalo? Y para no hablar de los apóstoles, ¿te parecerá que Anás, Caifás y Judas el traidor son culpables del mismo crimen que Pilato, quien, aunque no quería, fue obligado a pronunciar sentencia contra el Señor? Cuanto mayor fue el mérito de Judas, tanto mayor es su crimen; y cuanto mayor es su crimen, tanto mayor es su castigo. Porque los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sap. VI, 7). Un árbol malo no da frutos buenos, ni uno bueno da frutos malos. Si esto es así, respóndeme, ¿cómo es que Pablo, siendo un árbol malo, perseguidor de la Iglesia de Cristo, después dio frutos buenos? Y Judas, siendo un árbol bueno, haciendo señales con

los apóstoles, después convertido en traidor, dio frutos malos? Por tanto, un árbol bueno no da frutos malos, ni uno malo da frutos buenos, mientras persevera en su bondad o en su maldad. Además, que todo hebreo celebre la Pascua por igual, y sea liberado en el séptimo año, y en el Jubileo, es decir, en el quincuagésimo, toda posesión vuelva a sus dueños, esto no se dice del presente, sino del futuro: porque sirviendo en los seis días de este siglo, en el séptimo día, el verdadero y eterno sábado, seremos libres: si sin embargo queremos ser libres, mientras aún servimos en el mundo. Pero si no queremos, se nos perforará la oreja, en testimonio de desobediencia; y con nuestra esposa e hijos, que preferimos a la libertad, es decir, con la carne y sus obras, serviremos perpetuamente.

26. ¿Qué es la parábola de la siembra? El falso Joviniano. Costumbre de la Escritura.---La parábola de la siembra, que produce frutos triples de ambos lados; y según el Apóstol, sobre el fundamento de Cristo uno edifica oro, plata, piedras preciosas: otro madera, heno, paja; cuando también en una gran casa hay diferentes vasos, se hace evidente: y querer contradecir esto es de una impudencia manifiesta. Sin embargo, para que no se regocije en la mentira y traiga el ejemplo de los apóstoles en perjuicio del número de cien, sesenta y treinta, sepa que en Mateo y en Marcos, a los apóstoles que dejaron todo, se les prometió el ciento por uno. En el Evangelio de Lucas, mucho más, es decir, *πολὸν πλείονα*, y en ningún Evangelio está escrito por cien, siete; y se le considera a sí mismo falsario o culpable de ignorancia: ni nos perjudica que en un Evangelio comience a contarse desde cien, en otro desde treinta; cuando toda la Escritura, especialmente la antigua, antepone el número menor y así gradualmente asciende al mayor. Por ejemplo, que diga que alguien tenía cinco y setenta y cien años, y sin embargo cinco y setenta no pueden ser más que cien, que son mencionados primero. Si no aceptas en buena parte la diversidad del número cien, sesenta y treinta, tampoco lo aceptarás en mala parte: y será el mismo defecto de la semilla que cayó junto al camino, y sobre las piedras, y sobre las espinas. Pero si esos tres, y estos son cada uno en buena o mala parte, fue necio contar seis especies por dos cosas, especialmente cuando en Mateo, Marcos y Lucas, narrada la parábola, el Salvador siempre añadió: El que tenga oídos para oír, que oiga (Matth. XI, 15, y XIII, 9; Marc. IV, 9; Luc. VIII, 18, y XIV, 35). Donde no hay nada que esté oculto interiormente, en vano se nos provoca a la inteligencia mística.

27. Múltiple habitación de Cristo en los creyentes.---Si el Padre y el Hijo hacen morada en los creyentes, y donde Cristo es huésped, allí no crees que falte nada, pienso que Cristo habitó de manera diferente en los corintios, de manera diferente en los efesios; esto es, de manera diferente en aquellos en quienes el apóstol Pablo encontró muchos pecados, y de manera diferente en aquellos a quienes explicó los misterios ignorados desde los siglos: de manera diferente en Tito y Timoteo, de manera diferente en Pablo. Ciertamente entre los nacidos de mujer no surgió mayor que Juan el Bautista. Pero donde se dice mayor, es necesario que haya tenido a los demás menores. Y, el que es el menor en el reino de los cielos, es mayor que él. Ves, por tanto, que en los cielos hay mayor y menor, y también entre los ángeles, y entre las criaturas invisibles hay una diversidad múltiple e infinita. ¿Por qué dicen los apóstoles: Señor, aumenta nuestra fe (Luc. XVII, 5), si la medida es la misma para todos? Y el Señor al discípulo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Matth. XIV, 31). También en Jeremías leemos sobre el reino futuro: He aquí que vienen días, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Jacob, no según el pacto que hice con sus padres (Jer. XXXI, 31, 32). Y poco después: Pondré mi ley en sus entrañas, y en su corazón la escribiré, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo; y no enseñará más cada uno a su prójimo, ni cada uno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor. Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor (Ib. 33-34). Claramente, del contexto de ese lugar, el Profeta describe el reino futuro de Cristo, y ¿con qué consecuencia habrá allí menor y mayor, si todos

serán iguales? Sin duda, con la que en el Evangelio se dice: El que enseñe y haga, este será llamado grande en el reino de los cielos. Pero el que enseñe y no haga, será llamado pequeño (Matth. V, 19). En el banquete, el Salvador ordena que ocupemos el lugar inferior: para que cuando venga el mayor, no seamos vergonzosamente desplazados del superior (Luc. XIV). Si no podemos caer, sino que solo nos levantamos por el arrepentimiento: ¿qué significa aquella escalera en Betel, por la cual los ángeles descienden y ascienden, que vienen del cielo a la tierra? Ciertamente estaban entre las ovejas y a la derecha, mientras estaban allí. Los ángeles descienden del cielo, y Joviniano está seguro de su posesión.

28. Muchas moradas en los cielos. Órdenes de la Iglesia. Órdenes de las virtudes celestiales.-- ¿Quién podría contener la risa al pensar que muchas moradas en la casa del Padre son las Iglesias esparcidas por todo el mundo, cuando la Escritura enseña claramente según el Evangelio de Juan, que no se trata del número de Iglesias, sino de las moradas celestiales y tabernáculos eternos, que el Profeta desea, que el Señor mencionó? En la casa, dice, de mi Padre hay muchas moradas. Si no fuera así, os lo habría dicho: porque voy a prepararos un lugar; y si me voy y os preparo un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan XIV, 2, 3). El lugar y las moradas que Cristo dice preparar para los apóstoles, están en la casa del Padre, es decir, en el reino de los cielos, no en la tierra, donde en el presente dejaba a los apóstoles. Al mismo tiempo, debe considerarse el sentido de la Escritura: Diría, dice, a vosotros, que voy y os preparo un lugar: si no hubiera muchas moradas en el Padre, es decir, si no cada uno preparara su morada no por la generosidad de Dios, sino por sus propias obras: y por eso no es mío prepararlo, sino vuestro, porque a Judas no le sirvió de nada el lugar preparado, que perdió por su propio vicio. Según este sentido, también debe entenderse lo que se dice a los hijos de Zebedeo, de los cuales uno deseaba sentarse a la derecha y otro a la izquierda: Mi cáliz, en verdad, beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda, no es mío darlo, sino para quienes está preparado por mi Padre (Matth. XX, 23). No es del Hijo dar: ¿y cómo es del Padre prepararlo? Están preparadas, dice, en el cielo diversas y muchas moradas, para muchas y diversas virtudes, que no son recibidas por las personas, sino por las obras. Por tanto, en vano me pedís lo que está en vosotros, lo que mi Padre ha preparado para aquellos que, con virtudes dignas, ascenderán a tal dignidad. Además, lo que dice: Volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan XIV, 3), habla propiamente a los apóstoles, de quienes también en otro lugar está escrito: Para que como tú y yo, Padre, somos uno, así también ellos sean uno en nosotros (Juan XVII, 21), que han creído, que son perfectos, que pueden decir, el Señor es mi parte (Sal. XXVII, 26). Si no hay muchas moradas, ¿cómo es que en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, el sumo sacerdote tiene un orden, los sacerdotes otro, los levitas otro, los porteros otro, los sacristanes otro? Y en el libro de Ezequiel, donde se describe el orden de la futura Iglesia y de la Jerusalén celestial, los sacerdotes que pecaron son degradados a sacristanes y porteros: y aunque están en el templo de Dios, es decir, a la derecha, no están entre los carneros, sino entre las ovejas más pequeñas. También en ese río que sale del templo, y riega el mar salado, y vivifica todo, se describen muchas especies de peces. ¿Por qué en el reino de los cielos hay Arcángeles, Ángeles, Tronos, Dominaciones, Potestades, Querubines y Serafines: y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el futuro? En vano hay diversidad de nombres, donde no hay diversidad de méritos. El Arcángel es ciertamente menor que otros Ángeles menores. El Arcángel, y las Potestades, y las Dominaciones tienen otros, sobre los cuales ejercen poder, y en los cuales dominan. Esto es en los cielos, esto es en el ministerio de Dios, para que no te burles de nosotros como de costumbre, y te mofes, si hemos puesto emperadores, prefectos y condes, y tribunos, y centuriones, y manípulos, y el resto del orden militar.

29. Costumbre de la Sagrada Escritura. El doble espíritu de Eliseo. Pero lo que dice: ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo? (I Cor. VI, 19): es frívolo, cuando la Escritura divina suele llamar en plural lo que es uno, y en singular lo que son muchos: y sin embargo, sepa que en el mismo templo hay muchas moradas, hay atrio exterior, hay interior, hay vestíbulos, hay santo, hay Santo de los santos. También hay cocinas en el templo, hay bodegas, hay lagares, y depósitos de vasos. Así también en el templo de nuestro cuerpo hay diversos méritos. Dios no habita en todos por igual: ni se infunde a todos en la misma medida. Del espíritu de Moisés se toma, y se da a los setenta ancianos. Creo que hay una abundancia diferente en el río, y otra en los arroyos. El espíritu de Elías se da doble a Eliseo: de donde también con doble gracia hizo mayores señales. Aquel vivo resucitó a un muerto, este muerto resucitó a un muerto. Aquel invocó hambre sobre el pueblo, este proveyó a la ciudad sitiada de tropas enemigas en un solo día. Aunque lo que dice, ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo?, lo dice de toda la Iglesia de los creyentes, que reunidos juntos, forman un solo cuerpo de Cristo. Aquí ya se busca en el cuerpo, quién es digno de ser los pies de Cristo, quién la cabeza: quién es su ojo, quién su mano. Lo que también significan dos mujeres en el Evangelio, la penitente y la santa: de las cuales una sostiene los pies, la otra la cabeza. Aunque algunos piensan que es una sola, y que la que primero comenzó por los pies, llegó gradualmente a la cabeza. Pero también lo que objeta, No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos: para que como tú, Padre, en mí, y yo en ti somos uno: así también todos sean uno en nosotros: y que todo el pueblo cristiano sea uno en Dios, como hijos amadísimos, partícipes de la naturaleza divina. Ya hemos dicho antes, y ahora debe inculcarse más plenamente, que no somos uno en el Padre y el Hijo según la naturaleza, sino según la gracia. Porque no es de la misma sustancia (como suelen decir los maniqueos) el alma humana y Dios. Pero, los has amado, dice, como también me has amado a mí. Ves, por tanto, que somos asumidos en la comunión de su sustancia, no por naturaleza, sino por gracia: y por eso nos ama, porque el Padre amó al Hijo: y los miembros son amados, evidentemente en el cuerpo. Porque todos los que recibieron a Cristo, les dio potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre: que no nacieron de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Juan I, 12). El Verbo se hizo carne, para que nosotros pasáramos de la carne al Verbo. Ni el Verbo dejó de ser lo que era: ni el hombre perdió ser lo que nació. La gloria fue aumentada, no la naturaleza cambiada. ¿Quieres saber cómo nos hacemos un solo cuerpo con Cristo? Que te enseñe él mismo, quien lo creó. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre; así el que me come, vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo (Juan VI, 55, y ss.). Pero también el evangelista Juan, que bebió la sabiduría del pecho de Cristo, concuerda en las mismas palabras, diciendo: En esto sabemos que permanecemos en él, y él en nosotros: porque nos ha dado de su Espíritu. Si alguno confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios (I Juan IV, 13 y 15). Si crees en Cristo, como también creyeron los apóstoles, serás hecho un solo cuerpo con ellos en Cristo. Pero si es temerario reclamar para ti la fe y las obras de ellos, que no tienes la misma fe ni las obras, no podrás tener el mismo lugar.

30. Orden de la Iglesia. Pecados graves y leves.---Además, el hecho de que proclames que la Iglesia es esposa, hermana, madre, y que todos estos términos se refieren a una sola Iglesia, y que todos los creyentes son significados por estos nombres, va en tu contra. Si el orden de la Iglesia es uno, y no tiene muchos miembros en un solo cuerpo, ¿por qué es necesario que se le llame esposa, hermana y madre, a menos que sea esposa de unos, hermana de otros y madre de otros? Todos están a la derecha: pero uno está como esposo, otro como hermano, otro como hijo. Hijitos míos, dice, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que

Cristo sea formado en vosotros (Gálatas IV, 19). ¿Crees que tienen el mismo mérito aquellos que son engendrados y quien engendra? Por eso, también fue insensato afirmar que amamos a todos los miembros por igual, sin preferir el ojo al dedo, ni la mano a la oreja; sino que en la pérdida de cada miembro, el dolor es común, cuando el Apóstol enseña a los Corintios que hay miembros más honorables y otros más modestos; y que los más modestos son rodeados de mayor honor, mientras que los que son honorables por sí mismos no necesitan de nuestro cuidado (I Cor. XII, 22 y 23). ¿Consideras que son del mismo orden y mérito la boca y el vientre, los ojos y los conductos por donde se excretan las heces y la orina? La lámpara, dice, de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo está ciego, todo tu cuerpo estará en tinieblas (Lucas XI, 34). Si amputas un dedo, o la punta de la oreja, hay dolor, pero no tanto daño, ni tanta deformidad con el dolor, como si arrancarás los ojos, cortarás la nariz, o diseccionaras la boca. Podemos vivir sin algunos miembros, sin otros no podemos en absoluto. Hay pecados leves, hay graves. Es diferente deber diez mil talentos que un cuadrante. Y por una palabra ociosa, y por adulterio seremos responsables; pero no es lo mismo ser avergonzado que ser torturado: sonrojarse y ser atormentado por largo tiempo. ¿Crees que lo que decimos es nuestro? Escucha al Apóstol Juan: Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no es de muerte, pida, y Dios le dará vida, a los que cometen pecado que no es de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual no digo que se ore (I Juan V, 16). Ves que si intercedemos por pecados menores, obtenemos perdón. Si por mayores, es difícil obtenerlo: y entre pecados y pecados, hay una gran diferencia. Por eso, también sobre el pueblo de Israel, porque había cometido un pecado de muerte, se dice a Jeremías: No ores por este pueblo, ni tomes por ellos intercesión, ni me resistas, porque no te escucharé (Jeremías VII, 16). Si todos entramos al mundo por igual, y salimos del mundo, y esto es un juicio de lo futuro: entonces igualmente seremos considerados justos y pecadores ante Dios, porque ahora de igual manera nacemos y morimos. Pero si sostienes que hay dos Adanes, uno terrenal, otro celestial; y que los que están en el terrenal están a la izquierda: y los que están en el celestial, a la derecha; respóndeme mientras tanto, para que te pregunte sobre dos hermanos: ¿Estaba Esaú en el terrenal o en el celestial? No hay duda de que responderás que estaba en el terrenal. ¿En cuál estaba Jacob? Dirás de inmediato, en el celestial. ¿Y cómo estaba en el celestial, cuando aún no había venido Cristo en la carne, quien se dice que es el segundo y celestial Adán? O bien considerarás que todos antes de la encarnación de Cristo estaban en el viejo Adán, y también los justos en el hombre terrenal, y estarán a la izquierda entre tus cabritos: o si es impío poner allí a Isaac, donde Ismael: allí a Jacob, donde Esaú: allí a los santos, donde los pecadores; el último Adán será contado desde el momento en que Cristo nació de la Virgen, y el argumento de los dos Adanes no beneficiará a tus ovejas y cabritos, porque en el primer Adán hemos demostrado que estaban tanto las ovejas como los cabritos, y en un mismo hombre, unos estaban a la derecha de Dios, otros a la izquierda. Porque desde Adán hasta Moisés, la muerte reinó sobre todos, incluso sobre aquellos que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán (Romanos V, 14).

31. En el mártir se corona la voluntad.---Sobre lo que intentas probar, que la injuria y el homicidio, racha y el adulterio, y la palabra ociosa, y la impiedad se recompensan con un solo castigo, ya se te ha respondido antes, y ahora te responderé brevemente. O niegas ser pecador, para no ser reo de la gehena: o si eres pecador, incluso por un crimen leve serás llevado al tártaro. La boca, dice, que miente, mata el alma (Sabiduría I, 11). Sospecho que alguna vez, como hombre, has mentido: porque todo hombre es mentiroso (Salmo CXI), para que solo Dios sea veraz, y sea justificado en sus palabras, y venza cuando sea juzgado (Salmo L). O bien no serás hombre, para no ser mentiroso: o si porque eres hombre, has sido mentiroso, serás castigado con parricidas y adúlteros. Porque no hay diferencia entre los pecados: y no te agradecerán tanto aquellos a quienes elevas de lo humilde a lo sublime,

como se enojarán aquellos a quienes, por un pecado leve y cotidiano, arrojaste a las tinieblas exteriores. Pero si en la persecución, quien es asfixiado, y quien es decapitado, y quien huye, y quien muere encerrado en la cárcel, en los diversos géneros de lucha hay una sola corona de victoria, y esto nos favorece. En el mártir, en efecto, se corona la voluntad, de la cual nace la misma muerte. Es mi deber enfrentarme a la furia de los gentiles, y no negar al Señor. Ya está en su poder, o decapitar, o quemar, o encerrar en la cárcel, o aplicar diversos tipos de castigos. Si huyo, y muero en soledad, no será la misma corona del que muere, porque no es la misma causa de muerte Cristo. En cuanto a lo que dices que no hay diferencia entre el hermano que siempre estuvo con el padre, y el que después es recibido arrepentido, añado si quieres, que la dracma que se había perdido y fue encontrada, se unió a las demás; y la oveja que el buen pastor buscó y trajo de vuelta, completó el número de cien. Pero es diferente ser penitente y suplicar perdón con lágrimas, que estar siempre con el padre. Por eso, a través de Ezequiel, al hablar del hijo perdido y la oveja recuperada, el pastor y padre dice: Y estableceré mi pacto contigo: y sabrás que yo soy el Señor, y recordarás, y te avergonzarás; para que no abras más la boca por tu vergüenza, cuando me haya reconciliado contigo en todo lo que hiciste (Ezequiel XVI, 62 y 63). Para que los penitentes no tengan menos que el justo, les basta como única pena la vergüenza. Por eso, en otro lugar se les dice: Y recordaréis vuestros caminos perversos, y todas las abominaciones con que os contaminasteis, y os desagradaréis a vosotros mismos a la vista de vuestras maldades que hicisteis; y sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya hecho bien, por mi nombre, y no según vuestros caminos malos, ni según vuestras abominaciones perversas (Ibid.). También se reprende al hijo por envidiar la salvación de su hermano, y mientras los ángeles se alegran en el cielo, él se consume de envidia. Aunque la similitud de los dos hermanos, el frugal y el derrochador, no se refiere a los méritos de toda la humanidad, sino que pertenece a las personas del judío y del cristiano, o a los santos y los penitentes. Sobre esta parábola dediqué un pequeño libro al obispo Dámaso, mientras aún vivía.

32. Tiempo de diversas vocaciones. Nuestro trabajo es preparar nuestra recompensa.--- Además, si a los obreros de la primera hora, y de la tercera, y de la sexta, y de la novena, y de la undécima, se les da un denario, y el premio comienza con aquellos que trabajaron últimos en la viña: aquí no se describen hombres de un solo tiempo y edad, sino que desde el principio del mundo hasta el fin, son los sacramentos de diversas vocaciones. A la primera hora fue llamado Abel y Set: a la tercera Enoc y Noé: a la sexta Abraham, Isaac y Jacob: a la novena Moisés y los Profetas: a la undécima el pueblo de los gentiles: a quien primero se le da la recompensa, porque creyendo en el Señor crucificado, mereció por la dificultad de la fe la grandeza de las recompensas: muchos reyes y profetas desearon ver lo que vemos, y no lo vieron. Un denario no es una sola recompensa, sino una vida, y una liberación del infierno. Sin embargo, así como en una indulgencia principal, los culpables de diversos crímenes son liberados de la cárcel, y cada uno según su trabajo o sus obras, está en este o aquel estado de vida: así también el denario, como indulgencia del verdadero Príncipe, libera a todos del encarcelamiento a través del bautismo. Ya es nuestro trabajo, por la diversidad de virtudes, prepararnos diversas recompensas.

33. Jonatán en medio de David y Saúl.---Hasta aquí hemos respondido por partes a las propuestas. El siguiente discurso responderá en común a todo. El Señor a sus discípulos: Quien quiera ser el mayor entre vosotros, sea el menor de todos (Mateo XX, 26). Si todos seremos iguales en el cielo, en vano nos humillamos aquí, para poder ser mayores allí. De dos deudores de quinientos denarios y cincuenta, a quien más se le perdona, más ama. Por eso el Salvador dice: Te digo, se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien se le perdona menos, ama menos (Lucas VII, 47). Quien ama menos, y se le perdona menos,

ciertamente estará en un grado menor. El padre de familia al partir entregó a sus siervos su hacienda, a uno cinco talentos, a otro dos, a otro uno (Lucas XIX): a cada uno según sus propias fuerzas. Algo similar se escribe en otro Evangelio, que un hombre noble al partir a una región lejana, para recibir un reino y regresar, llamó a diez siervos y les dio una mina cada uno, de las cuales uno ganó diez minas, otro cinco: y cada uno según sus fuerzas y ganancias, recibió diez o cinco ciudades. Pero otro, que había recibido un talento o una mina, lo que recibió lo enterró, o lo guardó en un pañuelo, y lo reservó para la llegada de su señor. Primero, hay que considerar que si los justos no trabajan con la esperanza de progreso, como quiere nuestro Zeno: pero para no perder lo que han recibido, este que enterró la mina y el talento, para no perder lo que había recibido, no pecó; y más bien es digna de alabanza la cautela de quien reserva, que el trabajo inútil de aquellos que se esforzaron sin recompensa por su trabajo. Luego, que este mismo talento que se quita al siervo tímido o negligente, no se da a quien hizo menos ganancias; sino a quien hizo más, es decir, a quien estaba sobre diez ciudades. Si el número no hace el orden, ¿por qué dijo, Dio a cada uno según sus fuerzas? Si las ganancias de cinco talentos y diez son las mismas: ¿por qué a quien hizo menos ganancias no se le dan diez, y a quien hizo más, no cinco ciudades? Pero el Señor no está contento con lo que tenemos: sino que siempre desea más, él mismo lo muestra, diciendo: ¿Por qué no diste mi dinero a los banqueros, y yo al venir lo habría exigido con intereses? (Filipenses III). Lo cual también sabe el apóstol Pablo, olvida lo que queda atrás, y se extiende hacia lo que está adelante, es decir, progresa cada día, y no guarda en un pañuelo delicadamente la gracia que ha recibido; sino que como un avaro comerciante se renueva día a día, y se considera disminuido si no crece siempre (Números XXXV). Se describen seis ciudades de refugio en la Ley, para quienes mataron a hombres sin querer: y estas ciudades son sacerdotales. Me gustaría preguntar, ¿colocas a estos fugitivos entre tus cabritos, o entre nuestras ovejas? Si fueran cabritos, serían asesinados como los demás homicidas, y no entrarían en las ciudades de los ministros de Dios. Si dices que son ovejas, ciertamente no serán tales ovejas, que sin temor a los lobos pastan con total libertad. Y se te probará que son ovejas, pero errantes: están a la derecha, pero no de pie, sino huyendo, hasta que muera el gran Sacerdote, y descendiendo al infierno, libere las almas de los fugitivos. Los gabaonitas se encuentran con los hijos de Israel, y mientras otras naciones son destruidas, ellos son reservados como leñadores y aguadores (Josué IX). Y son de tal mérito ante Dios, que la descendencia de Saúl fue destruida por sus injurias (Reyes XXI). ¿Dónde los colocarás? ¿Entre los cabritos? Pero no fueron asesinados, y son vindicados por la sentencia del Señor. ¿Entre las ovejas? Pero la Escritura divina dice que no son del mismo mérito que los israelitas. Ves, entonces, que están a la derecha; pero en un grado mucho inferior. Entre David, hombre santo, y Saúl, rey malvado, Jonatán estaba en medio. No podemos colocarlo entre los cabritos, porque es digno del amor del profeta; ni entre los carneros, para no igualarlo a David, especialmente porque él también fue asesinado. Estará, por tanto, entre las ovejas; pero en un orden inferior. Y así como entre David y Jonatán, así entre oveja y oveja te verás obligado a aceptar diferencias. El siervo que conoció la voluntad de su señor, y no se preparó; ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Pero el que no conoció, y no hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos. Porque a todo aquel a quien se le dio mucho, se le pedirá mucho, y a quien se le confió mucho, se le exigirá más (Lucas XII, 47, 48). Aquí se le confía más o menos a un siervo y a otro, y según la calidad de lo confiado y del pecado, también se impone el número de azotes.

34. Tipo de la futura Iglesia en la tierra, etc.---Toda la tierra de Judea y la descripción de las tribus, es un tipo de la futura Iglesia en los cielos. Leamos a Josué, hijo de Nun, leamos las partes finales de Ezequiel, y veremos que todo lo que en uno se distribuye en la tierra como historia, en el otro se promete espiritualmente en los cielos (Josué XIII, Ezequiel LX, 48). ¿Qué significan en la descripción del Templo, siete y ocho escalones? ¿Qué significa,

además, que en el Salterio después de los elementos del salmo ciento dieciocho, en los que se nos enseña el alfabeto místico, a través de quince escalones llegamos hasta allí, para poder cantar: He aquí, bendecid ahora al Señor, todos los siervos del Señor. Que estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios (Josué XIII)? ¿Por qué dos tribus y media habitan más allá del Jordán, donde hay muchos animales, y las otras nueve y media, o expulsan a los antiguos habitantes de sus asientos, o habitan con ellos? ¿Por qué la tribu levítica no recibe parte en la tierra (Números XVIII); sino que el Señor es su parte; y entre los mismos levitas y sacerdotes, al Lugar Santísimo donde están los querubines y el propiciatorio, solo el sumo sacerdote entra? ¿Por qué los demás sacerdotes solo usan vestiduras de lino, y no tienen vestiduras tejidas de oro, jacinto, escarlata, púrpura y lino fino? Los levitas y sacerdotes de grado inferior reciben carros y bueyes: los de mayor orden llevan el arca del Señor sobre sus hombros. Si quitas el orden del Tabernáculo, del Templo, de la Iglesia, si todos los que están a la derecha son uno, como se dice comúnmente, encomas a la milicia, prueba, en vano son los obispos, en vano los presbíteros, sin razón los diáconos. ¿Por qué perseveran las vírgenes? [Al. ¿por qué] ¿por qué trabajan las viudas? ¿por qué las casadas se contienen? Pequemos todos, y después de la penitencia seremos lo mismo que los Apóstoles.

35. Epílogo de la disputa. Excepto Dios, toda criatura está sujeta al vicio.---Pero ya hemos comenzado a vislumbrar la tierra desde el mar, y después de los montes de olas, y las olas espumosas, y el barco, ya sea elevado en lo alto, o precipitado en lo profundo, poco a poco, para los cansados y débiles, se abre el puerto. Hemos hablado de casadas, viudas, vírgenes. Hemos preferido la virginidad a la viudez, y la viudez al matrimonio. Se ha expuesto el pasaje del Apóstol, que discute sobre cuestiones de este tipo, y se ha respondido a cada objeción. También se ha traído a colación la literatura secular, que ha habido vírgenes, que ha habido mujeres de un solo marido, y por el contrario, qué molestias a veces tiene el vínculo conyugal. Hemos pasado a la segunda parte, en la que se niega que aquellos que han recibido el bautismo con toda fe, puedan luego pecar. Y hemos demostrado que, excepto Dios, toda criatura está sujeta al vicio, no porque todos hayan pecado, sino porque pueden pecar, y la caída de los semejantes es motivo de temor para los que están de pie. En tercer lugar, hemos llegado a los ayunos, y como la proposición del adversario era doble, ya sea apelando a los filósofos, o a los ejemplos de las Escrituras divinas, nosotros también hemos respondido a ambos. La cuarta, es decir, la última división, había distribuido a las ovejas y los cabritos, la derecha y la izquierda, los justos y los pecadores, en dos órdenes, queriendo mostrar que no hay diferencia entre justo y justo, pecador y pecador. Y para probar esto, había reunido innumerables ejemplos de las Escrituras, como si concordaran con su sentido, a lo cual hemos respondido con cuestiones, argumentos y ejemplos de las Escrituras, y hemos refutado la antigua opinión de Zeno, tanto con sentido común como con lectura divina.

36. Joviniano tuvo muchos discípulos. La doctrina del placer, ¿qué logra?---Ahora queda que nos dirijamos a nuestro Epicuro, sudando en sus pequeños jardines entre jóvenes y mujeres. Te apoyan los gruesos, brillantes, blanqueados. Añade, si quieres, según la burla socrática, todos los cerdos, y perros, y porque amas la carne, también los buitres, águilas, halcones y búhos. Nunca nos asustará la multitud de Aristipo. A todos los que vea hermosos, rizados, con el cabello arreglado, con mejillas sonrosadas, son de tu rebaño, es más, gruñen entre tus cerdos. De nuestro rebaño son los tristes, pálidos, sucios, y como extranjeros de este siglo, aunque callen con palabras, hablan con su apariencia y gesto: ¡Ay de mí, porque mi peregrinación se ha prolongado! He habitado con las moradas de Cedar (Sal. 119, 5), es decir, en las tinieblas de este mundo, porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. No te gloríes de tener muchos discípulos. El Hijo de Dios enseñó en Judea, y

solo doce apóstoles lo seguían. "He pisado el lagar solo, y de los pueblos nadie estuvo conmigo" (Isaías 63, 3). Él en la pasión quedó solo, y también la constancia de Pedro hacia él vaciló: pero toda la gente aplaudía la doctrina de los fariseos, diciendo: "Crucifícalo, crucifícalo. No tenemos más rey que César" (Juan 19, 6. Ibid. 15), es decir, seguimos los vicios, no las virtudes: a Epicuro, no a Cristo: a Joviniano, no al Apóstol Pablo. Que muchos estén de acuerdo con tu opinión es indicio de placer: pues no aprueban tanto lo que dices, como favorecen sus propios vicios. En los círculos de las plazas, diariamente un falso adivino golpea las nalgas de los tontos, y con un bastón torcido sacude los dientes de los que muerden, ¿y no falta quien siempre pueda ser inducido? ¿Y consideras como gran sabiduría si más cerdos corren tras de ti, a los que alimentas para el matadero del infierno? Después de tu proclamación, y de los baños que lavan a hombres y mujeres por igual, toda impaciencia que antes cubría la ardiente lujuria, como con vestiduras de vergüenza, ha sido desnudada y expuesta: lo que antes estaba oculto, ahora está a la vista. Mostraste tales discípulos, no los hiciste. Tu doctrina ha logrado que los pecados ni siquiera tengan penitencia. Tus vírgenes, a las que con el más prudente consejo, que nadie jamás había leído ni oído, enseñaste del Apóstol, "Mejor es casarse que arder", han convertido a los adúlteros ocultos en esposos manifiestos. Esto no lo aconsejó el Apóstol, ni el vaso de elección. Es un consejo virgiliano: "Llama matrimonio, con este nombre encubre la culpa" (Eneida, l. IV).

37. Basilides, maestro de la lujuria. Los falsos profetas siempre prometen dulzuras. Palabras de Joviniano.---Hace casi cuatrocientos años que la predicación de Cristo brilla en el mundo. Desde entonces, innumerables herejías han desgarrado su túnica, casi todo error procedía del idioma caldeo, sirio y griego. Basilides, maestro de la lujuria y de los más viles abrazos, después de tantos años se ha transformado en Joviniano, como en Euphorbo, de modo que también en lengua latina tiene su herejía. ¿No hubo otra provincia en todo el mundo que recibiera la proclamación del placer, en la que la serpiente tortuosa se infiltrara, sino aquella que la doctrina de Pedro había fundado sobre la roca de Cristo? El estandarte de la cruz y la austeridad de la predicación habían destruido los templos de los ídolos: en cambio, la lujuria del pene, del vientre y de la garganta intenta subvertir la fortaleza de la cruz. Por eso, a través de Isaías, Dios dice: "Mi pueblo, los que os bendicen, os engañan, y confunden las sendas de vuestros pies" (Isaías 3, 14). Y también a través de Jeremías: "Huid del medio de Babilonia, y salvad cada uno su alma, y no creáis a los falsos profetas, que dicen, paz, paz, y no hay paz: que siempre repiten, Templo del Señor, Templo del Señor" (Jeremías 51, 6). Tus profetas han visto para ti falsedades y necedades, no han revelado tu iniquidad, para provocarte al arrepentimiento; los que devoran al pueblo de Dios, como pan, no han invocado a Dios. Jeremías, anunciando el cautiverio, fue apedreado por el pueblo. Ananías, hijo de Azur, rompía en el presente yugos de madera, y preparaba para el futuro yugos de hierro. Los falsos profetas siempre prometen dulzuras, y complacen por un breve tiempo. La verdad es amarga, y quienes la predicán se llenan de amargura. En los ázimos de la verdad y la sinceridad, se celebra la Pascua del Señor, y se come con amarguras (Éxodo 12). Una voz realmente excelente y que la esposa de Cristo debe escuchar, entre vírgenes, viudas y célibes (de donde también se deriva el nombre, porque son dignos del cielo quienes carecen de coito). "Rara vez ayunad, casaros más frecuentemente. Pues no podéis cumplir las obras del matrimonio, a menos que toméis hidromiel, carne y nueces. Se necesita fuerza para la lujuria. La carne pronto consumida se marchita. No temáis la fornicación. Quien una vez ha sido bautizado en Cristo, no puede caer: pues tiene, para calmar las lujurias, el consuelo del matrimonio. Y si caéis, la penitencia os restaurará, y quienes en el bautismo fuisteis hipócritas, seréis en la penitencia de fe sólida. No os turbéis, pensando que hay alguna diferencia entre el justo y el penitente, y que se da el perdón pero se quita la corona. Pues hay una sola retribución. Quien esté a la derecha, entrará en el reino de los cielos." Con estos consejos, tus porqueros son más

ricos que nuestros pastores, y los machos cabríos arrastran consigo muchas cabras. Los caballos, enloquecidos por las mujeres, apenas las ven, relinchan, y su impaciencia, ¡oh desgracia!, la consuelan con ejemplos de las Escrituras. Pero también las pobres mujeres, y no dignas de lástima, cantando las palabras de su maestro, "¿Qué otra cosa busca Dios sino la semilla?", han perdido no solo la castidad, sino también la vergüenza, y defienden la lujuria con mayor procacidad de la que ejercen. Además, tienes en tu ejército muchos refuerzos, tienes bufones y soldados ligeros en las guarniciones, gruesos, arreglados, brillantes, vociferantes, que te defienden con puños y patadas. Los nobles te ceden el paso, los ricos te besan la cabeza. Pues si no hubieras venido, los ebrios y eructantes no podrían entrar al paraíso. Avanza en virtud, o más bien en vicios, tienes en tus campamentos también Amazonas con el pecho descubierto, y el brazo y la rodilla desnudos, que vienen contra los hombres provocándolos a la lucha de las lujurias. Y como eres un padre de familia opulento, en tus aviarios no se crían tórtolas, sino abubillas, que vuelan alrededor de todos los antros de la voluptuosidad fétida. Atácame, destrózame, lanza las acusaciones que quieras, acúsame de lujuria y placeres. Me amarás más si soy así, pues seré de tu rebaño.

38. Se dirige a Roma.---Pero hablaré contigo, que borraste la blasfemia escrita en tu frente con la confesión de Cristo. Ciudad poderosa, ciudad señora del mundo, ciudad alabada por la voz del Apóstol (Rom. 1), interpreta tu nombre. Roma es un nombre de fortaleza entre los griegos, o de sublimidad según los hebreos. Conserva lo que se dice de ti, que la virtud te haga excelsa, no el placer te haga humilde. La maldición que el Salvador te amenazó en el Apocalipsis (Cap. XVII y XVIII) puedes evitarla mediante el arrepentimiento, teniendo el ejemplo de los ninivitas. Cuida el nombre de Joviniano, que se deriva del ídolo Júpiter. El Capitolio está desolado, los templos de Júpiter y las ceremonias han caído. ¿Por qué el nombre y los vicios de él prosperan entre ti? Aún bajo los reyes, y bajo Numa Pompilio, tus mayores adoptaron más fácilmente la continencia de Pitágoras que la lujuria de Epicuro bajo los cónsules.